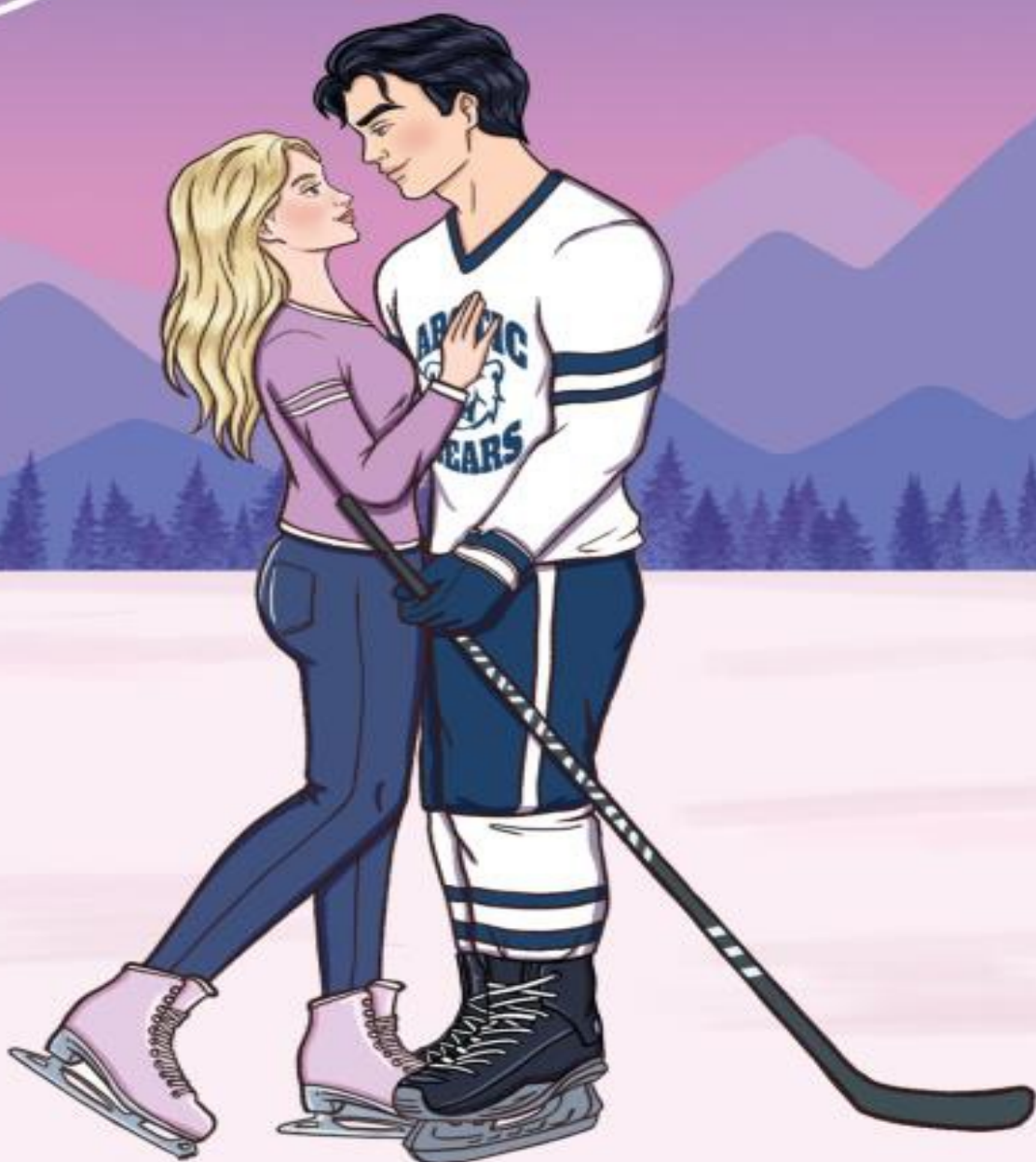


Colisión de Corazones



A V A A V E R Y

COLISIÓN DE CORAZONES

AVA AVERY



Primera edición en español: diciembre 2024
Copyright © Ava Avery

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin

Facebook: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

GRATIS PARA TI

Como agradecimiento por tu fidelidad, te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra de mis novelas. Simplemente haz clic en el enlace para descargarlos, o alternatively, escanea el código QR.

Empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este **código QR:**



ÍNDICE

1. [Melody](#)
 2. [Melody](#)
 3. [Maverick](#)
 4. [Melody](#)
 5. [Melody](#)
 6. [Maverick](#)
 7. [Melody](#)
 8. [Maverick](#)
 9. [Melody](#)
 10. [Maverick](#)
 11. [Melody](#)
 12. [Maverick](#)
 13. [Melody](#)
 14. [Maverick](#)
 15. [Melody](#)
 16. [Maverick](#)
 17. [Melody](#)
 18. [Maverick](#)
 19. [Melody](#)
 20. [Maverick](#)
 21. [Melody](#)
 22. [Maverick](#)
 23. [Melody](#)
 24. [Melody](#)
 25. [Maverick](#)
 26. [Melody](#)
- [Epílogo](#)

[Mis novelas de un vistazo](#)

[Libro y Capítulo Gratis](#)

[Antes de partir](#)

MELODY



El éxito navideño de *Shakin Stevens*, ‘Merry Christmas Everyone’, sonaba a todo volumen en los altavoces de la radio, mientras yo conducía lentamente el testarudo coche de alquiler por las heladas curvas de la desierta naturaleza canadiense. La serpenteante carretera estaba flanqueada por altos abetos negros, con sus agujas verdes cubiertas de una pálida capa de polvo blanco. Una imagen realmente idílica, pero le presté tan poca atención como a la música festiva de la radio. Tenía que concentrarme demasiado en la carretera casi intransitable, como para que siquiera una chispa del espíritu navideño saltara a mi vista.

—Mamá, ¿ya casi hemos llegado? —llegó la voz impaciente de mi hijo desde el asiento trasero.

—En un minuto, cariño. No falta mucho.

—Eso dijiste hace media hora. ¿Seguro que no te equivocaste de camino y te perdiste?

Solté un sonido de agonía involuntariamente. Una mezcla de bufido incrédulo y suspiro amargo.

¿Me he equivocado de camino? ¿Perdí el camino? Ah, sí. Así era yo. Realmente lo hice. De lo contrario, difícilmente habría cambiado el brillante sol de Miami por el gélido frío del territorio canadiense de Yukón.

Casi diez horas y tres vuelos nos separaban del lugar al que habíamos llamado hogar durante muchos años. Volamos de Miami a Chicago y tomamos el vuelo de conexión a Vancouver, Canadá, antes de embarcar en un avión aterradoramente pequeño con destino a Whitehorse.

—Mira, Teddy, ahí está la señal de *Valle Ártico* —señalé al enorme letrero de madera con el nombre de la ciudad en letras mayúsculas blancas, que se convertiría en nuestro nuevo hogar a partir de ese momento.

Por el retrovisor, vi a Teddy estirar el cuellito para mirar por la ventanilla. Arqueó las cejas con escepticismo.

—Parece muy diferente a Miami —afirmó sobriamente. Había decepción en su voz, lo que volvió a romper mi ya destrozado corazón.

—Pero aquí hay mucha nieve. Perfecta para montar en trineo y hacer muñecos —intenté animar a mi hijo—. Eso no se consigue en Miami.

—Es cierto. —Las comisuras de los labios de Teddy se torcieron hacia arriba—. Nunca he construido un muñeco de nieve.

—¿Te gustaría construir un muñeco de nieve?

—Oh, sí —sus ojos brillaron con una ilusión infantil.

—Entonces te prometo que construiremos juntos el muñeco de nieve más bonito de Canadá.

—Vale —contestó apaciguado y volvió a centrar su atención en las dos figuras de hockey sobre hielo que tenía en las manos para dejar que lucharan entre sí.

Pasamos por la entrada del pueblo justo antes del anochecer. Según la aplicación de navegación de mi móvil, llegaríamos a nuestra casa quince minutos después. De improviso, giré a la derecha y conduje el coche hasta el concurrido aparcamiento del supermercado local.

—Compremos algo rápido para cenar.

Me desabroché el cinturón y me giré hacia mi hijo.

—¿McDonald's?

—Buen intento, Ted.

—Vaya. Tengo tantas ganas de comerme una hamburguesa con queso —ofendido, cruzó los brazos delante del pecho y enseguida me hizo sentir culpable.

El pequeño tuvo que aguantar mucho en las últimas semanas. No es de extrañar que su comportamiento estuviera lleno de tensión y desafío, aunque normalmente no era su estilo. La tensión mental y física estaba royendo su alma de niño inocente.

—¿Qué tal si me ayudas a comprar los ingredientes? Luego nos haré una hamburguesa con queso esta noche para celebrarlo. De todas formas, mis hamburguesas con queso son las que mejor saben, ¿no?

Teddy asintió eufórico y se desabrochó apresuradamente el cinturón de seguridad. Saltó del coche en un santiamén y brincó inquieto de una pierna a otra para sacudirse el frío glacial que reinaba allí, en la frontera de Alaska.

También salí y le cogí de la mano para evitar que le atropellara uno de los coches que pasaban.

—¿Qué necesitamos? —me preguntó con los ojos muy abiertos, mientras entrábamos en el supermercado por las puertas automáticas.

—Panes de hamburguesa, hamburguesas, queso, lechuga, pepinillos y ketchup.

—Voy a por los panecillos —gritó Ted y salió corriendo.

—Teddy, no. ¡Quédate aquí! —intenté en vano detenerle.

Después de tantas horas sentado y quieto, toda su energía reprimida cobraba vida y urgía por salir.

Me apresuré a seguirle, procurando no perderle de vista. Ted giró a la izquierda y corrió hacia uno de los pasillos con estanterías hasta el techo llenas de comida.

—Ahora, por favor, quédate... uff —reboté contra la dura pared de piedra contra la que acababa de chocar y retrocedí unos pasos, aturdida.

—No tengas tanta prisa —gruñó una voz profunda y masculina. Dos manos fuertes me rodearon los brazos y me estabilizaron para que no perdiera el equilibrio.

Parpadeé, sobresaltada, y me aparté de la cara los largos mechones de pelo que se soltaron de la coleta con el impacto.

Un hombre como un oso se plantó delante de mí, bloqueándome el paso con su enorme estatura. Asombrada, eché la cabeza hacia atrás y le miré. Su pelo negro azabache caía en rizos rebeldes por su frente y cubría parte de sus ojos azules como el hielo, que me atravesaron con una mirada tan feroz que me olvidé de respirar.

—Disculpe, por favor —tartamudeé tímidamente, ante lo cual el poderoso gigante murmuró algo ininteligible y aflojó un poco su agarre—. Soy.. mi...

—No importa —refunfuñó hoscamente y me soltó. Sin mediar palabra, pasó a mi lado sin saludarme y desapareció en la siguiente fila de estanterías.

Sacudí la cabeza y le seguí con la mirada. Si toda la gente de este lugar se comportaba de

forma tan grosera y antipática como este gnomo cascarrabias del bosque, el nuevo comienzo sería mucho más difícil de lo que pensaba.

—Mamá, he encontrado los panes —la voz orgullosa de Teddy me sacó del trance en el que me metió el alto cascarrabias.

Ted vino corriendo hacia mí, agitando los panecillos de hamburguesa en señal de victoria.

—Muy bien, cariño. Compraremos juntos el resto de los ingredientes. No quiero que te pierdas.



Media hora más tarde, tras un largo y agotador día, llegamos por fin a nuestro nuevo hogar, aunque apenas se podía reconocer en la oscuridad. Por las fotos, sin embargo, sabía que la pulcra casa de madera con fachada blanca y color oliva tenía un porche con vistas despejadas al lago que bordeaba la propiedad. Me moría de ganas de disfrutar de esas vistas con una taza de café humeante al amanecer.

En cuanto Ted y yo salimos del coche, la puerta principal se abrió de par en par y apareció mi amiga Amy saludando emocionada.

—Bienvenida al *Valle Ártico*.

Bajó corriendo las escaleras y me abrazó con fuerza. Le devolví el gesto afectuoso y respiré hondo.

—Lo has conseguido. Tu nueva vida empieza aquí —susurró Amy y me abrazó un poco más fuerte.

—Y también está mi osito de peluche —se agachó delante de Ted y también lo abrazó.

—No soy un osito de peluche —soltó una risita.

—¿Ah, no? Eres mimoso y acogedor. Como un osito de peluche —se burló Amy y me guiñó un ojo—. Entonces, llevemos el equipaje a casa y friamos las hamburguesas con queso que el osito quiere para cenar según el mensaje de texto de su mamá osita.

Fui la última en entrar en la casa después de Amy y Ted. Un agradable aroma a canela y naranja me envolvió de inmediato. Miré a mi alrededor con curiosidad y me encantó descubrir la chimenea encendida del salón, donde los leños de color marrón oscuro crepitaban suavemente entre las llamas rojizas. Sobre la mesita había un cuenco con naranjas salpicadas de clavos. Sobre un disco redondo de madera, que servía de decoración, había palitos y conos de canela. El dulce aroma de la canela en rama se mezclaba con el olor resinoso de las piñas y el intenso sabor a cítricos para crear una relajante fragancia invernal. Aunque no había visto toda la casa, supe instintivamente que esa habitación sería mi lugar favorito.

Cuando terminamos la visita y Ted recogió el carrito con los juguetes de su habitación, fui a la cocina con Amy para preparar la cena.

—¿Qué tal el viaje, Mel?

—Largo y agotador —suspiré.

—Pero lo lograsteis.

—Pero lo logramos —repetí en voz baja las palabras de Amy y sentí el alivio que me inundó ante esta afirmación.

—Sugerencia: yo hago las hamburguesas y tú te das una larga ducha. Luego nos pondremos los tres el pijama más cómodo que tengamos, nos acurrucaremos en el sofá con un chocolate caliente y veremos una película.

—Oh, sí —exclamó Ted, que había oído la última frase y ahora bajaba alegremente las escaleras.

—Ya deberías estar en la cama —intervine dubitativa.

—Oh vamos, Mel. No seas aguafiestas. Hoy ha sido un día angustioso para todos. Vamos a divertirnos un poco. Además, mañana es domingo. Podemos dormir hasta tarde. El colegio y el trabajo no empiezan hasta el lunes.

—Por favor, por favor, por favor —suplicó Ted, lanzándome su mirada de perro salchicha perfectamente ensayada.

Volví a suspirar. Eran dos contra uno. No iba a poder ganar esa pelea.

—De acuerdo, entonces. Por esta vez —cedí y me froté la cara cansada.

—¡Yay! —Ted corrió alrededor de Amy y de mí en círculos, animando.

—No dormiría de todos modos si lo acuestas ahora. Confía en mí, el cacao y la televisión hacen maravillas. Se dormirá en diez minutos. Conseguiremos que haga exactamente lo que queramos y ni siquiera se dará cuenta. Así es como funciona la paternidad.

Las comisuras de mis labios se movieron divertidas. Amy tenía que saberlo. Trabajaba a jornada completa, estaba casada y era madre de dos niños brillantes de la edad de Ted. Así que hacía tres trabajos a la vez: alta directiva, esposa y madre, aunque no necesariamente en ese orden.

Amy y yo teníamos una larga amistad. Durante la universidad en Colorado, compartimos habitación durante cuatro años. En muy poco tiempo, nuestra simpatía inicial se convirtió en una profunda amistad que continuó en los años posteriores a nuestra graduación. Ello a pesar de que mi trabajo me llevó a la soleada Miami tras la graduación, mientras que Amy aceptó un puesto como responsable de comunicación en Vancouver, a casi seis mil kilómetros de distancia, antes de mudarse a Yukón cinco años más tarde por amor.

Agradecí a los genios tecnológicos de Norteamérica la invención de *Skype* y *Facetime*. Gracias a ellos, a pesar de la distancia y la diferencia horaria, siempre pudimos estar en estrecho contacto y mantener nuestra amistad. Una amistad que resultó ser salvadora en momentos de necesidad.

Después de duchar a Ted y ponerle el pijama, yo también me permití el lujo de darme una ducha para aflojar mis tensos músculos. A diferencia de Ted, la idea de dejarme caer en mi cama y quedarme dormida allí mismo me resultaba sumamente tentadora. Pero eso estaba descartado. Ted balbuceó casi sin parar durante la cena y sólo aminoró el ritmo cuando, armado con su chocolate caliente y una manta de lana, se acurrucó en el sofá frente a la chimenea y Amy le hizo elegir entre ‘Kevin: Solo en Casa’ y ‘El Grinch’.

—¿No tienes que volver ya a casa con tu familia? —le susurré ansiosa para no impedir que Ted, cuyos párpados pesaban más por momentos, se durmiera.

—Pueden arreglárselas sin mí por una noche.

—¿Estás segura, Amy?

—No te muestres tan escéptica. Claro que estoy segura. Entonces Bryan se dará cuenta por fin de lo que tiene en mí. Todo es un plan pensado hasta el último detalle. No lo hago por nobleza, está todo calculado fríamente.

No pude reprimir una carcajada y me tapé la boca con la mano para contener la risa. El sentido del humor tan irónico de Amy siempre me hacía olvidar mis problemas durante unos minutos.

—En ese caso, ¿tienes algún plan para la semana que viene?

Divertida, le di un codazo.

—Claro que lo tengo. Te vienes a mi casa a las siete y media, luego vamos juntas al colegio y dejamos a los niños. El colegio está a unas manzanas del estadio de hockey de los *Arctic Bears*. Así no llegarás tarde el primer día.

—Sólo espero poder lograrlo. Si no, el primer día será el último —murmuré más para mí misma que para Amy.

—¿Por qué no ibas a poder hacerlo? No has hecho otra cosa que tratar a atletas profesionales lesionados durante los últimos once años.

—Jugadores de baloncesto —la corregí— no jugadores de hockey.

—¿Cuál es la diferencia? Los deportistas profesionales masculinos son todos unos peleles quejicas y sobrepagados con un enorme problema de ego y un sentido de la realidad glorificado. No diferencio entre jugadores de baloncesto y jugadores de hockey sobre hielo.

—Bueno, anatómicamente hablando...

—Anatómicamente hablando, ambos tipos de atletas profesionales tienen un rabo colgando entre las piernas. Algunos tienen uno más pequeño, otros uno más grande. ¿En serio vas a hablar de rabos delante de tu hijo o prefieres darle una patada en el culo a tu duda para que salga volando por la ventana hacia el frío despiadado del Yukón y muera congelado?

MELODY



—A hora no pongas cara de que el mundo se va a acabar antes de que vuelvas a tener el placer del mejor sexo.

—El sexo está sobrevalorado —respondí y me giré por última vez hacia el edificio de la escuela donde dejé a Ted un cuarto de hora atrás. Temblando, me froté las manos y miré al cielo encapotado y gris.

—Lo dices porque nunca has experimentado el mejor sexo —replicó Amy secamente.

—Y no lo experimentaré pronto, porque lo último que necesito en mi vida son hombres. Salvo Ted.

—Bueno, querida, sólo hay una pega: a partir de hoy, eres la fisioterapeuta del equipo de hockey sobre hielo de los *Arctic Bears*, repleto de testosterona. Como eres la única terapeuta femenina, enseguida se formará una larga cola de admiradores delante de tu sala de tratamiento.

—Conoces mi regla número uno, Amy.

—Nunca salgas con un atleta profesional, y mucho menos con un atleta profesional al que estés tratando —mi amiga puso los ojos en blanco, exageradamente molesta.

—Exacto. Nada ha cambiado al respecto.

—A ver si cambias de opinión cuando conozcas a nuestros chicos buenorros —Amy guiñó un ojo y accionó el mando de su todoterreno para desbloquear las puertas.

En silencio, subí al asiento del copiloto y luché por mantener la respiración uniforme y controlada, lo que se hacía más difícil a cada metro que nos acercábamos al imponente estadio del equipo profesional de la *Liga Norteamericana de Hockey Sobre Hielo*. El corazón me latía insalubrementemente deprisa en el pecho y el nerviosismo hacía que el estómago se me revolviera, junto con todo su contenido.

Amy aparcó el coche frente a la entrada lateral y me hizo un gesto sonriente para que me acercara a la enorme puerta, que se abrió de par en par mientras ella acercaba su tarjeta de identificación al escáner.

Entré en la arena con asombro, maravillada por los altos arcos de los pasillos y las futuristas estructuras de cristal del techo.

Amy me guió por el laberinto de pasillos y puertas hasta las oficinas del personal en la planta superior, donde dejó mi bolso en su amplio despacho y me acompañó al departamento de RRHH.

Pasé la siguiente hora haciendo todo el molesto papeleo que conllevaba un nuevo trabajo. Después de haber trabajado para los *Miami Panthers* desde que me gradué en la universidad once años atrás, me sentía visiblemente incómoda en mi propia piel. Todo esto era nuevo para mí. Desconocido, extraño y fuera de mi zona de confort.

En resumen, odiaba el cambio. Por desgracia, este cambio resultó ser absolutamente necesario y vital. Un cambio que sin duda podía equipararse a un giro radical. Al fin y al cabo, dejé toda mi vida atrás y huí al otro extremo del continente norteamericano con cuatro maletas y mi hijo, casi a toda prisa, para empezar de cero otra vez.

—Con esto terminan las formalidades y ya puedo darle oficialmente la bienvenida como nueva miembro de los *Arctic Bears* —terminó su discurso el responsable de Recursos Humanos y me entregó una tarjeta de identificación de empleado, que me enganché a la cintura.

Me levanté mecánicamente y forcé una sonrisa amistosa.

—Muchas gracias. Estoy deseando trabajar con usted.

—La señorita Wakefield insiste en enseñarle las instalaciones. Estás en buenas manos con ella.

Estreché la mano de la reclutadora y luego me despedí con unas frases de cortesía en dirección al despacho de Amy.

—¿Qué tal ha ido? —me saludó con un brillo travieso en los ojos.

—Parece que tú y yo ya somos oficialmente colegas.

—¡Eso es música para mis oídos! Bienvenida a los *Arctic Bears*. El entrenamiento de los chicos empieza dentro de media hora. Mientras tanto, déjame enseñarte las instalaciones para que puedas instalarte en tus primeras sesiones.

Asentí agradecida y seguí a Amy por la puerta que conducía a la planta baja del estadio, donde se encontraban no sólo la pista de hielo y los vestuarios de los jugadores, sino también las salas de tratamiento para los médicos, psicólogos y fisioterapeutas.

En la sala de curas, que en el futuro podría adaptar a mis deseos, me relajé un poco. Por fin estaba de nuevo en territorio conocido.

Cuatro paredes en las que podía desenvolverme. Cuatro paredes en las que podía dedicarme al trabajo que amaba con todo mi corazón. Cuatro paredes en las que me sentía segura.

Cuando el médico del equipo, el doctor Logan, entró en la sala de tratamiento y se presentó ante mí con un cálido y confiado apretón de manos, me relajé visiblemente.

El doctor Logan tenía un rostro amable, con ojos despiertos y sienes grisáceas. Le calculé unos cincuenta años. Sus modales abiertos y cálidos calmaron mi palpitante corazón y una chispa de esperanza y confianza disipó la agobiante duda, al menos por un breve espacio de tiempo.

Todos los fisioterapeutas y psicólogos dependían del doctor Logan. En ese sentido, el médico del equipo era ahora mi superior. Me sentí aliviada al darme cuenta de que podía imaginarme trabajando con él. No siempre era así en los círculos deportivos profesionales. Algunos médicos de equipo tenían un ego más grande que todo el equipo del que se ocupaban.

—¿Qué te parece si vemos el entrenamiento desde la grada y te familiarizas un poco mejor con los procesos del hockey sobre hielo? Podría contarte un par de cosas sobre los jugadores y sus puntos débiles.

—Me parece estupendo —dije agradecida.

Me despedí con un abrazo de Amy, que me hizo prometer que pasaría con ella la pausa para comer, y me dirigí a las gradas con el doctor Logan.

Estudié la acción en el hielo frente a mí, hipnotizada, mientras el doctor Logan señalaba las diferentes camisetas de los poderosos hombres que patinaban ágilmente sobre el hielo y me explicaba qué posición y qué papel desempeñaba cada uno de ellos. Me explicó los puntos fuertes y débiles de los jugadores, me habló de lesiones y tensiones. Le escuché atentamente mientras seguía los rápidos y hábiles movimientos de los *Arctic Bears*.

—Lo mejor es concertar una reunión individual con cada jugador para conocerse y establecer

el plan de tratamiento. Carter y tú se repartirán el cuidado de los jugadores. Me gustaría que ambos acompañarais a cada uno de los jugadores para poder recurrir a dos opiniones cualificadas en caso de emergencia.

—Me parece bien.

—Después del entrenamiento, te enviaré por correo electrónico la lista de jugadores y sus datos de contacto. Entonces podrás concertar las citas directamente con los jugadores.

—Suenas como un plan —sonreí e hice una mueca de dolor cuando un fuerte choque en el hielo hizo vibrar las gradas.

—Vaya, vaya, vaya, estás nerviosa —se rio el doctor Logan—. El hockey sobre hielo es un deporte de contacto duro. Será mejor que te acostumbres.

Apreté los labios y me esforcé por sonreír. Sin que nadie se diera cuenta, me clavé las uñas en las palmas de las manos e intenté controlar mi pulso acelerado.

El doctor Logan no podía ni debía saber que mi susto se debía a una causa completamente distinta.

Con expresión tensa, me giré hacia la acción en la pista y observé cómo los tres jugadores que se habían placado se levantaban y seguían jugando.



—¿Cómo va hasta ahora el primer día de trabajo? —la alegre voz de Amy me hizo levantar la vista del monitor.

—Estoy en proceso de enviar por correo electrónico a los primeros jugadores sus fechas para la reunión de familiarización conmigo.

—Suenas emocionante. ¿Quién está en tu lista?

Se dejó caer en la silla vacía frente a mi escritorio y se inclinó hacia delante con curiosidad.

—Confidencialidad del paciente.

—No me vengas con esas, Mel. No te estoy preguntando cómo están montados los chicos, sólo a quién has citado para mañana.

—Los primeros ocho jugadores de la lista que me envió el doctor Logan.

—Ya veo, ¿y esos serían?

—Amy...

—¿Qué? No seas tan quisquillosa.

Expulsé el aire ruidosamente. Amy era el sabueso más puro. No cejaría en su empeño, y como en realidad se trataba de información inofensiva, bien podía decírselo y evitar sus preguntas.

—James, Samson, O'Connor, Spencer, Wolf, McAllister, Elliott y Smith —leí en voz alta de mi diario.

—O'Connor es divertido. Tienes que tener cuidado con McAllister. Es un mujeriego. En cuanto a Wolf, bueno, es un lobo en el verdadero sentido de la palabra. Es el líder de la manada.

—¿El líder lobo? ¿Qué quieres decir?

—Es el capitán de la manada. El oso jefe. El lobo líder. El líder.

Dejé escapar un suspiro avergonzada.

—Debería memorizar los nombres y cargos de los jugadores cuanto antes. Si no, todos aquí pensarán que soy completamente incompetente e indigna.

—Nadie que te conozca te llamaría así. Tienes experiencia, eres minuciosa y empática. Nadie

te culpará por no conocer a todos los jugadores y sus posiciones el primer día. Al fin y al cabo, la oferta de trabajo y el cambio de sede llegaron bastante deprisa.

Tuve que estar de acuerdo al menos con el último punto de su declaración. La noticia de que los *Arctic Bears* buscaban refuerzos después de que uno de sus dos fisioterapeutas se jubilara anticipadamente por un accidente llegó por sorpresa y en el momento justo. Una bendición, por así decirlo.

Sin inmutarme, terminé la entrevista, acepté la oferta de trabajo, dejé mi antiguo empleo que tanto me gustaba, hice las maletas, cogí a Ted y me monté en el siguiente avión a Yukón.

—Será mejor que me salte el almuerzo y en su lugar aprenda lo que no sé sobre el equipo y sus jugadores.

—Siempre puedes hacerlo después del descanso. Es difícil aprender con el estómago vacío. Hasta mis hijos lo saben. Ahora vamos, no nos entretengamos más. Cuanto antes volvamos, más tiempo tendrás para estudiar.

—Quizá tengas razón —reflexioné.

Amy chasqueó la lengua con desaprobación y se acercó al escritorio a paso ligero. Se apoyó en el respaldo de mi silla con expresión maliciosa y me guiñó un ojo conspiradoramente.

—Claro que tengo razón. Siempre tengo razón. Ya lo sabes. ¿Qué te parece un sándwich club y una Coca-Cola?

—Perfecto.

—Eso es. Pongámonos en marcha entonces.

MAVERICK



Entré en la pista con mis patines y me sentí como en casa. Patiné despreocupadamente unas cuantas vueltas y me preparé mentalmente para la sesión de entrenamiento que se avecinaba. Hoy simularíamos un partido con los *Winnipeg Warriors* y no había duda de que sería implacable y duro. Los *Warriors* serían nuestro próximo rival en el campeonato y, si queríamos mantenernos en la pugna por el primer puesto, tendríamos que ganarles.

Dios sabe que no iba a ser una tarea fácil, ya que los *Warriors* eran uno de los equipos más duros e implacables de la *NAIHL*, la *Liga Norteamericana de Hockey Sobre Hielo*.

Ya podía sentir el dolor que me infligirían durante el partido. Como *central*, delantero centro, se esperaba de mí que marcara goles. Que conquistara la portería contraria sin piedad. Que cada vez que un adversario me tiraba al suelo o me empujaba contra las tablas, me levantara y siguiera adelante. Como capitán del equipo, también se esperaba que luchara. Que tirara los guantes al suelo y le diera una paliza a los jugadores contrarios.

Muchos de los jóvenes jugadores estaban obsesionados con la lucha. *Querían* pelear, ansiaban el subidón de adrenalina. No veían la hora de dar rienda suelta a su agresividad y desahogarse delante de los espectadores.

En cuanto a mí, odiaba las peleas. Deseaba que la *NAIHL* las prohibiera. Que los equipos se centraran en jugar al hockey en vez de en la brutal violencia de las peleas a puñetazos, pero al público le encantaba el espectáculo que le ofrecía una buena pelea. Por eso no creía que las reglas fueran a cambiar en un futuro próximo. A largo plazo, sin embargo, lo harían. Hasta entonces, tendría que seguir repartiendo y recibiendo, con la esperanza de que lo primero pesara más que lo segundo.

—¿Dónde está Spencer? —ladró el entrenador desde la banda—. Dile que meta el culo en el campo. Y que lo haga *ya*.

—Ya estoy aquí —informó Spencer y puso sus patines sobre el hielo. Patinó hacia mí y movió las cejas de forma sugerente—. Acabo de tener mi cita con la nueva fisio —me informó, sabiendo perfectamente que me importaba una mierda.

—¿Y qué? —gruñí, esperando las instrucciones del entrenador.

—Es ella.

—¿Eh? —miré sin comprender al delantero izquierdo.

—La nueva fisio es una mujer. Una bastante buena, por cierto.

—Ya veo —respondí desinteresado.

—¿No tienes hoy cita con la fisio?

—Puede ser.

—Gracias por la charla —bromeó Spencer—. Siempre es un placer charlar contigo.

—Eso es porque yo no vengo al hielo a charlar. Tú tampoco deberías —le reprendí y patiné hasta la línea de medio campo para decidir la caída del disco para mi equipo.

Como estaba previsto, el partido resultó duro y tuve que aguantar unos cuantos golpes. Aunque en el equipo éramos mucho menos agresivos entre nosotros durante un partido simulado que en un partido real de la *NAIHL*, todos los jugadores sufrían contusiones y lesiones durante este tipo de entrenamientos.

Cansado y satisfecho con mi actuación, me quité la camiseta y la equipación tras la sudorosa sesión de entrenamiento y me di una larga ducha para devolver la vida a mis maltrechos músculos.

Las bromas y chanzas de los demás jugadores resonaron en el lavabo y cerré los ojos para bloquear el ruido.

—Oye, Hielo, ¿vienes esta noche a tomar algo a O'Connor's? —me preguntó Samson, apagando el chorro de la ducha.

—Creo que no.

—Oh vamos, hombre, no puedes quedarte encerrado en tu cabaña en el bosque para siempre.

—¿Y quién me lo impide? ¿Tú? —molesto, abrí los ojos y le lancé a Samson la mirada que me había valido el apodo de *Hielo* en el equipo.

—Joder, Hielo, sólo queremos ayudarte.

—No necesito ayuda —le espeté y cerré el grifo de la ducha para poner fin a esa discusión lo antes posible.

—Lo que tú quieras. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarnos.

Me envolví las caderas con una toalla y me dirigí con gesto adusto hacia mi taquilla. Así conseguí evitar más conversaciones que no me apetecía tener.

Mi tranquilidad duró poco porque en ese momento el recordatorio de mi cita con la fisio se iluminó en mi móvil.

Era todo lo que necesitaba.

Me habría encantado coger la maleta, subirme a la camioneta y conducir directamente a casa, donde nadie me molestaría.

Contrariado, me vestí y me dirigí a las salas de tratamiento.

Llamé y esperé a que la voz al otro lado de la puerta me invitara a entrar. En lugar de eso, la puerta se abrió de un tirón, haciéndome perder el equilibrio por un momento.

Mis manos buscaron reflexivamente el marco de la puerta y lo encontraron. Trastabillando, lo agarré. Sin embargo, para mi sorpresa, no sentí el frío y sólido marco bajo mi mano, sino la piel cálida y flexible de la criatura femenina que estaba de pie en el umbral, mirándome atónita con ojos grises como tormentas.

Me apresuré a apartar la mano y retrocedí un paso.

—Lobo Maverick. Tengo una cita —le informé innecesariamente, mi voz sonaba extrañamente quebradiza.

—¿Tú eres Maverick Wolf? —la mujer, que rondaba el metro setenta, dejó que sus ojos vagaran sobre mí como si dudara de mi identidad.

Yo hice lo mismo y la escruté de la misma manera descarada.

Me gustó lo que vi. Las curvas deportivas realzaban su cuerpo en los pantalones de yoga, ajustados pero cómodos. Bajo la sudadera holgada se veían dos bonitos pechos flanqueados por su larga melena rubia. El color de sus ojos me recordó el cielo invernal de Yukón: nublado, tormentoso y nevado. Sus rasgos delicados le daban un aire élfico que despertó

involuntariamente mi instinto protector. Sus labios carnosos y curvados y la idea del placer que podían proporcionar a un hombre me hicieron hervir la sangre.

Si no me equivocaba, esta misma mujer tropezó conmigo en el supermercado unos días atrás. En comparación con aquel momento, hoy no parecía ni un poco apurada ni agotada. El aura calmante y paciente que la envolvía me hizo relajar mi postura tensa y respirar hondo.

Si no hubiera renunciado definitivamente a las mujeres, podría probar suerte con este espécimen decididamente sensual.

—Que yo recuerde, ése es mi nombre, sí —le contesté cuando hubo terminado su minucioso examen.

—En ese caso, estoy encantada de conocerte, Maverick. Soy Melody Dawson.

—Lláname Mav o Hielo —murmuré, ignorando la mano que me tendía.

Melody ladeó la cabeza y entrecerró sus ojos grises como tormentas.

Incapaz de apartar los ojos de ella, me quedé en el umbral de la puerta esperando a ver qué ocurría a continuación.

—Creo que *Hielo* es un nombre muy apropiado para ti —concluyó, haciéndose a un lado—. Entonces entra y siéntate conmigo.

Seguí su invitación y troté hasta la silla reservada para visitantes y pacientes.

Se sentó frente a mí en silencio y tecleó algo en el teclado del ordenador. Mientras lo hacía, sus dientes trabajaban inconscientemente su labio inferior, haciendo que mi polla hibernada se agitara de forma poco recatada.

—¿Cómo estás, Hielo? —preguntó, reclinándose y relajándose en su silla giratoria.

—Bien —respondí secamente.

—¿Qué te ha parecido el entrenamiento de hoy?

—Igual que siempre.

—¿Algún incidente en particular?

—No.

—¿Te han placado?

— *Siempre* me placan.

—¿Y cómo es eso para ti?

—Doloroso.

Melody se chupó el labio inferior, lo que me excitó y molestó a partes iguales. Me ponía nervioso, maldita sea. Estaba tan ocupado en *no* imaginarme vívidamente sus dientes mordisqueando mi voraz polla antes de que sus labios se cerrasen en torno a ella para chuparle hasta la última gota de semen, que había admitido que me dolía. Ahora estoy seguro de que pensaba que yo era un pelele. Y lo que era peor, esta respuesta conduciría inevitablemente a más preguntas y prolongaría el interrogatorio del que estaba desesperado por escapar inmediatamente.

—¿Dónde están esos dolores?

—Han vuelto a desaparecer —intenté zafarme del asunto y esbocé una sonrisa aparentemente poco convincente.

—Ya veo. ¿Por casualidad no te dolía el hombro izquierdo?

Maldije para mis adentros y me di una imaginaria patada en el culo por mi locuacidad, nada propia de mí.

—¿Te lo dijo mi postura?

—El encorvamiento, sí. Pero ya hablaremos de eso. Demos un paso atrás y empecemos con tu historial médico. Veo en tu expediente que la rodilla izquierda y el hombro izquierdo son tus puntos débiles demostrables.

—No tengo ningún punto débil —refunfuñé.

—Te lo pondré de otro modo, ¿tus zonas problemáticas son la rodilla y el hombro izquierdos?

—¿Por qué preguntas eso? Ya lo sabes todo.

—Sé lo que dice el historial médico, pero prefiero que me lo cuentes tú. Dime cómo te sientes.

—No tengo nada que añadir a lo que dice el historial.

Para enfatizar mis palabras, crucé los brazos de forma demostrativa delante del pecho.

Melody pasó lentamente el índice y el pulgar por el lápiz que sostenía mientras sus ojos se posaban en mí con interés.

Tragué saliva para humedecer mi garganta seca.

¿Por qué demonios ese lápiz se estaba convirtiendo ante mis ojos en una polla dura y palpitante? En *mi* polla dura y palpitante, para ser precisos.

—¿Está todo arreglado? ¿Puedo irme ya?

Me levanté y miré con nostalgia la puerta cerrada a mi derecha.

—Por favor, siéntate, Mav —dijo con voz suave y se inclinó hacia mí. Su cálida mano se deslizó sobre la mía y la apretó con ánimo—. No hay que avergonzarse de tener zonas problemáticas. Todos los atletas profesionales las tienen. Forma parte de la descripción del trabajo. Mi trabajo es ayudarte a aliviar el dolor o incluso a hacerlo desaparecer.

—De acuerdo —dije con dificultad.

Miré fijamente su mano, que seguía sobre la mía y cuyo pulgar acariciaba ahora ligeramente el dorso de mi mano. Podía oír claramente cómo cada una de sus inocentes caricias llegaba directamente a mis entrañas.

—Me alegro de que coincidamos. Sin embargo, también debes permitirme que te ayude. Es una interacción en la que ambos tiramos en la misma dirección.

Aparté la mano y me froté la cara con fuerza.

¿Qué demonios me pasaba?

¿Por qué la palabra “*trabajo en equipo*” evocaba en mi mente la imagen de Melody desnuda, sudorosa y entrelazada conmigo frente a mi chimenea crepitante mientras movía mis propios hilos personales?

Tenía que salir de ahí lo antes posible, antes de que mi mente me fallara y mi imaginación me abandonara por completo.

—Vale —siseé—. ¿Puedo irme ya?

MELODY



Puse las manos sobre el regazo para que Maverick no notara que me temblaban los dedos. Su comportamiento me inquietaba profundamente. ¿Por qué tenía tanta prisa por salir de aquí? ¿Acaso no confiaba en que le tratara con competencia?

No dijo ni una palabra sobre nuestro tormentoso encuentro en el supermercado. Probablemente ni siquiera lo recordaba, por lo desinteresado que parecía. Pero aunque no me recordara, yo lo recordaba claramente. Sus ojos azules como el hielo, su mirada feroz, su rostro llamativo, sus rizos negros como el azabache y rebeldes.

Cuando se presentó ante mí como el capitán de los *Arctic Bears*, se me cortó la respiración por un momento. De todas las personas, ¿se suponía que este tosco, aunque prohibitivamente atractivo cavernícola, iba a liderar a los *Arctic Bears*? ¿Maverick Wolf era el líder de la manada?

No me cabía duda de que sus compañeros estaban sometidos a él. Su aura inflexible, imperiosa y casi excesivamente masculina me producía un escalofrío tras otro y me hacía creer que estaba tratando con un absoluto animal alfa. Su carisma le confería algo primario, algo animal.

Una mirada a sus ojos azules como el hielo, fijos en mí en actitud de espera, me recordó que seguía esperando mi respuesta.

—Por favor, siéntate en la camilla de ahí —le indiqué y me levanté con la mayor seguridad posible.

—¿Por qué?

—Quiero echar un vistazo a tu postura torcida.

—Ya te lo he dicho, todo está bien.

—¿Acordamos que tú decides lo que pasa en el campo y yo mando en mi sala de curas?

Refunfuñó algo ininteligible y se levantó. Con cara de pellizco, se dirigió al sofá y se apoyó en él.

—Por favor, siéntate —le pedí, y me coloqué detrás del lobo líder.

Incluso sentado en el sofá, seguía sobresaliendo por encima de mí, por lo que me sentí obligada a subir al sofá y arrodillarme detrás de él.

Se sobresaltó y se dio la vuelta para mirarme.

—¿Qué haces?

—Te estoy tratando. Al menos lo intento. Pero, como seguramente habrás notado, me superas en varios centímetros. Así que me veo obligada a arrodillarme detrás de ti para alcanzar tus hombros, ¿a menos que prefieras tumbarte en el sofá?

—Me quedaré sentado —refunfuñó y se dio la vuelta.

Su actitud fría y despectiva me confundió más de lo que quería admitir. Al mismo tiempo, me enfureció. ¿En qué estaba pensando? ¿Que no merecía un mínimo de respeto por ser mujer y nueva en el equipo?

Concentrada, analicé su postura y empecé a pasar los dedos por los puntos gatillo de sus hombros.

Maverick se tensó notablemente al primer contacto. Sus impresionantes músculos de los hombros y el cuello me hicieron sentir como si estuviera tocando una piedra dura e hirviente.

—Estás luchando contra mí, Hielo.

—¿Me estoy resistiendo?

—Sí, te estás tensando. Si te tensas, me resultará difícil llegar a tus puntos gatillo.

—Entonces probablemente no va a funcionar. Es una lástima. ¿Puedo irme ya?

Le solté y cerré los ojos para no echarme a llorar en el acto.

¿Por qué demonios me ponía tantas dificultades para hacer mi trabajo a conciencia? El trabajo del que dependía para poder ofrecernos a mi hijo y a mí una vida razonablemente decente. Al pensar en Teddy y en el hecho de que tenía que protegerlo y cuidarlo como su madre, cerré las manos en puños y salté de la cama.

—Tumbate boca abajo, Hielo.

—¿Por qué?

—Porque no saldrás de aquí hasta que te haya echado un vistazo al hombro. Así que puedes conseguirlo por las buenas o por las malas. La decisión depende enteramente de ti.

Apretó los dientes audiblemente y asintió con un gesto seco.

—Quítate la camiseta.

—No. Su negativa me hizo levantar la cabeza bruscamente.

—¿No?

—No. Aquí hace bastante frío.

—¿Sí? —fruncí el ceño y miré el termómetro de la pared. Marcaba veintitrés grados. ¿Me estaba tomando el pelo? No iba a ceder tan fácilmente.

—Cubriré las zonas en las que no esté trabajando con una manta de lana —repliqué, señalando la manta que había al final del sofá.

Como no respondió, cogí la manta y se la tendí.

—Si te sientes incómodo desnudándote delante de una mujer, puedo salir de la habitación hasta que estés en el sofá. ¿Te gustaría?

Pareció pensarse mucho mis palabras, pero entonces sus gélidos ojos azules se iluminaron de repente y la impresionante expresión que había en ellos me recordó más al mar de Hawai que a las gélidas aguas del Ártico.

—Me parece bien. Creo que el doctor Logan ha preguntado antes por ti.

Entendí la indirecta y le seguí la corriente.

—Hablaré con el doctor Logan un momento mientras te descubres la parte superior del cuerpo y te tumbas boca abajo. ¿Estás de acuerdo?

—De acuerdo.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, salí de la habitación y caminé por el pasillo hasta el despacho del doctor Logan, cuya puerta estaba abierta.

—Melody, me alegro de verte. Siéntate, por favor.

Accedí a su petición y le miré expectante. El doctor Logan hizo lo mismo. Finalmente, se aclaró la garganta, ligeramente avergonzado.

—¿En qué puedo ayudarte, Melody?

Parpadeé irritada.

—¿Me han dicho *que* querías hablar *conmigo*?

Frunció los labios y se cruzó de brazos pensativo.

—¿Quién te lo ha dicho, Melody?

—Hielo. Quiero decir... Maverick Wolf.

Una fugaz sonrisa se dibujó en el rostro del doctor Logan.

—Maverick debe haberte dicho algo mal, me temo.

—¿Oh? —mi confusión crecía por momentos—. En ese caso, volveré a mi sala de tratamiento. Pido disculpas por la interrupción.

—¿A quién estás tratando en este momento? —preguntó el Doctor Logan. Había un matiz en su voz que me hizo sospechar que sabía exactamente quién estaba actualmente en mi mesa de tratamiento.

—Maverick Wolf.

El doctor asintió apenas perceptiblemente.

—Ya veo. Buena suerte, Melody. Lo harás bien. No te pongas nerviosa.

Desconcertada por esta conversación tan extraña, salí de su despacho y volví por el pasillo hacia mi obstinado paciente.

Llamé a la puerta, pero no se oyó nada.

—¿Hielo? ¿Estás listo? ¿Puedo pasar?

Silencio.

Intenté llamar de nuevo y esperé.

En vano.

Seguía tan silencioso como un ratón.

Presioné enérgicamente el picaporte de la puerta y entré en la sala, o mejor dicho, en la sala completamente vacía. Miré frenéticamente alrededor de la sala de curas en busca del lobo guía.

Ante mis ojos, todas las piezas del enmarañado rompecabezas se unieron de repente para formar una imagen completa.

Maverick me envió deliberadamente al doctor Logan para que pudiera escapar. Y el doctor lo supo. *Por supuesto que lo supo*. Su tono cómplice. El brillo en sus ojos. Sabía perfectamente que el lobo líder estaba tratando de engañarme y mantuvo la boca cerrada para evitar que me hundiera en el suelo de vergüenza. Sin embargo, *sabía* que los jugadores me llevaban de las narices. Que no me estaba haciendo valer, que no podía defenderme. En mi segundo día de trabajo. Si las cosas seguían así, estaría fuera de mi nuevo trabajo antes de que empezara el fin de semana.

Me tambaleé hasta la silla y me senté en ella, sintiéndome débil. Una sola lágrima se me agolpó en las comisuras de los ojos y bajó por las mejillas hasta el cuello. Enterré la cara entre las manos y ahagué un sollozo.

Normalmente, no me alteraba con facilidad, pero los últimos meses y semanas habían sido como una montaña rusa de emociones que me crispaban los nervios y agotado casi por completo mis reservas de energía.

Estaba agotada. Mi estado de ánimo actual podía resumirse de una forma tan sencilla como complicada.

Tuve que dejar atrás mi vida, mis amigos, mi trabajo, todo lo que había construido en Miami durante los últimos once años para empezar de nuevo en el fin del mundo. El frío cortante que reinaba en el Territorio del Yukón me carcomía literalmente el cuerpo. Un puño helado de miedo me envolvió el corazón.

¿Y si no conseguía sacarnos adelante? ¿Y si no conseguía empezar de cero? ¿Y si me despedían? Seguramente Amy nos acogería durante un tiempo. Ted y yo no podíamos ser una carga permanente para ella. Tenía que valerme por mí misma, cuidar de mi hijo y de mí misma, aunque no tuviera fuerzas en ese momento. Si sólo se hubiera tratado de mí, probablemente me habría rendido y me habría metido en algún agujero oscuro. Pero la responsabilidad por Teddy despertó mi espíritu de lucha. Si no podía ser fuerte por mí misma, lo sería por él. Yo era su madre. La persona que tenía que protegerle de todo el mal y las injusticias de este mundo. Nunca, jamás, dejaría que sintiera la magnitud de la catástrofe que se había apoderado por completo de mi vida.

Cogí un pañuelo del cajón y me soné los mocos. Luego utilicé otro pañuelo para secarme las lágrimas de desesperación y agobio. *Se acabó la autocompasión.*

Respiré hondo. Decidida, enderecé los hombros y cogí el ratón del ordenador. Luego escribí un correo electrónico a Maverick Wolf y le pedí que viniera a verme al día siguiente para una cita de hora y media. Lamenté que tuviera que marcharse tan repentinamente y le aseguré que recuperaríamos la media hora que había perdido hoy, además de la hora programada para mañana.

¿Quería escaquearse?

Tendría que levantarse antes.

Mañana me las vería con el tipo y me prepararía por si quisiera escaparse de nuevo.

Hasta entonces, tenía que conocer a los jugadores destacados del día y demostrar que era un fisioterapeuta comprometida y técnicamente competente.

MELODY



—Salud.

La copa de vino de Amy chocó contra la mía y tintineó suavemente.

Tomé un pequeño sorbo del vino tinto afrutado y con cuerpo, sabiendo perfectamente que tenía que llevar a Ted a casa sano y salvo más tarde. Aunque Amy sólo vivía a diez minutos en coche de nuestra casa, no quería correr ningún riesgo al respecto.

El ruido metálico de ollas y sartenes nos llegó desde la cocina. Mientras Amy y yo nos relajábamos en el salón, su marido Bryan preparaba la cena. Los niños jugaban en la habitación de Maya y se llevaban tan bien que era como si se conocieran de toda la vida. Aunque se habían visto y chateado *por Facetime* varias veces en el pasado, su primer encuentro en vivo y en directo fue el día anterior. Era una cualidad que siempre admiré en los niños: la capacidad de acoger a otro niño como un nuevo amigo desde el primer momento y sin reservas.

—Dime, ¿qué tal el segundo día? —Amy retorció con tensión el tallo de su vaso entre el pulgar y el índice.

—Fue bien, si ignoras el encuentro con Lobo Maverick.

—¿Qué hizo el Lobo de Hielo?

—¿Lobo de Hielo? —levanté las cejas divertida—. Un apodo muy acertado. Dicho Lobo de Hielo me engañó y me dejó muy mal.

—¿Desde cuándo te han engañado? —Amy apenas pudo ocultar una sonrisa y me miró con curiosidad—. Bueno, dime, ¿de qué fue culpable exactamente?

Le conté a Amy los acontecimientos del día y me di cuenta con alivio de que era bueno confiar en una amiga y desahogarme de los problemas.

—No te lo tomes como algo personal, Mel. Maverick es un caso especial. Es escéptico y desconfía de todas las mujeres, no sólo de ti —explicó Amy, terminando su copa.

—¿Qué quieres decir?

—Conozco a Maverick de mi época en Vancouver. Estaba casado con una mujer preciosa y se puso como loco cuando se quedó embarazada. Aún le recuerdo enseñando orgulloso fotos del pequeño por todo el equipo. Pero entonces el pequeño se puso muy enfermo y durante uno de los exámenes se descubrió que Maverick tenía un grupo sanguíneo completamente distinto al de su hijo, lo que en este caso parecía genéticamente casi imposible. Creo que el niño tenía el grupo sanguíneo AB y Maverick...

—Grupo sanguíneo 0 —terminé la frase por ella—. El pequeño no era su hijo —susurré consternada.

Amy asintió.

—Su mujer le engañó y se quedó embarazada de su amante. Maverick hizo todo lo que pudo para que el pequeño recibiera el mejor tratamiento posible y se recuperara. Con éxito. Tras su recuperación, el Lobo de Hielo solicitó el divorcio. Hace tres años, se pasó a los *Arctic Bears* y dejó atrás su vida en Vancouver con todos sus feos recuerdos.

—Y ahora desconfía de nosotras, las mujeres —reflexioné.

—Desconfía de todo y de todos, Mel. Especialmente de las mujeres. El hombre está rodeado de una coraza de hielo tan gruesa que no podrías hacerla estallar ni con una bomba.

—Pero no todas las mujeres son iguales —interpuse.

—Díselo a Maverick. No deja que nadie se le acerque. Así que no te lo tomes como algo personal cuando se ponga el escudo y te pase por encima. Es un lobo herido, humillado y afligido que lame sus heridas solo en el frío y oscuro bosque.

—Dios, suena horrible tal y como lo dices —suspiré.

—Para que veas que no eres la única a la que la vida le ha jugado una mala pasada. Estoy segura de que os haréis muy buenos amigos —rio Amy.

—La cena está lista —llegó la voz de Bryan desde la cocina.

Amy se levantó y fue a la escalera a llamar a los niños. Yo también me levanté y me dirigí a la cocina, ensimismada, para ayudar a su marido a servir.

Durante la comida, vi a Amy y Bryan tan cariñosos el uno con el otro que mi corazón helado se calentó al verlos. Me alegré por Amy, que encontró en Bryan a su mejor amigo, su amante, su marido y el padre de sus hijos. Hasta un ciego podría ver que ambos se amaban entrañablemente.

Involuntariamente, me pregunté por qué mi propio matrimonio se me había escapado tanto. ¿Por qué tuvo que dar ese giro profundamente destructivo que me llevó al borde del abismo?

—¿Cuánto tiempo vas a conducir el coche de alquiler? —la voz de Amy me sacó de mis pensamientos.

—Hasta que encuentre un coche adecuado y asequible —respondí.

—¿Qué tal si tú y yo buscamos algo adecuado en los concesionarios de la zona el fin de semana?

—No quiero ser una carga, Amy...

—No lo eres. Bryan quería llevar a los niños a la ciudad el sábado para hacer algunas compras navideñas. Nunca se me permite ir —Amy puso cara de ofendida.

—Porque miras en todas las bolsas como un cerdo trufado y estropeas tu propia sorpresa —se rio Bryan.

—Es que soy una entrometida —se justificó Amy.

—Ni hablar, mami. No tienes permiso para venir —refunfuñó Maya.

—¿Lo ves? No me quieren allí —Amy se encogió de hombros resignada—, así que aprovechemos el tiempo para ir a comprar el coche.

—Podría llevar a Ted a la ciudad —sugirió Bryan, acudiendo en ayuda de su mujer.

—¡Oh, sí! —le animó Sam.

Ted me miró con sus ojos grises y estudió detenidamente mi reacción.

—¿Quieres que te lleven, Teddy?

—Si no me echas mucho de menos, entonces sí.

Su preocupación por mi bienestar me hizo sonreír involuntariamente. No le había pasado desapercibido mi estado de nerviosismo de las últimas semanas, a pesar de que yo hice todo lo posible por ocultarle mis miedos y preocupaciones.

—Te voy a echar mucho de menos, pero podré sobrellevarlo de alguna manera. Al fin y al cabo, sólo son unas horas. Podré hacerlo.

—¿Estás segura?

Me incliné y le acaricié la mejilla.

—Sí, cariño. Estoy segura.

Mi mirada se cruzó con la de Amy. Sus ojos brillaron con confianza y una cálida sonrisa jugueteó en las comisuras de sus labios.

—¿Quién quiere un polo? —cubrió su emoción y dio una palmada decidida.

Los alegres gritos de los niños llenaron la cocina y disiparon el estado de ánimo emocional que la cariñosa reacción de Ted creó en Amy y en mí.

Mientras arropaba a Teddy en la cama después de una noche brillante y divertida y apagaba la luz de su habitación, me sentí vigorizada y preparada para todo lo que me esperaba.

Aunque tuve que renunciar a casi todo en mi vida para empezar de nuevo en el *Valle Ártico*, pude proteger lo más importante de todo: a Ted. Tenía a Ted conmigo. Sano y salvo. Y eso era todo lo que importaba. Todo lo que necesitaba. Todo lo que daba sentido a mi vida.

MAVERICK



Después de entrenarme en el hielo, decidí hacer una sesión extra en el gimnasio del estadio. Una semana más tarde, el viernes, nos esperaba el decisivo partido contra los *Winnipeg Warriors*, y todo el mundo lo esperaba con sentimientos encontrados.

En cuanto a mí, sentía claramente la inquietud interior que me perseguía antes de este importante partido y esperaba distraerme en el gimnasio. El rap duro retumbaba en mis auriculares, incitándome a levantar las pesadas pesas hasta quedar completamente agotado. Con cada sesión que terminaba, la tensión disminuía. El estrés y el nerviosismo eran sustituidos por la paz interior y la satisfacción física.

Mientras entrenaba, me olvidaba de todo lo que me rodeaba. Me concentraba únicamente en la música que corría por mis venas y en mi respiración, que controlaba mi energía.

Una vez ganada la batalla por la paz mental, me tapé la cabeza con la camiseta sudada y volví a la cabina, donde di a mis músculos un merecido masaje bajo los chorros humeantes de la ducha.

Masaje.

La imagen de Melody Dawson pasó ante mi ojo interior cuando oí esa palabra. Después de haberme ido el día anterior con éxito, recibí un correo electrónico suyo menos de una hora después, en el que me pedía educada pero inequívocamente que me pasara al día siguiente.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás mientras buscaba una forma de escapar de la sesión de ese día con la fisioterapeuta de curvas, ojos de tormenta de nieve y boca besable.

Aunque intenté con todas mis fuerzas suprimir su sensual aspecto, seguía rondando constantemente por mis pensamientos. Incluso en ese momento, mientras me untaba el gel de ducha en las palmas de las manos y me lo frotaba por todo el cuerpo. Inmediatamente, mi pila de lujuria, que creí muerta, cobró vida y la sangre hirviente de mis venas se disparó hacia el sur.

Resistí el impulso de cogerme la polla con la mano y ordeñarla hasta el fondo al pensar en las deliciosas curvas de Melody Dawson.

Se me escapó un gemido ronco.

¿Qué me pasaba? ¡Estaba en la puta ducha del equipo! Incluso la más remota idea de darme un orgasmo aquí era punible.

—Así que aquí estás. Primero huyes y luego ni siquiera apareces. ¿Tratas así a todos los nuevos miembros del equipo o yo tengo un trato especial por ser mujer?

Sobresaltado, abrí los ojos y miré directamente a los iris gris tormenta de Melody Dawson.

Estaba apoyada en la entrada de la sala de duchas abierta con los brazos cruzados sobre el pecho, mostrando sus amplios pechos con gran ventaja, aunque probablemente ni siquiera era

consciente de esa provocación. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta y severa. El pantalón de yoga azul oscuro hasta los tobillos ocultaba todo y nada de sus pecaminosas curvas al mismo tiempo. Una camiseta blanca ajustada de manga larga sustituía a la sudadera holgada y desenfadada del día anterior.

Apreté los labios y tragué saliva. Cuando su mirada recorrió mi cuerpo, me di cuenta de que estaba desnudo en la ducha mientras ella se apoyaba en la pared, completamente vestida.

Me apresuré a bajar los brazos y ocultar lo mejor que pude mi inmensa erección con las manos.

—Esto es una ducha. Para hombres —le informé innecesariamente de lo obvio y me molestó mi voz ronca, que provenía del hecho de que estaba extremadamente excitado no sólo por la fantasía, sino también por la mera visión de esta hermosa mujer.

—Soy consciente de ello —respondió con indiferencia.

—¿Qué haces aquí? Por lo que veo, no eres un hombre.

—Me preguntaba si tienes una razón legítima para evitar el tratamiento. Pito pequeño, culo flácido, barriga... ya sabes.

Resoplé con incredulidad, pero no pude reprimir un tic revelador en las comisuras de los labios.

—¿Crees que tengo una razón legítima?

Inclinó la cabeza y dejó que su mirada recorriera lentamente mi cuerpo. Bajo su atenta mirada, sentí calor y frío al mismo tiempo. Volví a tragar saliva y me esforcé por respirar con calma.

—Parece aceptable. Ahora vístete y ven a la sala de curas. No me gusta que me hagan esperar sin motivo. Altera el horario y afecta a los tratamientos de tus compañeros.

Con un gesto brusco de la cabeza, Melody se dio la vuelta y salió de las duchas con la cabeza bien alta. Poco después, oí cómo se cerraba la puerta del vestuario.

No había moros en la costa.

Respiré hondo y cerré el grifo.

¿Cómo demonios iba a dejar que me tratara cuando una sola mirada suya me ponía tan cachondo? En los últimos años, mi abstinencia no me causó ningún problema. Desterré de mi vida a las mujeres y todo lo que traían. Hasta que Melody Dawson apareció por aquí, no tuve la impresión de haberme perdido de nada.

De acuerdo, de vez en cuando me daba por relajarme. Pero la lujuria ardiente y animal que sentía en presencia de aquella mujer era cosa del pasado. Ahí quería que se quedara.

Contrariado, me sequé y me puse la ropa a cámara lenta.

Tenía que haber alguna excusa por la que no tuviera que presentarme a esta maldita cita. Una astuta excusa que una vez más me permitiera hacer mi escapada.

Por más vueltas que le daba, no se me ocurría ninguna excusa adecuada.

Molesto, cogí mi bolsa de deporte y me dirigí hacia las salas de tratamiento. Unas voces apagadas entraron por la puerta de la habitación de Melody. Escuché las palabras que salían al pasillo, pero al darme cuenta de lo absurdo de mi comportamiento, llamé a la puerta y entré con rostro adusto.

—¡Hielo! Qué amable de tu parte honrarnos con tu presencia —Amy, nuestra jefa de Relaciones Públicas, se levantó de la silla del escritorio de Melody y me hizo un guiño cómplice.

—Si estoy interrumpiendo, puedo irme otra vez —probé suerte y señalé con el pulgar la puerta que había detrás de mí.

—No creo que tengas éxito hoy —me siseó Amy conspiradoramente y alzó la voz—. Mel y

yo estábamos hablando de coches. Sabes mucho de coches, ¿verdad, Hielo?

—Mi padre tenía un taller de reparación de coches —miré con desconfianza a las dos mujeres.

—Y Hielo ayudaba regularmente allí hasta que empezó su carrera profesional —le explicó Amy a Melody.

—Sí, ¿y qué? —refunfuñé.

—Eso es maravilloso. Porque la suerte ha querido que Melody esté buscando un coche. Debe ser seguro, fiable y barato. ¿Alguna sugerencia?

Dejé caer el bolso al suelo y me apoyé en la pared con los brazos cruzados.

—No se me ocurre nada. Tienes que mirar los coches in situ.

—¿Y qué tienes que mirar? —Amy frunció los labios inocentemente y me miró interrogante.

Miré el reloj que había en la pared detrás del escritorio de Melody y me di cuenta con satisfacción de que mi tratamiento terminaría en menos de cincuenta minutos. Cuanto más tiempo estuviera aquí hablando de temas inocuos, más corto sería el tratamiento. Aunque no me gustaban las conversaciones triviales, me pareció el menor de los males.

—Frenos, neumáticos, óxido, kilometraje, daños por accidente, carrocería, motor, propietario anterior... —empecé a enumerar las cosas en las que sin duda hay que fijarse a la hora de comprar un coche.

—¿Tienes planes para el sábado? —preguntó Amy con indiferencia.

—¿Debería?

Amy se giró hacia Melody, que estaba apoyada en su escritorio y observaba la conversación con creciente inquietud.

—Bueno, Mel, tal y como yo lo veo, necesitamos a alguien que sepa de coches para que nos acompañe en nuestro viaje de compras. ¿Por qué no nos llevamos a Hielo? Es perfecto y te debe una.

—¿Por qué le debo algo a la señorita Dawson?

Amy se giró hacia mí y me dedicó una sonrisa de lástima.

—Porque ayer te largaste e hiciste llorar a la pobre Melody. No es exactamente el estilo canadiense. Y no la llares señorita Dawson. Después de todo, no es tan mayor.

—¡No estaba llorando! —se quejó Melody, pero sus mejillas sonrojadas me decían lo contrario.

Mi remordimiento de conciencia no tardó en aparecer cuando me di cuenta de que posiblemente la había humillado con mi furtiva huida.

—No pretendía hacerte daño —intenté explicarme, pero ¿cómo iba a transmitirle que no quería dejar que me tratara porque temía perder los nervios si me tocaba y masajeaba?

—Lo digas en serio o no, en cualquier caso tienes algo que compensar, Hielo. ¿Por qué no empezamos directamente el sábado? A las diez, en el número doce de *Northern Light Lane*. Te estaremos esperando allí. Ahora si me disculpas, mi próxima reunión empieza en cinco minutos.

Amy salió corriendo de la oficina y golpeó la punta de su dedo índice contra mi pecho al pasar.

—Sábado, diez en punto. Sé puntual. Sé dónde vives.

Perplejo, me quedé mirándola. Fue el carraspeo de Melody lo que me devolvió a la sala de tratamiento.

—Lo siento, Maverick. Puede ser muy atrevida y descarada.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—Desde hace quince años. Y por favor, no te sientas obligado a venir con nosotros el

sábado.

—No puedo salir de esta, Srta. Dawson, er, Melody. Si conoces a Amy desde hace quince años, sabes que no debes decirle que no.

—Supongo que es verdad —una rara sonrisa se dibujó en el rostro de Melody. Pero enseguida volvió a ponerse seria.

Se apartó del escritorio y me observó detenidamente mientras se acercaba a mí.

—¿Vas a volver a escaparte de mí hoy?

—No creo que sea capaz de hacerlo una segunda vez.

—Puede que tengas razón. Y ahora que lo hemos solucionado, por favor, quítate la camiseta y tumbate boca abajo.

La miré esperando, pero ella no hizo ademán de apartarse de mí.

—¿A qué esperas?

—¿No vas a darte la vuelta hasta que me tumbe en el sofá?

Melody sacudió la cabeza con pesar.

—Me temo que has desperdiciado el beneficio de la duda. Además, ya lo he visto casi todo de ti. ¿Qué podría sorprenderme ahora?

Suspiré y me puse la camiseta por encima de la cabeza. Con resignación, me acerqué a la camilla de masajes recién cubierta y me acomodé en ella.

—Pon los brazos junto a la parte superior del cuerpo —me indicó Melody y me cubrió las piernas y la parte inferior de la espalda con una manta caliente.

Hundí la cabeza en el hueco del cabecero. Ahora que no podía ver nada excepto los pies de Melody, que calzaba unas zapatillas de colores, me concentré en los sonidos de mi entorno.

—En primer lugar, quiero relajarte los músculos del cuello y la garganta. Usaré un aceite especial de aloe vera, que dicen que tiene un efecto revitalizante.

Oí cómo accionaban el dispensador de aceite y cómo Melody se frotaba las palmas de las manos. Cuando vi que sus zapatos se acercaban a mí, me tensé involuntariamente.

Por un lado, me moría de ganas de que me tocara.

Dios, lo deseaba. Realmente lo deseaba.

Por otro lado, sabía que pensar en sus manos sobre mi cuerpo no sólo era sólo indecente, sino absolutamente prohibido e inapropiado.

Cuando puso sus cálidas manos sobre mis hombros y empezó a amasarlos suavemente, un gemido agónico escapó de mi garganta.

—¿Te duele? —preguntó Melody alarmada.

—No, está bien —jadeé sin aliento, imaginando en mi mente el queso mohoso y estropeado que encontré en mi nevera después de mi último partido fuera de casa para evitar que mi polla palpitante se hinchara aún más.

Las manos de Melody se deslizaron por mis hombros hasta la nuca y el nacimiento del pelo. Sus suaves caricias me erizaron el vello de la nuca y me pusieron la piel de gallina.

No sería capaz de soportar este suplicio durante cuarenta y cinco minutos. Probablemente ni siquiera cuarenta y cinco segundos.

—Déjalo, Hielo. No te resistas. Relájate. Este es un lugar seguro —me recordó la suave voz de Melody. Sus manos me acariciaron de derecha a izquierda por la columna hasta la parte baja de la espalda, hasta la base del trasero, haciendo que se me acelerara el corazón. Mi respiración se detuvo y el corazón acelerado se me salió del pecho.

—Creo que ya es suficiente por hoy —le supliqué.

—Aún no hemos empezado —rio Melody, volviendo a pasarme las manos por la espalda.

Me tensaba más a cada minuto que pasaba hasta que Melody finalmente me soltó con un suspiro.

—¿Podrías ponerte boca arriba, Hielo? Me gustaría echarle un vistazo a tus deltoides y rodillas.

Me invadió el pánico. Tenía una erección dura como una roca en los pantalones, que probablemente ya estaba azul porque llevaba media hora tumbado sobre ella. Si ahora me daba la vuelta y me quitaba los pantalones, nos pondría a los dos en una situación extremadamente embarazosa.

—¿Podemos limitarnos a mi cuello por hoy? Es lo que más me duele —le pregunté, con la ferviente esperanza de que se creyera mi mentirijilla.

—De acuerdo. Le diré a mi colega Carter que mañana le eche un vistazo a los deltoides y las rodillas.

Exhalé audiblemente.

Aquello acababa de salir bien.

Al menos hoy. Porque no tenía ni idea de cómo iba a aguantar los tratamientos de Melody Dawson tres veces por semana en el futuro.

MELODY



Me senté en uno de los cómodos taburetes de la cocina de Amy, sorbiendo mi café con canela mientras daba golpecitos nerviosos con el pie.

—Ya vendrá. Estoy segura —dijo Amy alegremente.

—¿Hmm? ¿Quién? —me hice la inocente.

Amy hizo una mueca y se sirvió un café con una amplia sonrisa.

—Te gusta el Lobo de Hielo, ¿verdad?

—¡Qué va! ¿Qué te hace pensar eso?

—Le miras con esa mirada soñadora que normalmente sólo tienen los conejos de orejas caídas y los potros pequeños.

Me atraganté con el café y empecé a toser violentamente.

—Estás loca —balbuceé, jadeando.

—A mí no me engañas. Además, creo que al Lobo de Hielo también le gustas.

—¿Qué te hace pensar eso? —ahogué, aún jadeando desesperadamente.

—Es sólo una sensación. Déjame probar.

Me levanté de un salto y sacudí la cabeza enérgicamente.

—No, Amy. No y no otra vez. Maverick es mi paciente. Está absolutamente fuera de los límites. Necesito este trabajo. No puedo permitirme un paso en falso.

—¿Estaría fuera de los límites si no fuera uno de tus pacientes?

—No quiero un hombre en mi vida. Ya has visto a dónde lleva eso. No necesito tener una experiencia como esa por segunda vez.

—No todos los hombres son como Josh, Melody.

—Puede ser. Pero prefiero no arriesgarme.

Un golpe en la puerta nos detuvo abruptamente.

Amy se apresuró hacia la puerta principal y poco después Maverick entró detrás de ella a la acogedora cocina.

—Buenos días —refunfuñó y me saludó bruscamente con la cabeza.

—Buenos días —respondí—. ¿Café?

—No, gracias. ¿Podemos irnos enseguida?

—¿Qué prisa tienes, Hielo? ¿Tienes cosas mejores que hacer que ayudar a dos chicas guapas a comprar un coche? —bromeó Amy, cogiendo su chaqueta.

Hielo dejó la pregunta sin respuesta y en su lugar me miró a mí.

—Ya voy —murmuré y me bajé del taburete.

Me puse la chaqueta y me preparé para las temperaturas bajo cero que me esperaban fuera. El

cambio de tiempo y la diferencia de temperatura de cuarenta grados eran cosas a las que no me acostumbraría pronto.

—Cogeremos tu coche, Hielo. Siempre he querido montar en una camioneta como esa —susurró Amy, abriendo la puerta trasera del camión de Maverick—. Melody, cariño, siéntate delante con Hielo.

Le envié a Amy una advertencia silenciosa, pero ella se limitó a soltar una risita divertida y cerró rápidamente la puerta del coche tras de sí.

Subí en silencio y tomé asiento en el asiento del copiloto junto a Maverick. En la radio sonaba “Jingle Bell Rock” de *Bobby Helms*. Me encontré tarareando en silencio la canción navideña y dando golpecitos con el pie al ritmo de la misma. Cuando noté la mirada pensativa de Mav, me detuve en seco y me sonrojé avergonzada.

—Lo siento. No pretendía asustarte con mis graznidos.

—¿De qué estás hablando, Mel? Tienes talento para cantar. Deberías oírla cantar, Hielo. Es una maravilla.

—¿Ah, sí? —Maverick levantó las cejas divertido—. ¿Qué te parece esta canción? —señaló con la barbilla en dirección a la radio, de la que sonaban en ese momento los primeros acordes de “Do They Know it's Christmas”.

—¿Qué, quieres que cante? ¿Ahora? —miré de la radio a Mav con incredulidad.

—¿Por qué no? —Maverick se encogió de hombros y levantó una comisura de los labios.

—Te reto —me animó Amy desde el asiento trasero.

—No, cariño. Definitivamente estoy demasiado sobria para eso.

—Oh vamos Mel, no seas aguafiestas —se burló Amy.

—No soy una aguafiestas, soy una adulta —objeté.

—Es lo mismo —replicó Mav secamente.

—No lo es —me reí.

—¿Ah, no? —miró a su izquierda, aceleró sin esfuerzo y se incorporó con seguridad a la autopista.

—Muy bien, entonces. Puede que haya algunos paralelismos. Pero también puedes divertirte como adulto.

—Demuéstranoslo —me retó Mav y subió el volumen de la radio.

—No tengo que demostrar nada a nadie.

—Así que eres una aguafiestas después de todo —me provocó. Su voz sonaba triunfante y cómplice.

No tenía ni idea de por qué me molestaba que pensara que yo era un aguafiestas. Y sabía aún menos por qué era tan importante para mí demostrarle que ese término no se aplicaba a mí. Me mordí el labio inferior y elevé una plegaria al cielo. Luego me uní al coro y canté una de mis canciones navideñas favoritas.

Miré furtivamente en dirección a Maverick. Una amplia sonrisa adornaba su llamativo rostro. En sus hipnotizantes ojos azul hielo había un brillo que nunca había visto antes.

—No está mal —comentó cuando terminó la canción y me incliné teatralmente en mi asiento.

—¿No ha estado mal? Ha estado genial —Amy me tendió la mano desde atrás y yo le choqué los cinco.

—Ahora que conoces uno de los talentos secretos de Mel, deberías dejar las bromas tontas y hablarle normalmente por fin —sugirió Amy.

Me deslicé discretamente hacia abajo en mi asiento. Esta piojosa casamentera nunca perdía la

oportunidad de avergonzarme con regocijo. Definitivamente no recibiría una tarjeta de Navidad mía este año.

—No tenemos que hacer esto. No pasa nada si seguimos tratándonos con más respeto —intervine, buscando una salida inofensiva a la desvergonzada ofensa de Amy.

—Ahí delante está el primer traficante. Veamos si tiene un coche para ti, Melody —dijo el Lobo de Hielo, señalando el gigantesco cartel publicitario que teníamos delante.

Le agradecí que ignorara tan deliberadamente lo embarazoso de la situación, como si no se diera cuenta del precario juego al que nos estaba sometiendo mi amiga.

—Tengo que ir al baño —nos dijo Amy y desapareció en el interior del edificio donde se encontraba la oficina del concesionario de coches.

Atónita, la seguí con la mirada.

—¿Cuál es tu presupuesto, Melody? —Maverick me sacó de mi estado de shock. A diferencia de mí, él parecía completamente frío y tranquilo.

¿De verdad se suponía que no se había dado cuenta de que mi amiga estaba intentando emparejarnos? ¿O lo sabía y dejó que pasara?

—¿Melody? —Mav me sacó de mis alocadas fantasías.

—Diez mil dólares —le informé, ganándome una mirada inescrutable.

—¿No es suficiente? —pregunté con cautela.

—Ya veremos —refunfuñó y empezó a pasear entre las hileras de coches usados.

Le seguí discretamente.

—Me gusta éste —Mav se detuvo delante de un todoterreno azul oscuro con tracción a las cuatro ruedas, calefacción auxiliar y asientos calefactados—. Tiene ocho años. Noventa mil kilómetros. Dos propietarios anteriores. Historial de mantenimiento completo. Parece prometedor.

Me acerqué al parabrisas del todoterreno e hice una mueca de pesar.

—Por desgracia, cuesta quince mil dólares. No puedo permitírmelo en este momento.

—Echemos un vistazo más de cerca al coche —Maverick ignoró mi objeción y rodeó el todoterreno.

Cuando se dio cuenta de mi vacilación, me sonrió alentadoramente, lo que hizo que me empezaran a temblar las rodillas. Por una vez, no era culpa del gélido frío del Yukón, sino de sus gélidos ojos azules que me miraban como si yo fuera la única persona del planeta.

—Confía en mí, Melody.

—La confianza no es precisamente mi punto fuerte —confesé con pesar.

—Tampoco el mío. Pero por una vez, vamos a por ello. ¿De acuerdo?

Me mordí el labio inferior y miré desde el atractivo y aparentemente extremadamente fiable coche a Mav, que era un oso de hombre con su gruesa chaqueta de invierno amarilla con cuello de piel y su informal gorra verde oliva.

—De acuerdo. De acuerdo.

Después de que Mav inspeccionara a fondo el coche en el ascensor del concesionario, rellenamos el papeleo para una prueba de conducción.

El dueño del concesionario no podía creer la suerte que había tenido de que Maverick Wolf, un célebre héroe nacional, quisiera comprarle un coche a él entre todas las personas, y casi se sintió abrumado por la cortesía.

Mav me abrió la puerta del acompañante y subió él mismo en el lado del conductor. Bajé la ventanilla y le hice señas a Amy para que se acercara.

—¿No vienes conmigo?

—Prefiero esperarte aquí —me guiñó un ojo y me lanzó un beso.

Al menos una de las dos estaba disfrutando del ajetreo.

Durante los minutos siguientes, observé cómo Maverick realizaba hábilmente diversas maniobras, a veces frenando bruscamente, a veces con cuidado. Entramos en la autopista despejada, aceleramos a fondo y luego condujimos a través de la espesa nieve por un camino de tierra.

Finalmente, se detuvo en un apartadero y se giró hacia mí.

—El coche es una buena elección. Condúcelo y comprueba si puedes manejarlo.

Mientras cambiábamos de sitio, de repente me invadió el nerviosismo. Ver a Mav conducir era una cosa. Dejar que Mav me viera conducir era otra muy distinta.

Me temblaban las manos mientras cambiaba la palanca de ‘P’ a ‘D’ y me alejaba, más que consciente de la atenta mirada de reojo de Mav.

—Estás nerviosa —se dio cuenta Maverick, reclinándose en su asiento y relajándose.

—Estoy acostumbrada a las soleadas calles de Miami. El hielo y la nieve son territorio nuevo —mentí. No mencioné que era originaria de Colorado, donde la nieve formaba parte de la vida cotidiana tanto como el sol en Miami.

—¿Por qué te mudaste de Miami a Yukón? —me preguntó. Había verdadero interés en su voz.

—Necesitaba desesperadamente un cambio grande —le evadí y aceleré el coche.

—Ya veo —comentó y, para mi alivio, abandonó el tema.

Cuando media hora más tarde volvimos al concesionario, Mav me miró inquisitivamente.

—¿Qué te parece? ¿Quieres el coche?

Pasé las manos por el volante y asentí.

—Sí, lo quiero. Pero no tengo quince mil dólares. Lo máximo que puedo reunir son once mil dólares en lugar de diez mil. Eso no es posible en este momento.

—Todo es cuestión de negociación —Mav se desabrochó el cinturón y salió. Esperó a que yo saliera también—. Déjame hablar, ¿vale?

—¿De acuerdo? —asentí, confundida, y le seguí al interior del edificio, donde Amy charlaba animadamente con la dependienta.

Cuando nos vio, se levantó.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Nos gustaría comprar el coche. Sin embargo, mi novia sólo tiene diez mil dólares para gastar.

—Oh —comentó con pesar el vendedor—. El coche cuesta quince mil. Puedo complacerla rebajándole mil dólares. Catorce mil es un precio realmente bueno si quiero ganar un poco de dinero yo mismo.

—Estoy de acuerdo —Mav se inclinó hacia delante para espiar la placa del vendedor—, Gary. Si no me equivoco, compraste el coche por unos diez mil dólares y te gastaste entre mil y dos mil dólares reparándolo y renovándolo. En total, el coche te costó entre once y doce mil dólares. Así que te propongo el siguiente trato: tú vendes el coche a mi novia por diez mil dólares y yo te invito a ti y a tu familia al partido de la *NAIHL* contra los *Winnipeg Warriors* del próximo viernes, cuyas entradas están agotadas desde hace semanas. Entradas de tribuna en las filas familiares de los jugadores con acceso a la sala VIP. Además de autógrafos de los jugadores, fotos con los jugadores y camisetas firmadas para todos.

La oferta de Maverick me dejó completamente sin palabras.

Amy soltó un silbido de agradecimiento.

—Eso es lo que yo llamo un trato fantástico. Normalmente no se pueden comprar entradas así en las tiendas. Por no hablar del encuentro con los jugadores.

Maverick tendió la mano al vendedor y le miró animadamente.

—¿Trato hecho?

Las arrugas de la frente de Gary se alisaron y su boca, en forma de ‘O’, se transformó en una carcajada que habría puesto verde de envidia incluso a Julia Roberts.

—Trato hecho.

MAVERICK



Los días de partido ejercían sobre mí una presión que hacía que la sangre se me agolpara ruidosamente en los oídos y que tuviera que luchar con todas mis fuerzas para sacar cada aliento de mi pecho constreñido. Las primeras gotas de embriagadora adrenalina me despertaban cada mañana de partido. Esos días, mi corazón latía más rápido en reposo que los días de entrenamiento. Mi respiración era más superficial y dificultosa. Me hormigueaban las yemas de los dedos y mi cabeza repasaba un sinfín de movimientos que, si se ejecutaban bien, nos darían la victoria. Durante el día, las gotas individuales de adrenalina se acumulaban gradualmente en un espumoso arroyo forestal antes de convertirse en un río embravecido por la tarde.

Mientras conducía el coche en medio de la oscuridad, mi nerviosismo aumentaba con cada kilómetro que recorría hacia el estadio. Había mucho en juego.

Demasiado.

Demasiado para estropearlo. Demasiado para perderlo.

Teníamos que ganar. Sólo había una opción: tenía que llevar al equipo a la victoria. Cuestara lo que costara.

Mentalmente, me preparé para una dura batalla. Para todas las palizas que iba a recibir. Los placajes despiadados, los body checks y los puñetazos que me golpearían. Todas las faltas que me derribarían. Los pesados cuerpos que caerían sobre mí y me enterrarían debajo. Lo soportaría y me levantaría. Una y otra vez. Por mucho que me doliera. Dejaría que los *Arctic Bears* salieran de este estadio como ganadores a cualquier precio.

Decidido, conduje mi camioneta hasta el aparcamiento acordonado para los miembros del equipo en la parte trasera del estadio y salté fuera. Del cielo gris oscuro y nublado de invierno caían gruesos copos de nieve, lo que hacía presagiar que esa noche nos esperaba nieve fresca. Le di una palmada en la espalda al guardia de seguridad que estaba apostado en la entrada del personal los días de partido y me dirigí al interior del estadio.

Como me disloqué ligeramente el hombro durante el entrenamiento del día anterior, decidí ir a ver a Carter, el segundo fisioterapeuta, para que me amasara por última vez antes del partido.

De camino allí, el doctor Logan me interceptó y me escrutó a través de los cristales de sus gafas de lectura.

—¿Carter me ha dicho que te duele el hombro?

—Nada grave. Sólo quiero aflojarlo un poco— desestimé la preocupación del médico del equipo.

—Carter tiene que ocuparse de Elliott, Spencer y Samson antes del partido. No quiero que te pierdas el masaje. Por favor, deja que Melody te trate. Ella sólo tiene a McAllister en la lista

antes del partido.

Mis dedos apretaron con más fuerza el asa de mi bolsa de deporte. Melody Dawson ya me había tratado dos veces esa semana. En cada ocasión, sus caricias me llevaron al límite de mi autocontrol. Después del tratamiento me sentía más tenso que después de los partidos más agotadores de mi carrera *en la NAIHL*. No porque Melody no dominara su arte, sino porque tenía que concentrarme constantemente en no correrme bajo sus manos. Cuando no tuviste relaciones sexuales durante tanto tiempo como yo, un masaje sensitivo de una mujer prohibidamente sensual bastaba para llevarte al clímax. Sobre todo cuando su voz tranquilizadora me producía un cosquilleo en el cuero cabelludo y su aroma a pachulí místico me inundaba los nervios.

—¿A qué esperas, Hielo? ¿Hay algún otro asunto que quieras tratar conmigo? —el doctor Logan levantó la vista de su portapapeles y se quitó las gafas de la nariz.

Sacudí la cabeza y miré sombríamente por el pasillo hacia la sala de tratamiento de Melody.

—Te acompañaré un rato —el doctor Logan empezó a moverse, obligándome a seguirle el ritmo.

Se detuvo en la puerta de la habitación de nuestro psicólogo de equipo, cuyo despacho estaba junto al de Melody, y se despidió.

Estaba barajando seriamente la idea de volver a desaparecer sin más, cuando me di cuenta de que la puerta de la sala de tratamiento de Melody estaba entreabierta. Mi curiosidad se impuso a la voz de la razón y abrí un poco más la puerta para ver qué pasaba detrás.

Lo que vi hizo hervir la sangre ya caliente de mis venas.

Melody había extendido una esterilla en el suelo y presionaba el suelo con las manos. Sus pies descalzos estaban ligeramente separados unos centímetros por detrás de ella, formando una perfecta ‘V’ invertida con su cuerpo. Sus nalgas apretadas se destacaban en sus pantalones cortos de deporte de color púrpura y sobresalían de forma tentadora.

Mi cine mental se encendió automáticamente y vi en mi mente cómo me acercaba silenciosamente a Melody por detrás, le ponía los pantalones cortos por encima de las nalgas, me bajaba la cremallera, empujaba mi lujuriosa polla en su caliente centro, ponía las manos alrededor de sus curvilíneas caderas y me la follaba muy duro y profundo con las piernas separadas mientras ella gemía fuerte y exuberantemente bajo mis implacables embestidas.

Dejé escapar un profundo gruñido ante tan salaz actuación, lo que hizo que Melody se cayera del susto. Por reflejo, se hizo un ovillo y se protegió la cabeza con los brazos.

De repente, toda mi tensión sexual se desvaneció. Miré horrorizado a la aterrorizada mujer que yacía en el suelo frente a mí, que ahora se asomaba cuidadosamente por detrás de sus brazos.

—Lo siento, por favor. No pretendía asustarte —gemí y tiré descuidadamente la bolsa al suelo.

Me apresuré hacia Melody y le tendí la mano. Avergonzada, la cogió y se puso en pie.

—No es culpa tuya. Sólo estoy un poco nerviosa. Eso es todo —sonrió avergonzada y se ruborizó bajo mi mirada penetrante.

—¿De qué tienes tanto miedo?

—Soy una miedosa total. Para ser sincera, no sabría por dónde empezar. La lista es casi interminable —dijo y se refugió detrás de su escritorio, escondiendo sus manos temblorosas detrás de la espalda—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Me di cuenta de lo mucho que le costaba mantener la compostura. En sus ojos grises como tormentas se reflejaba una ventisca y su respiración era anormalmente rápida. Pensé febrilmente en cómo podía calmarla sin ofenderla ni socavar su profesionalidad, que tanto se esforzaba por

mantener.

Entonces tuve una idea brillante: tenía que dejarla hacer su trabajo. El trabajo que siempre hacía con tanta confianza y de forma rutinaria. El trabajo que la hacía sentir cómoda y segura.

Tal vez la ansiedad que se había apoderado de mí al verla, llena de miedo, mantendría a raya, al menos por hoy, la desenfadada excitación que siempre me asaltaba cuando me tocaba.

—Me hice un tirón en el hombro ayer en el entrenamiento y quería saber si podrías echarle un vistazo antes del partido.

Un destello de sorpresa apareció en el rostro de Melody, disipando la bruma de sus ojos.

—Por supuesto. Gracias por venir a verme —asintió y señaló la camilla—. Por favor, descúbreme la parte superior del cuerpo y tumbate boca abajo.

Me quité la chaqueta negra, me aflojé la corbata y me quité la camisa blanca.

Los días de partido, la dirección insistía en que nos presentáramos con traje y corbata, lo que personalmente me parecía absolutamente ridículo. Pero yo elegía mis propios partidos y no creía que debiera perder el tiempo discutiendo la elección de ropa de los jugadores, sobre todo porque a algunos de mis compañeros les gustaba el aspecto serio, ya que supuestamente les hacía más atractivos para las mujeres.

—¿Estás emocionado? El partido de hoy es muy importante, ¿verdad? —preguntó Melody mientras activaba los altavoces, a través de los cuales sonaban ahora los melancólicos acordes de la canción “Everglow” de *Coldplay*.

—El día que deje de emocionarme antes de un partido es el día en que deberé retirarme —respondí y me acomodé en el sofá.

Me apoyé en los antebrazos y observé cómo Melody encendía tres velas. Cuando captó mi mirada interrogante, señaló las velas.

—Vainilla, sándalo y canela. Calma los nervios y la mente.

Colocó las velas en la mesita a mi izquierda, me cubrió la parte baja de la espalda y extendió el aceite de masaje en sus manos.

Bajé la cabeza al hueco previsto y me concentré en la música. En ese momento, “Everglow” cambió a un lento popurrí de “Clocks”.

Las cálidas manos de Melody se encontraron con mis hombros acalorados y, por primera vez, pude disfrutar de sus caricias sin pensar en sexo y orgasmos animales. El temblor de sus dedos dio paso a una secuencia rutinaria de movimientos circulares y, al cabo de unos minutos, me di cuenta de cómo se aflojaban las zonas endurecidas de mi hombro.

—Esto está funcionando muy bien hoy. Pareces relajado y a gusto —susurró Melody y dejó que sus dedos se deslizaran hasta la línea de mi pelo. Abrumado, cerré los ojos y reprimí un placentero ronroneo.

Debí quedarme dormido durante su tratamiento, porque en algún momento la suave voz de Melody me despertó junto a la oreja.

—Despierta, Hielo. Puedes dormir después del partido —se burló de mí.

Levanté la cabeza y la giré aturdido en la dirección de la que procedía su voz. Se había inclinado hacia mí y sonreía satisfecha. Su larga melena rubia me hacía cosquillas en los brazos y sus labios estaban tan cerca de los míos que casi podía saborearlos.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? Nunca antes me había dormido durante un masaje. Y menos antes de un partido.

—Unos veinte minutos, calculo. McAllister estará aquí en un minuto para su tratamiento. Así que te despidas con gracia.

La idea de que sus manos mimaran a McAllister de la misma forma que me mimaban a mí

me trastornó. El aguijón venenoso de los celos se clavó en mi pecho.

De mal humor, me levanté y me acerqué a la silla donde dejé mi ropa.

—¿Puedo preguntarte algo, Mav?

Me pasé la camisa por los hombros, que se sentían extremadamente móviles, y me giré hacia Melody, que estaba de pie junto a su escritorio.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué me ayudaste con el coche?

Fruncí el ceño y entrecerré los ojos.

—Porque no me porté bien contigo cuando nos conocimos en el estadio.

—Por eso viniste, lo sé. Pero ¿por qué le ofreciste al vendedor todas esas cosas para que bajara el precio?

—¿Acaso importa?

Melody exhaló ruidosamente.

—Sí. Porque me incomoda que hayas tenido que invitar a completos desconocidos al partido por mi culpa.

Me abroché la camisa y miré a la mujer menuda, aunque bien entrenada, apoyada en el borde del escritorio con sus pantalones morados y su top lila a juego. Había inclinado la cabeza, pensativa, de modo que su suave cabello le caía sobre la cara, acariciando su rostro en forma de corazón.

—Tenía algo que compensarte y tuve la oportunidad de hacerlo. Al menos el molesto ajetreo y la fama innecesaria que me rodean a veces son útiles. Dispongo de un juego de tarjetas VIP para cada partido, que casi nunca utilizo porque mis padres viven en otra parte de Canadá. Así que si puedo ayudarte con eso en lugar de dejar que caduquen sin usar, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Se me ocurren muchas razones —Melody se encogió de hombros—, después de todo, apenas me conoces. ¿Por qué harías tanto por ayudarme?

Me anudé la corbata y me puse la chaqueta. Luego cogí mi bolso y me dirigí a la puerta.

—Cuando te pregunté por qué te mudaste de Miami a Yukón, me respondiste que necesitabas desesperadamente un cambio radical. Conozco muy bien esa sensación. Porque yo sentí lo mismo cuando me mudé aquí. Creo que tú y yo somos muy parecidos, Melody.

Con estas palabras, salí de la sala de tratamiento y me dirigí a los vestuarios.

MELODY



Estaba viendo el partido cerca de la banda con el resto del equipo médico, formado por el doctor Logan, mi colega Carter, el psicólogo del equipo y los dos traumatólogos.

Amy estaba sentada en la sala VIP con los directivos, algunos patrocinadores e invitados clave y algunos familiares de los jugadores. También reconocí al vendedor de coches, a su mujer y a sus dos hijos, con caras radiantes.

Así que Mav cumplió su palabra.

Mi mirada se desvió hacia las gradas. En algún lugar, Bryan estaba sentado con Maya, Sam y Ted. Si ganábamos, me reuniría con ellos para una cena de equipo después del partido.

Como era de esperar, el partido comenzó con un ímpetu brutal que fue en aumento a medida que avanzaba. Ambos equipos estaban decididos a conseguir la victoria y jugaban con tal ferocidad que me dolía el cuerpo incluso de sólo mirar.

El primer periodo no tuvo goles. Durante los quince minutos de descanso, estaba tan ocupada atendiendo a los jugadores que no me di cuenta del ambiente caldeado del estadio ni de los cánticos ensordecedores de los hinchas.

En el segundo periodo, dos de nuestros jugadores recibieron un placaje tan fuerte que quedaron fuera de combate durante el resto del periodo y tuvieron que ser sustituidos por jugadores de las otras líneas.

Maverick protegió a sus compañeros lo mejor que pudo, pero el capitán no pudo salir al hielo con todas las líneas y tuvo que ver cómo los *Warriors* les daban una paliza a sus compañeros.

Mientras que en baloncesto un equipo estaba en el campo durante todo el partido y los jugadores individuales sólo se sustituían ocasionalmente, las reglas eran diferentes en el hockey sobre hielo. Además del portero, había otros cinco jugadores de cada equipo sobre el hielo. Dos defensas y tres atacantes. Como un partido de hockey sobre hielo era tan energético, rápido y bárbaro, los cinco jugadores cambiaban varias veces en un tercio. Como resultado, a menudo había de tres a cinco de las llamadas líneas por equipo, es decir, equipos dentro del equipo con cinco jugadores por línea. Los cambios de línea permitían a los jugadores tomarse un breve respiro antes de saltar de nuevo al hielo y librar sus batallas.

Hacia el final del segundo periodo, los *Arctic Bears*, liderados por Hielo, consiguieron burlar a los *Winnipeg Warriors* y dar a Spencer una oportunidad clara. Éste introdujo el disco en la red con un disparo decidido. La luz roja se encendió, señalando un gol para los *Bears*. Todos a mi alrededor se pusieron en pie de un salto y vitorearon eufóricos. Los espectadores bailaban en las gradas y gritaban consignas de victoria. El ambiente cargado de emoción me hizo deslizarme impacientemente de un lado a otro de mi asiento con la esperanza de que también pudiéramos

ganar el tercer y último periodo.

Sólo quedaban dos minutos de los veinte que quedaban por jugar cuando un jugador del equipo contrario levantó su stick y golpeó a Spencer tan fuerte en la cabeza que se le cayó el casco y cayó al suelo inconsciente.

Los espectadores saltaron de sus asientos, gritaron, silbaron, abuchearon y amenazaron. El entrenador gesticuló salvajemente en la banda y Maverick patinó con movimientos rápidos hasta su compañero, que abrió los ojos en ese momento.

El árbitro llamó al doctor Logan, que sacó a Spencer del hielo con dos compañeros y una camilla.

Mav se quitó los guantes y corrió hacia el autor de la peligrosa falta. Antes de que supiera lo que le golpeaba, fue alcanzado por el puño de acero del Lobo de Hielo. El adversario se tambaleó hacia atrás y amenazó con caerse, pero Mav se llevó las manos a la camiseta y lo estabilizó para asestarle otro sólido golpe que lo noqueó.

Me estremecí en mi asiento.

Probablemente nunca entendería que las peleas a puñetazos no sólo estaban permitidas, sino que se fomentaban en el hockey sobre hielo. Especialmente a la vista de niños como Ted, Sam y Maya, que observaban el partido con ojos suspicaces, esa fuerza bruta me pareció absolutamente inaceptable. Los espectadores, sin embargo, parecían disfrutar de la pelea, ya que los gritos entusiastas casi hacían estallar el estadio.

El árbitro añadió dos minutos de penalización al jugador ya derribado, lo que significó que los *Arctic Bears* tuvieron la sartén por el mango en los dos últimos minutos del partido y pudieron presionar a los *Warriors* gracias al llamado *power play*.

Poco antes del final del partido, los *Bears* consiguieron encontrar un hueco, pillar por sorpresa a los *Warriors* y marcar su segundo gol del día para asegurarse la victoria.

Cuando sonó el pitido que señalaba el final del partido, los jugadores se abrazaron y lo celebraron exuberantemente en el campo. Los espectadores entonaron el himno de la victoria y los periodistas se apresuraron a dirigirse a los vestuarios para escuchar las declaraciones de los jugadores antes de la rueda de prensa oficial.

Volví a mi sala de fisioterapia y esperé a que el equipo médico enviara a los jugadores lesionados para ser atendidos, pero en su lugar fue Amy quien con sus golpes me hizo salir del artículo sobre desgarros de fibras musculares en el que estuve enfrascada durante una hora para aprovechar eficazmente el tiempo de espera.

—Vamos. Casi todos los jugadores han llegado a *Harry's Steakhouse*.

—Probablemente debería esperar a ver si me mandan algún jugador —objeté.

Amy hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Están todos demasiado borrachos de éxito y hambrientos para ser atendidos ahora y arriesgarse a que sus compañeros se coman sus filetes. Créeme, mañana habrá una larga cola delante de tu sala. Esta noche, el subidón de endorfinas adormecerá el dolor de los jugadores.

—De acuerdo —me levanté y me puse la chaqueta.

—Estás muy guapa, Mel —comentó Amy sonriendo.

Me miré y me alegró el cumplido. Después del partido, cambié mi uniforme de los *Bears* por unos vaqueros negros de cintura alta y una blusa negra a juego. Junto con las botas negras de invierno, el conjunto seguía siendo lo bastante cómodo para mí y apropiado para una cena informal del equipo con los jugadores, los compañeros y la dirección.

—¿Va todo bien con Bryan y los niños?

Amy levantó el pulgar.

—Al parecer Ted tenía muchas ganas de ver la pista de hielo. Así que Bryan los llevó a dar una vuelta. Nos reuniremos con ellos en *Harry's* después.

Me subí la cremallera de la chaqueta y me dirigí a la puerta, pero Amy me agarró del brazo. Me giré hacia ella sorprendida.

—Hoy has dominado tu primer partido, Mel. Te he visto y has estado muy bien en la banda. Tranquila, experimentada y profesional. Estás exactamente donde debes estar. Si aún tienes dudas al respecto, espero que después de esta noche se hayan disipado. Lo pasado, pasado está. Mira al futuro, Mel. Tú perteneces con nosotros. A los Osos del Valle Ártico.

Sus amables palabras me hicieron llorar. Tiré de Amy en un abrazo y la apreté con fuerza.

—Gracias —susurré—. Por todo lo que has hecho por Teddy y por mí.

—Todo va a salir bien, Mel. Deja que la magia de la Navidad haga su trabajo y disfruta de la magia única de esta época del año. Deja que ocurra y verás qué sorpresas maravillosas e inesperadas te depara la vida.

MAVERICK



El equipo se sentó alrededor de una enorme mesa de madera en nuestro restaurante favorito y esperó impaciente a que sirvieran la primera ronda de filetes. Para celebrar el día, la cerveza corría a raudales y nadie de la dirección se quejó del lenguaje, a veces grosero, que empleaban los jugadores para festejar la victoria. Me aparté un poco y charlé con Sean, el dueño del equipo, sobre el partido que ganamos.

Me dolían las costillas por los fuertes golpes que recibí, pero ignoré el dolor y me centré en lo que importaba: nuestra victoria.

Los *Warriors* volvían a casa con una derrota, mientras que nosotros continuábamos luchando por el campeonato.

Ninguna costilla magullada del mundo podría empañar la alegría de esa fenomenal victoria.

Por el rabillo del ojo, vi que Amy y Melody entraban en el pub. Amy chocaba los cinco bulliciosamente con los chicos, mientras Melody se mantenía discretamente en un segundo plano.

—Oye Mel, no seas tímida. No mordemos. A menos que quieras, claro —cacareó McAllister y le hizo señas a Melody para que se acercara—. Siéntate conmigo y brinda con nosotros —la instó, dándole un golpecito en el asiento vacío que había a su lado.

—Tengo que conducir hasta casa más tarde, así que me temo que tendré que saltarme el alcohol. Pero enhorabuena de todo corazón por esta gran victoria —contestó cortésmente, poniendo una mano en el brazo de McAllister antes de seguir a Amy a través de la multitud hasta la mesa del personal de la oficina.

—Estaré encantado de llevarte a casa si quieres. O puedes venir a mi casa —siguió McAllister.

Melody fingió no haber oído el insinuante comentario. Pero eso no impidió que me acercara a McAllister y le diera una palmada en la nuca.

—Ay, tío. ¿Cuál es tu problema?

—Compórtate y no toques a Melody.

—¿Y eso por qué? Que yo sepa, está soltera. Así que no me meto en el camino de nadie —McAllister me miró inquisitivamente, luego su cara se iluminó de repente y sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa—. Un momento... ¡Ahora lo entiendo! Tú también quieres acostarte con la fisio sexy. Por fin te has hartado de tu tonta privación de sexo y quieres volver a follar. En ese caso, te la dejo a ti, Ice. Después de todo, tienes mucho que recuperar.

—Cállate, tío. Estás lleno de mierda en cuanto abres la boca —ladré, inclinándome sobre él amenazadoramente.

—Vale chicos, bajad. Los dos —intervino Samson e hizo una señal de tiempo muerto.

—No le envidio a Hielo una vida sexual satisfactoria. ¿Qué hay de malo en ello? —rio McAllister—. Las manos de Melody hacen maravillas en mi espalda y mis piernas. Estoy seguro de que también puede darte un masaje caliente en la polla, Hielo.

Samson gimió molesto y yo cerré las manos en puños, sabiendo que no me estaba permitido darle una paliza al bocazas delante de los invitados, pero eso no significaba que no lo compensaría. McAllister era un jugador con talento. Pero también un gran imbécil al que a veces había que darle una paliza para que volviera a la tierra.

Estaba a punto de responder a su comentario cuando alguien me tiró de la chaqueta. Me di la vuelta y descubrí detrás de mí a un niño de no más de cinco o seis años.

—Hola. Me dedicó una sonrisa confiada que provocó una mueca irónica, ya que le faltaban dos dientes de leche.

—Hola a ti —le contesté, inclinándome hacia él.

—Soy Ted —el niño extendió el puño y me animó a hacer lo mismo.

—Encantado de conocerte, Ted. Soy Hielo.

—Sé quién eres. Muy chulo el partido de hoy. Cuando sea mayor, voy a ser jugador profesional de hockey sobre hielo.

—¿En serio?

Ted asintió convencido.

—Mi madre dice que es demasiado peligroso y que mejor me haga agente de jugadores. Hay más dinero y menos riesgo. Yo no lo veo así.

—¿Ah, sí? —sonreí y traté de mantenerme serio—. Tu madre no está del todo equivocada, ¿sabes, Ted?

—Pero como agente, no puedo pegar a nadie y a las animadoras les va ese tipo de cosas.

Mi cuerpo vibró bajo la risa reprimida en mi pecho.

—¿No eres un poco joven para interesarte por las animadoras?

—Ya tengo seis años —gritó indignado, lo que por fin derribó la fachada que me esforzaba por mantener. Me mordí el labio, pero no sirvió de nada. La expresión mortalmente seria de aquel chiquillo me hizo reír tanto que mis compañeros de equipo se giraron hacia nosotros con curiosidad.

—¡Ted! Te has escapado. ¿Tienes que asustarme así todo el tiempo?

Melody apareció junto a nosotros en ese momento, poniendo sus manos protectoras sobre los hombros de Ted y mirándolo con reproche.

—Quería hablar con Hielo sobre mi carrera —respondió Ted disculpándose.

Melody cerró los ojos y se esforzó por mantener la calma.

—¿Querías hablar con Hielo sobre *tu* carrera?

Ted se encogió de hombros.

—Hielo puede darme consejos. Es el mejor. Todo el mundo lo sabe.

—Gracias, amigo —sonreí, divertido.

—Hielo está aquí sobre todo para relajarse un poco después del trabajo. Así que dejémosle comer en paz y deja de molestarle, Teddy —dijo Melody, mirándome con cara de disculpa. *Lo siento*, formaron los labios.

Le hice un gesto con la mano y me giré hacia Ted.

—La próxima vez que visites a tu madre en el trabajo, pásate por mi ofi. Así podremos hablar de tu carrera.

—¿En serio? —los ojos de Ted se abrieron de par en par.

—Claro, ¿por qué no? Ya no soy el más joven y es importante asegurar el futuro del deporte —le expliqué con toda seriedad, intentando no reírme de nuevo ante su fervor.

—Hasta pronto entonces —Ted volvió a levantar el puño y yo lo golpeé suavemente.

—Hasta pronto, colega.

Melody levantó la mano en señal de saludo y empujó suavemente a Ted hacia la mesa del personal, donde los demás niños también estaban sentados un poco separados en una mesa especialmente designada para ello, coloreando con plumas de colores.

Los miraba pensativa.

Así que Melody era la madre de Ted. Me pregunté si habría un padre en juego.

Cuando llegó a *Harry's Steakhouse*, no vi a ningún hombre con ella. Ahora estaba sentada entre Amy y Mary, del departamento de control, de espaldas a mí.

No llevaba anillo de casada. Aunque tal vez se lo quitaba en el trabajo para no lastimar a los jugadores durante los ejercicios médicos y los masajes.

Por otra parte, Carter, el segundo fisioterapeuta, siempre llevaba su alianza en el trabajo. Entonces, ¿por qué no iba a hacerlo Melody?

Me pasé los dedos por el pelo y tomé asiento junto a Samson.

¿Por qué me importaba si Melody estaba casada o no? ¿Si había un hombre en su vida o no? No podía importarme menos porque hacía mucho tiempo que había decidido no dejar entrar a más mujeres en mi vida. Y la rubita de curvas pecaminosas y manos mágicas no iba a cambiar eso.

Con decisión, clavé el tenedor en el jugoso filete que había en el centro de la mesa y me uní a la poco estimulante charla de sobremesa para arrancarme de mis confusos pensamientos sobre Melody y Ted.



El lunes, el equipo sólo completó un ligero programa de entrenamiento de fuerza y algunos ejercicios de relajación sobre el hielo. Algunos de los jugadores aún se estaban recuperando de las lesiones más o menos dolorosas que se produjeron en el partido del viernes anterior contra los *Warriors*.

Apenas notaba los moretones en las costillas, así que me quedé en el hielo después del entrenamiento con el equipo para dar unas vueltas y trabajar mi técnica de gol.

Me encantaba el hielo. El sonido de las cuchillas deslizándose sin esfuerzo sobre la superficie lisa y haciéndome volar. Era adicto a la velocidad, que me permitía bloquear el mundo que me rodeaba. Necesitaba el silencio. Nada más que el crujido de mis patines sobre el hielo y mi respiración agitada. Cuando todos estos componentes se unían, me encontraba en mi elemento.

Durante media hora, metí un disco tras otro en la red y golpeé sin piedad el hielo con el stick.

Mientras patinaba hacia la portería para recoger los discos, noté un movimiento en el borde izquierdo de la pista y levanté la vista.

Ted se había subido a la barandilla. Estaba sentado con una amplia sonrisa desdentada y me saludó alegremente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado? —le pregunté, patinando hacia él.

—Un rato.

—¿No deberías estar en el colegio? —alcé las cejas con escepticismo.

—No lo veo claro. Como jugador profesional de hockey sobre hielo, no necesito matemáticas

ni ciencias. Sólo deporte. Y tengo educación física todos los martes.

Ted señaló con el dedo índice el banco que había detrás de los tableros.

—He traído patines. Son un poco grandes, pero así puedo usarlos más tiempo.

Seguí su dedo índice y descubrí un viejo par de patines que hacía tiempo que habían pasado su mejor momento.

—¿Son tus patines, Ted?

—Se los compré a mi compañero de clase por siete dólares. Al principio quería diez dólares por ellos.

—Buen trato.

—Yo también lo creo. ¿Vamos entonces?

Irritado, me quedé mirando al rubio cabeza de seta con los mismos ojos grises que su madre.

—¿Vamos a dónde?

—Bueno, a entrenar. Dijiste que querías darme algunos consejos.

—¿Sabe tu madre que estás aquí, Ted?

Me miró, cogido por sorpresa, y bajó los ojos.

—¿Así que te escapaste del colegio y viniste aquí por tu cuenta sin decírselo a tu madre ni pedirle permiso? —resumí la situación para los dos.

—Siempre está muy preocupada por mí.

—Es tu madre, Ted. Claro que está preocupada.

—Pero ella no entiende que ya no soy un bebé. Nunca me permitiría jugar al hockey.

—¿Se lo has pedido alguna vez?

Ted asintió con tristeza.

—Varias veces. Me sugirió que en vez de eso hiciéramos un muñeco de nieve y diéramos de comer a los renos del santuario.

Las comisuras de mis labios se crisparon traicioneramente, pero me las arreglé para que no se notara mi diversión.

—Es muy buena patinadora —continuó Ted.

—¿Quién, tu madre?

—Sí. Sabe hacer de todo. Esquí, snowboard, patinaje... sólo que a mí no me deja hacerlo.

—Creía que eras de Miami —miré a Ted sin comprender.

—Mi madre es de Denver. Sólo se mudó a Miami más tarde.

¡Denver!

Así que Melody no era una adoradora del sol, sino una auténtica reina de las nieves. Esta información me sorprendió. Tuve que contenerme para no molestar a Ted con más preguntas sobre su madre.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Bueno... —me pasé las manos por el pelo y miré a los ojos esperanzados de Ted.

—¿Vamos a dar una vuelta juntos? ¿Sólo una? Puedes sujetarme para que no me caiga y nadie tenga que enterarse —Ted intentó provocarme.

—Deberíamos preguntarle a tu madre primero.

—Sólo una vuelta. Por favor, por favor, por favor. Me encantaría saber qué se siente en el hielo.

—¿Quieres ser jugador profesional de hockey sobre hielo, pero nunca has patinado?

El chiquillo me partió de risa.

—Igual que otros niños quieren ser pilotos de carreras sin haber conducido nunca un coche —respondió con descaro.

—Buena observación —admití.

—¿Eso es un sí?

Suspiré.

—De acuerdo. Una vuelta. No te muevas ni un centímetro hasta que llegue a ti. No te caigas desde ahí arriba.

—Entendido —sonrió Ted.

Patiné hasta la salida, caminé hacia Ted sobre mis patines, lo levanté de la barandilla y lo senté en el banco. Luego le ayudé a quitarse los zapatos y a ponerse sus viejos patines, que le quedaban por lo menos una talla más grandes.

—Muy bien, colega. ¿Estás listo? —le tendí la mano a Ted y me levanté.

—Listo —dijo reverentemente y puso su pequeña mano en la mía.

En ese momento, me di cuenta de la responsabilidad que había asumido y deseé secretamente no haber dejado que Ted me convenciera de hacerlo.

Pero ahora no podía echarme para atrás. Así que lo vigilaría de cerca y me aseguraría de que no le pasara nada.

MELODY



Di un golpecito con el lápiz en la almohadilla del escritorio y miré el reloj por décima vez. Maverick ya llevaba quince minutos de retraso. En realidad supuse que el último tratamiento había roto el hielo entre nosotros. Mav dejó de luchar contra mí y, por primera vez, no se tensó bajo mis caricias. El hecho de que se hubiera dormido durante su aplicación significaba que confiaba en mí. Que me permitía examinar y tratar su cuerpo.

Toda la esperanza que acumulé desde el último tratamiento, tres días atrás, se esfumó de repente cuando la sala de tratamiento permaneció vacía incluso después de veinte minutos.

Me levanté y fui en busca del Lobo de Hielo. De camino a los cubículos, me topé con algunos jugadores y aproveché para preguntarles por Mav.

—Hielo suele hacer de las suyas —refunfuñó O'Connor—. Echa un vistazo en la pista.

Le agradecí la insinuación y me dirigí a la pista.

Efectivamente, vi a Maverick deslizándose por el hielo a una velocidad inusualmente lenta y en posición agachada. *¿Qué estaba haciendo?* Me acerqué a él y dejé de moverme cuando vi a Ted en el hielo a su lado.

—¿Qué está pasando aquí? ¡Ted! Baja de ahí *ahora mismo*.

Abrí de un tirón la puerta de la pista y caminé apresuradamente hacia ellos. Un error fatal. Perdí el equilibrio bajo el hielo resbaladizo y caí sin control al suelo, directamente sobre mi trasero. Aturdida, me quedé quieta y oí la risa de Ted en la distancia, junto con el rugido en mis oídos.

Entonces la cara de Mav apareció sobre mí.

—¿Te has hecho daño? —preocupado, se inclinó hacia mí.

—Me caí de culo —me dije más a mí misma que a él.

—¿Quieres que eche un vistazo? —preguntó el Lobo de Hielo.

—¿Quieres mirarme el culo?

Mav dio un respingo al darse cuenta de lo ambigua que debía sonar su oferta.

—Mejor ayúdame a levantarme —le tendí la mano y dejé que me ayudara a ponerme en pie.

Pero en lugar de dejarme sobre el hielo, me levantó en brazos y patinó conmigo hasta el borde de la pista, donde me dejó a salvo detrás de la puerta. Se me puso la piel de gallina en los lugares donde me tocaron sus cálidas manos.

—Sólo debes entrar al hielo con patines —me advirtió, y patinó hasta Ted, que esperaba pacientemente al otro lado de la pista.

Maverick cogió a Ted de la mano y los dos se deslizaron hacia mí aparentemente sin esfuerzo.

Hice todo lo posible por ignorar las mejillas sonrojadas y el brillo en los ojos de Ted y, en su lugar, me esforcé por enfadarme con él y con Mav.

—Te lo preguntaré otra vez, ¿qué está pasando?

Ted miró a Maverick, que a su vez miró a Ted.

—Hielo me enseñó a patinar —confesó Ted con culpabilidad.

—Ya hablamos de esto Ted. Todavía eres muy pequeño para eso.

—Ya tengo seis años —refunfuñó Ted.

—¿Hablamos de cómo llegaste aquí en primer lugar? —ignoré su objeción.

—La escuela está a sólo unas manzanas. Son menos de diez minutos andando —susurró Ted, agachando la cabeza.

—¿Así que te saltas las clases y marchas solo por calles concurridas hasta el estadio de hockey sobre hielo para patinar?

Ted guardó un silencio culpable.

—¿Y no te sorprendió que Ted apareciera aquí en mitad del día, completamente solo? —dirigí a Mav una mirada fulminante.

—Sí, claro que sí. Tuvimos una charla al respecto —el peligroso y oscuro Lobo de Hielo se convirtió de repente en un manso corderito y gimoteó pidiendo clemencia. Pero eso no le serviría de nada.

—¿Así que sabías que iba a faltar a clase y en vez de decírmelo estás aquí patinando tranquilamente con él? ¿Lo dices en serio? ¿Y estos patines? ¿De dónde han salido?

—Se los compré a un amigo —murmuró Ted—. Pero con mi dinero —añadió, como si eso excusara su comportamiento.

—Si sirve de algo, es un auténtico natural —comentó Mav.

—No, Maverick. No importa. Es mi hijo. Ted es todo lo que tengo. Si algo le pasa, mi vida estaría acabada. Es tan simple como eso. Así que, por favor, discúlpame por no preocuparme especialmente en este momento de si es natural o no, siseé, fuera de mí por el miedo y la rabia. Girándome hacia Ted, le dije:

—Quítate los patines. Están confiscados. Y luego te llevaré de vuelta a la escuela donde te disculparás con tu profesor.

Ted agachó la cabeza, pero no se atrevió a contradecirme. Rara vez me enfadaba, pero él sabía por qué me ponía enferma de preocupación cuando no cumplía nuestros acuerdos.

—Gracias, Hielo. Ha sido super divertido —rodeó la pierna de Mav con sus bracitos y se aferró a él con fuerza.

La expresión tensa de Mav se suavizó y puso suavemente la mano en la cabeza de Ted.

—Yo también lo disfruté, amigo. No estés triste. Tu madre sólo quiere lo mejor para ti.

Ted moqueó y asintió con valentía.

—Tu sesión de fisioterapia tendrá que cancelarse hoy porque ahora llevo a Ted de vuelta al colegio y mi próxima cita empieza en menos de media hora.

—No hay problema. Lo siento... —Maverick dejó abierto qué era exactamente lo que sentía. Que no se hubiera vuelto a presentar a su cita o que hubiera llevado a Ted al hielo sin equipo de protección y, lo que es más importante, sin mi permiso.

Cogí a Ted de la mano y caminé con él hacia la salida.

—¿Cómo has entrado al estadio? —me pregunté mientras subía al coche.

—Dije que eras mi madre y venía a verte —respondió encogiéndose de hombros.

—Hablaremos de tu comportamiento esta noche, Ted. Hasta entonces, puedes pensar por qué no apruebo lo que hiciste.



Después de dejar a Ted en el colegio y soportar un sermón moral de su profesor, me dirigí de nuevo al estadio. Completé los tratamientos pendientes como un robot teledirigido.

Mientras mis manos exploraban, aflojaban y aliviaban los cuerpos de los atletas, mi mente se adentraba en un mundo paralelo de oscuridad y frío. Escenarios de lo que podría haberle pasado a Ted y de lo que le sucedió en el pasado se apoderaron de mí y me sumieron en un estado de enajenación mental.

Me despedí del último jugador de mi lista de tratamiento del día y me dirigí al gimnasio del estadio para una sesión de cardio que me llevó al borde de la inconsciencia.

No quería pensar. No quería sentir.

No, quería ser completamente indiferente. Desprenderme de mis miedos, mis preocupaciones, mis problemas y el pánico que dominó mi vida en los últimos meses.

Respirando agitadamente, abrí la puerta de mi despacho después de entrenar para cambiarme de ropa y darme una ducha. Me sobresalté cuando oí un movimiento a mi derecha por el rabillo del ojo.

—Hola, Melody. ¿Tienes un minuto para mí? —Maverick se apartó de la pared y caminó lentamente hacia mí.

Intenté ignorar lo bien que le quedaban sus vaqueros desgastados y su camiseta desteñida de Metallica y en su lugar me recordé a mí misma su comportamiento imprudente y el peligro en el que había puesto a Ted.

—¿Te duele algo? —le pregunté con insistencia, cogiendo mi bolso.

—Quiero hablarte de Ted.

—¿Qué pasa con Ted? —le miré alarmada.

—¿Te has fijado en lo confiado que estaba con los patines, a pesar de que nunca lo había hecho y de que le quedaban demasiado grandes?

Resoplé despectivamente.

—Estaba demasiado ocupada intentando sacarlo del hielo antes de que se rompiera la cabeza o el cuello.

—Lo comprendo. Y siento no haberte pedido permiso. Debería haberlo sabido. Ted tenía muchas esperanzas y no quería decepcionarlo. Parecía bastante deprimido y desanimado cuando hablamos, y la perspectiva de ir al hielo conmigo encendió un interruptor en él. De repente estaba que ardía. No podía destruir eso con un *no*.

Me desplomé impotente en mi silla mientras digería las palabras de Mav.

—Podría haberse caído y hacerse daño.

—No, Melody. Estuve pendiente de él cada segundo. Créeme, si se hubiera caído, lo habría atrapado. No estuvo en peligro ni un segundo. Lo habría detenido.

—Ted es todo lo que tengo —susurré, enterrando la cara entre las manos—. Me preocupo por él todo el tiempo. Si le pasara algo, nunca me lo perdonaría. Soy una terrible madre sobreprotectora, lo sé. Pero no puedo hacer nada.

—Por favor, no seas tan dura contigo misma —Maverick se acercó a la mesa y se puso en cuclillas a mi lado.

—¿Crees que exageré?

Mav negó con la cabeza.

—No, no lo hiciste. El hecho de que se escapara del colegio y no se lo contara a nadie no está

bien. Sin embargo, me contó que te pidió permiso para aprender a patinar y que le dijiste que no lo hiciera.

—Porque es demasiado pequeño para ello y porque es peligroso. A ti también te pegan a menudo. Por favor, discúlpame por no querer ver a mi hijo siendo golpeado en el hielo.

—Mis padres me pusieron patines en cuanto pude andar, Melody. Y sigo vivo. En cuanto a las peleas, esperemos que cuando Ted llegue a la edad en la que pelear sea legal, las reglas del hockey cambien.

—Preferiría que se dedicara a un pasatiempo menos peligroso.

—¿Como qué?

Me encogí de hombros.

—Jugar al ajedrez, coleccionar sellos o leer.

La mueca de Mav me arrancó una pequeña sonrisa.

—Sueno como una de esas supermamás, ¿verdad?

—Suenas como una madre que quiere cuidar y proteger a su hijo. Eso no tiene nada de malo.

—Excepto que mi hijo no es feliz. Parece que lo quiere mucho. Si no, no habría salido corriendo a buscarte. No tienes ni idea de lo aficionado que es al hockey sobre hielo. Yo trabajé en el baloncesto profesional durante años. Nunca le interesó eso. Siempre sólo el hockey sobre hielo. A diferencia de mí, es un absoluto experto en este deporte.

—¿Sabes lo que admiro de los niños, Melody? —Mav me acarició la espalda tranquilizadamente y yo cerré los ojos un momento para saborear al máximo su tacto cariñoso. No recordaba la última vez que un hombre me había tocado con tanta ternura.

—Todavía tienen sueños en los que creen firmemente. En su mundo inocente, todo es posible.

—Supongo que es cierto —susurré.

—¿No es nuestro trabajo mantener su mundo intacto el mayor tiempo posible? ¿Protegerlos de la frialdad de la despiadada realidad? ¿Prepararlos lenta y cuidadosamente para la vida real?

—Deseo que los sueños de Ted se hagan realidad. Que viva una vida feliz y plena.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas desde las comisuras de mis ojos y cayeron en gruesas gotas sobre mis manos, que tenía anudadas en mi regazo.

Mav puso su mano sobre la mía y la apretó suavemente.

—Esta es mi sugerencia: yo le enseñaré a Ted a patinar, los primeros trucos de hockey sobre hielo y tú me ayudarás. Ted me ha dicho que eres un as de los deportes de invierno. Así que puedes ayudarlo con sus sueños y cuidar de él al mismo tiempo.

—Pero... eso no es posible. Eres deportista profesional, no entrenador de niños —protesté.

—¿Quién dice que una cosa excluye a la otra? Tengo tiempo y me apetece. Además, Ted me cae bien. Es un chico ambicioso y decidido. Y tiene talento.

—¿Cómo va a funcionar eso, Mav? Quiero decir... tienes compromisos, después de todo. No puedo pedirte que hagas eso.

—No me estás pidiendo nada. Te lo estoy ofreciendo. Los lunes y miércoles termino de entrenar por la tarde. Si posponemos mis citas de fisio para que me trates el último esos días, podemos entrenar con Ted después.

—¿Acaso se nos permite usar la arena como patio de recreo? —pregunté, poco convencida.

—Déjame eso a mí, Melody. ¿Qué te parece mi sugerencia?

—Sinceramente, no sé qué decir. ¿Por qué haces esto por nosotros? Seguro que tienes cosas mejores que hacer...

—Para ser honesto, no. No tengo nada mejor que hacer que ayudar a mi compañero Ted a

acercarse un poco más a sus sueños.

Maverick me dedicó una sonrisa irónica y yo apreté las manos en puños sobre mi regazo, intentando no trazar las pequeñas líneas de la risa alrededor de sus ojos con el dedo índice.

—De acuerdo. Merece la pena intentarlo. Le conseguiré el equipo. ¿Me dirás qué necesitamos? —acepté y la sonrisa de Mav se ensanchó un poco.

—Sí, claro. Como el hockey sobre hielo forma parte de la vida en el *Valle Ártico* tanto como el aire que respiramos, aquí tenemos unas cuantas tiendas de segunda mano que disponen de una amplia gama a precios justos. Te lo anotaré todo.

MAVERICK



Las manos de Melody se deslizaron por mis hombros, encontrando hasta el más mínimo punto tenso. Gemí suavemente bajo sus hábiles manos, secretamente avergonzado de que me excitara cada vez que me tocaba.

Me sentía dividido durante sus tratamientos. Por un lado, deseaba que terminaran pronto para poder volver a mi acogedora zona de confort. Por otro lado, disfrutaba sintiéndola. Escuchar su respiración tranquila. Tenerla toda para mí.

Podía culparme por el hecho de que mi agonía física por esta mujer estaba adquiriendo una dimensión completamente nueva. Mientras antes sólo tenía que soportar sus tratamientos, mi oferta de entrenar a Ted me obligó a contemplar su seductor cuerpo sobre el hielo durante tres semanas. Ted tenía razón, su madre era una reina de las nieves.

Se movía con confianza, gracia y seguridad en sí misma sobre sus patines y seguía atentamente nuestras sesiones de entrenamiento.

Tuve que obligarme a no mirarla todo el rato mientras daba una vuelta tras otra sobre el hielo.

Hoy trabajábamos por primera vez con un palo de hockey y un disco. Ted era increíblemente rápido y estaba impaciente por aprender los fundamentos.

Cuando me levanté del sofá, pude sentir claramente mi propio palo de hockey en mis pantalones y me pregunté cuánto tiempo más podría soportar esta prueba.

¿Cuándo se daría cuenta por fin mi polla de lo que mi mente había aceptado hacía mucho tiempo? No necesitaba ni quería una mujer en mi vida. No necesitaba a nadie para tener una vida satisfactoria, excepto a mí mismo y a mi familia. Es cierto que una vida así no ofrecía nada bueno, pero me ahorraba el dolor, la humillación y la ira que había experimentado en el pasado.

Le di la espalda a Melody y esperé que no hubiera notado el embarazoso bulto de mi entrepierna.

—Nos vemos en un minuto —me dijo, cogiendo su bolso.

Asentí con la cabeza y me esforcé por mantener un tono ligero.

—Nos vemos en el hielo.



—¡Hola Hielo! —Ted bajó patinando las escaleras del estadio y se acercó a mí, saludándome con

la mano.

Patiné hacia él y le choqué las cinco.

—Está genial —miró hacia el hielo, donde yo monté una pista sencilla delante de la portería.

—¡Mamá, mira!

Melody se unió a nosotros y acarició la espalda de Ted con la mano.

—Hielo ha ideado algo genial para ti, cariño.

—Tienes que participar, mamá —incitó Ted.

—Prefiero ver cómo lo haces —replicó Melody con una sonrisa, pero Ted no la dejó escapar.

—Es mucho más divertido cuando aprendemos juntos, ¿verdad Hielo?

—A lo mejor tu madre no tiene valor, Ted. No todo el mundo es tan valiente como tú.

—¿Es eso cierto, mamá? ¿Tienes miedo?

Melody levantó una ceja y me miró divertida.

—Soy muy valiente.

—¿Ah, sí? Demuéstranoslo —contraataqué y crucé los brazos delante del pecho.

—Muy bien. Será mejor que te abrigues.

Poco después, los tres estábamos en el hielo y realicé el primer ejercicio, que consistía en maniobrar el disco alrededor de tres conos con el stick antes de hacer un tiro a puerta.

Ted lo hizo increíblemente bien y le cogió el truco enseguida. Melody se colocó en la línea de gol y animó a Ted con entusiasmo.

—Ahora tú, mamá —sonrió Ted después de haber hundido infaliblemente el quinto disco en la red—. Dijiste que tenías agallas.

Le tendí mi palo con ánimo y la observé furtivamente mientras se acercaba a los sombreros. Los niños tenían una clara ventaja en este ejercicio porque eran más pequeños y podían maniobrar más fácilmente alrededor de los obstáculos.

—Vamos, mamá —espoleó a Ted desde la puerta. Se había colocado justo delante de la portería para interceptar el tiro.

Melody falló a propósito y me hizo un guiño conspirador.

—Tú puedes hacerlo mejor —animó a Ted y se echó a reír.

—¿Lo intentamos juntos? —le ofrecí a Melody—. Yo te guiaré si quieres.

—Dios, ¿soy tan mala? —Melody se puso las manos sobre los ojos e hizo una mueca—. Vamos entonces, Hielo. Enséñame a hacerlo bien.

Casi me ahogo ante la ambigüedad de este comentario y me coloqué detrás de Melody, con el corazón palpitante. La rodeé suavemente con los brazos y puse las manos sobre las suyas para ajustar el agarre del palo. Melody inclinó ligeramente la parte superior de su cuerpo hacia delante para adoptar la posición correcta, lo que hizo que su trasero rozara mi entrepierna. Elevé una plegaria a los cielos, rezando para no perder el equilibrio en esta distracción erótica y caer como un principiante.

Giró la cabeza hacia un lado y me miró con sus ojos grises como tormentas. Había un brillo febril en ellos.

—¿Así está bien? —suspiró, mordiendo el labio inferior avergonzada.

—Perfecto —balbuceé, recordándome que no estábamos solos.

Ejerciendo toda mi fuerza de voluntad, dirigí a Melody a través del recorrido, sin poder evitar saborear la sensación de primera clase de su suave trasero contra mi entrepierna hasta el último momento.

—Eso se ve mucho mejor —la elogí cuando abordó sola el recorrido extendido, disparando despacio para no lastimar a Ted.

—Creo que todavía necesito mejorar un poco mi postura. ¿Te importaría ayudarme? —respondió Melody, sonrojándose discretamente.

Aspiré bruscamente ante su petición.

¿Quería que la tocara? ¿Había algo más en su petición que un inocente deseo de mejorar su postura?

Tentativamente, me acerqué a ella y me coloqué detrás.

—El agarre del palo es el adecuado. Estás demasiado rígida y recta cuando haces las curvas. Intenta ajustar el ángulo.

Puse con cuidado mis manos alrededor de sus estrechas caderas y las llevé a la posición correcta. Melody patinó mientras mis manos permanecían en sus caderas.

—Eso está bien —le susurré al oído mientras ella se inclinaba en la curva y ganaba confianza—. Lo estás haciendo muy bien.

Noté cómo cerró los ojos al oír mis palabras y soltó el palo de hockey por un momento. El tiempo suficiente para que tropezara con él y se tambaleara. Instintivamente apreté el agarre y la levanté para que nos deslizáramos ilesos sobre el palo de hockey, que cayó estrepitosamente al suelo entre nuestros pies.

Los ojos de Melody se abrieron de par en par y jadeó entrecortadamente.

—Lo siento —balbuceó, avergonzada.

—No pasa nada —murmuré con voz ronca y me acurruqué contra ella—. Con mucho gusto te salvaré cuando quieras.

—Yo... mejor veo el resto del entrenamiento desde el banquillo. Ha sido un día muy largo y no estoy prestando atención —explicó sin aliento, separándose de mí.

La miré con pesar mientras patinaba hacia el banquillo en el borde del campo.

Fue la voz de Ted la que me sacó del estado de embriaguez en que me habían sumido el seductor aroma y el sensual cuerpo de Melody.

MELODY



Era viernes por la noche y Ted y yo estábamos en la cocina horneando galletas con cacao caliente y malvaviscos. A través de la ventana de la cocina podía ver el lago helado, iluminado por la luz de la luna. De la superficie helada surgían volutas de vaporosa niebla que se elevaban hacia el negro cielo nocturno. Las ramas de los árboles que enmarcaban el lago se doblaban por las masas blancas de nieve que yacían sobre ellas.

No habría nieve fresca esa noche, al menos si nos fiábamos de las previsiones meteorológicas.

En el equipo de música sonaba “It’s Beginning to Look a Lot Like Christmas” de *Michael Bublé* y, efectivamente, el año estaba llegando a su fin. Faltaban pocas semanas para Navidad. Con la precipitada mudanza, el nuevo trabajo, el cambio de colegio de Ted y los retos de vivir en una ciudad canadiense tan remota y nevada, la Navidad era prácticamente lo último en lo que había pensado.

Mientras observaba a Ted canturreando alegremente mientras recortaba la masa con sus moldes de animales y colocaba las ocas, los renos, los caballos y los burros en la bandeja del horno, me di cuenta de que necesitaba cambiar eso urgentemente. Aunque a mí personalmente no me importaran las Navidades después de un año tan angustioso, le debía a mi hijo unas Navidades maravillosas e inolvidables.

—¿Qué es más probable que compre la gente? ¿Muñecos de nieve o ángeles? —Ted señaló los dos moldes de galletas y me miró en busca de ayuda.

—Seguro que a la gente le gustan los dos. ¿Por qué no haces una mezcla?

—Es una buena idea —me elogió Teddy y empezó a llenar otra bandeja de horno.

Todos los años, el alcalde del *Valle Ártico* organizaba un mercadillo navideño en el que los habitantes del pueblecito podían vender productos caseros por una buena causa.

Me gustaba mucho esa iniciativa. Al fin y al cabo, el hecho de que hubiera gente en el mundo que no estaba tan bien como nosotros era una triste verdad que no quería ocultarle a Ted. Él debía saber que la época de Navidad también se llamaba época de contemplación. Que no se trataba sólo de recibir, sino también de dar. La empatía, la amabilidad y la consideración eran algunas de las virtudes en las que hice hincapié en mi educación.

Hoy en día, la gente es tan descuidada, agresiva y desconsiderada con los demás que me duele en el alma. Las acusaciones y los juicios se hacen más rápido de lo que la gente puede formarse una opinión. La gente piensa automáticamente en lo peor de los demás y busca pedantemente pruebas que confirmen sus prejuicios. Hacía tiempo que la *unión* había caído víctima del *antagonismo*, al igual que el *egoísmo* había eclipsado la idea de comunidad.

Nos dirigíamos hacia un futuro preocupante. Cuando imaginaba que mi hijo tendría que vivir, o más bien sobrevivir en él, me sentía intranquila.

Era hora de cambiar eso. Y sí, tal vez no pudiera cambiar el mundo ni la sociedad, pero podía darle una persona buena, honesta y abierta que supiera apreciar su singularidad tras la fea fachada y transmitir este conocimiento a los demás.

—¿Crees que Maya me dejará probar sus gofres de canela? —musitó Ted, dando un sorbo a su taza de helado.

Por supuesto, cariño. ¿Preparamos una bolsa de galletas para Maya y Sam? Puedes regalárselas.

Ted asintió con entusiasmo.

—Y también quiero preparar una bolsa para Hielo —me informó.

—No sé si Hielo vendrá al mercado de Navidad, cariño. Puede que tenga otros planes.

—Me lo prometió, mamá. Dijo que vendría a ver mi puesto.

Ante el inesperado anuncio de Ted, mi corazón dio un salto mortal y siguió latiendo mucho más rápido y fuerte en mi pecho de lo que lo había hecho unos segundos antes.

El Lobo de Hielo visitaría el mercado navideño.

Es más, nos visitaría allí.

Con un cosquilleo cálido y emocionado en el estómago, ayudé a Ted a terminar el resto de las galletas.



Cuando todas las galletas estuvieron decoradas y envueltas, Ted y yo nos acurrucamos en el sofá y vimos el comienzo del *Polar Express* frente a la crepitante chimenea. Ted picoteó del plato de galletas que había en la mesa del salón y yo me regalé un Papá Noel de chocolate con leche para redondear la semana laboral con mi deliciosa copa de vino tinto.

En algún momento, Ted se quedó dormido. Mientras lo llevaba a su habitación y lo arropaba, me puse a pensar en mi atuendo para el mercado de Navidad.

Sacudiendo la cabeza, salí de la habitación de Teddy.

¿Desde cuándo me preocupaba por mi aspecto? Siempre me aseguraba de ir bien arreglada, pero eso se refería al aseo y a la ropa limpia, no al estilo de la ropa en sí...



Al día siguiente, Ted saludó sonriente a Maya y Sam desde el porche mientras Amy conducía su coche hasta la entrada de nuestra casa. En cuanto el coche se detuvo, cogió las bolsas de regalo con las galletas de colores y corrió hacia el coche para entregárselas ceremoniosamente a sus amigos.

Escuché a los tres niños sonreír mientras yo abría el maletero para meter en el coche de Amy nuestras galletas de Navidad, que llevaríamos juntos al mercado navideño. Maya, Sam y Ted compartían un puesto de venta de galletas, gofres de canela y pan de especias. Amy y yo les acompañamos y les ayudamos a montar y vender. Bryan se uniría a nosotros más entrada la tarde y se haría cargo para que Amy y yo pudiéramos al menos disfrutar de un vino caliente y unas

horas de tan necesario tiempo de amigas. En las últimas semanas, este tiempo de amigas había sido tristemente escaso. Mientras yo estaba ocupada con el trabajo, el primer año de Ted en la escuela y su entrenamiento, Amy tenía que ocuparse de organizar la gala benéfica anual de los *Arctic Bears*, que tendría lugar una semana más adelante.

Nada más montar el puesto y colocar las etiquetas con los precios, llegaron los primeros visitantes, que compraron generosas cantidades de nuestras galletas y elogiaron a los niños por su duro trabajo.

Cada participante en el mercadillo navideño podía elegir a qué organización quería donar lo recaudado. Maya, Sam y Ted decidieron repartir su recaudación entre el orfanato del *Valle Ártico* y el centro de rescate de animales, que no da abasto, sobre todo en invierno.

A primera hora de la tarde, el mercado navideño estaba tan concurrido que no tuve ocasión de charlar con Amy, ni de pensar si esperaba o temía que Maverick cumpliera su palabra y apareciera en el mercado navideño.

Amy y yo estábamos inmersas en una conversación con el alcalde, que iba de puesto en puesto para dar las gracias personalmente a todos los habitantes del pueblo que participaban, cuando los gritos entusiastas de Ted anunciaron la llegada del Lobo de Hielo.

Me tomé deliberadamente mi tiempo para girarme en su dirección, con la esperanza de sacudirme el repentino nerviosismo.

Por supuesto, no sirvió de nada.

Sentía un hormigueo en el cuerpo, desde la punta de la nariz hasta los dedos de los pies, que definitivamente no se debía al frío helado.

Me gustaba el Lobo de Hielo. No podía mentirme sobre eso.

Me impresionó su imponente aspecto la primera vez que nos vimos, y en las últimas semanas esa admiración inicialmente puramente física se convirtió en auténtico afecto.

Detrás del gigante fuerte, reservado y extremadamente atractivo de rizos negros como el carbón, tatuajes misteriosos y ojos de lobo azules como el hielo, había una persona afectuosa con un gran corazón. Aunque sabía ocultar muy bien ese lado amable, siempre salía a relucir en presencia de Ted.

Me encantaba pasar tiempo con Maverick y descubrí que mis pensamientos iban en una dirección muy traviesa cada vez más a menudo en su presencia.

Aunque suponía que una superestrella codiciada, rica y exitosa como él no estaría interesada en una mujer soltera promedio como yo, y aunque *sabía* que mis propias reglas me prohibían involucrarme con un paciente, el Lobo de Hielo rondaba mis fantasías secretas cada vez más a menudo.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más dudaba de mi inveterada actitud de llevar una vida en abstinencia y sin hombres.

Una de las razones era que ansiaba que me tocara. Desde nuestra sesión de entrenamiento al principio de la semana, me persiguieron sueños sexuales en los que el Lobo de Hielo era el protagonista conmigo. Cada vez que me despertaba de mis sueños, estaba empapada en sudor, profundamente excitada y frustradísima por haberme despertado tan cerca de un orgasmo catártico. Luego me metía en la ducha y me sentía totalmente avergonzada de mis fantasías inapropiadas.

Por otra parte, notaba lo mucho que Ted florecía en presencia de Mav y a veces me preguntaba si estaba perjudicando a Ted al privarle de una figura paterna cariñosa y atenta en su vida.

—Hice esto para ti, Hielo —Ted le tendió orgulloso la bolsa de galletas a Maverick, que

sonrió agradecido y se las cogió.

—Gracias, Ted. Seguro que están deliciosas.

Mav dejó que los niños lo arrastraran hasta la caseta y escuchó pacientemente la charla de los tres niños.

Finalmente, fue Amy quien lo rescató de las garras de la emocionada turba y lo apartó a un lado.

—Me alegro de verte —le saludó—. Por desgracia, tengo que irme enseguida. Hay un problema con el lugar de la gala benéfica.

—Qué pena —dije con pesar y me uní a los dos—. En ese caso, probablemente podamos olvidarnos de nuestra cita con el vino caliente.

Amy hizo una mueca de pesar. Pero entonces sus ojos se desviaron hacia Mav y una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios.

—¿Por qué no bebes el vino caliente con Hielo? Sé que soy tu primera opción, pero Hielo es una buena segunda.

—Demasiado amable —se burló Mav, metiendo las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Si te vas, será mejor que me quede con los niños. No puedo dejarlos desatendidos —intenté salir galante del asunto.

—Bryan sigue aquí. Deja que lo haga él. Llevas mucho tiempo congelándote el culo aquí fuera. De todas formas estaba acordado que Ted cenaría con ellos y nosotras tendríamos una noche de chicas en el sofá. Desafortunadamente, nuestra noche de chicas no será esta noche, pero el pobre Teddy no debe sufrir. Déjalo con Bryan y los niños. Lo traeremos después de la cena.

—Pero yo...

—Pero nada, Mel. Permítete unas horas sin niños. Es una oportunidad única y muy valiosa que hay que aprovechar. La Navidad adelantada, por así decirlo. Además, seguro que Hielo estará encantado de llevarte a casa cuando te hayas hartado del mercadillo navideño. ¿Verdad Hielo?

—¿Yo? Claro, no hay problema —respondió Mav, visiblemente pillado por sorpresa y entornando los ojos para mirarme disimuladamente.

—Estupendo. Lo sabía. Entonces lo hemos solucionado —sonrió Amy, segura de su victoria.

MAVERICK



Nos quedamos un rato más en el puesto de los niños hasta que Melody se aseguró de que a todos nos parecía bien que se marchara durante las siguientes horas.

Paseamos en silencio, lado a lado en la penumbra, por el mercado navideño con sus numerosas casetas de madera y examinamos la amplia gama de productos que ofrecían los demás vendedores.

Melody compró una bufanda de lana roja brillante que combinaba a la perfección con su pelo rubio. Yo compré almendras tostadas y ayudé a Melody a elegir una de las bolas de Navidad pintadas a mano con un paisaje invernal.

Satisfechos con nuestro botín, hicimos cola en el puesto de vino caliente una hora más tarde, al son de la música en directo de “Driving Home for Christmas”.

—¿Puedo preguntarte algo?

Me giré hacia Melody y le hice un gesto para que continuara.

—¿Cómo es que eres uno de los mejores jugadores de hockey del mundo y no te acosa la gente en un lugar público como éste?

Reflexioné sobre su pregunta y dejé que mis ojos recorrieran las cabezas de la gente que se arremolinaba en torno al mercado navideño.

De hecho, desde mi llegada sólo unos pocos visitantes nos pidieron una foto o un autógrafo y, cuando lo hicieron, siempre fueron muy educados. No se me pasaba por alto que Melody siempre intentaba pasar desapercibida en estas situaciones y permanecía en un segundo plano. Puede que le dieran miedo las cámaras. No podía culparla por ello. A mí tampoco me gustaba la atención que atraía la fama.

—Esa es una de las ventajas del *Valle Ártico*. En Chicago o Nueva York, no sería capaz de ir a eventos como este sin seguridad. Pero en el *Valle Ártico*, los relojes corren más despacio. La gente es más pacífica. Más amable. Más reservada.

—Yo también lo he notado —dijo Melody distraídamente, mordiéndose el labio inferior—. Me gusta.

—A mí también —coincidí, pidiendo dos tazas del vino caliente especiado.

—Escucha, Mav, no quiero apartarte de nada. Si tienes planes o no quieres quedarte aquí más tiempo, lo entenderé y cogeré un taxi a casa.

Negué con la cabeza y di un cálido sorbo a mi taza.

—Si no has reservado un taxi con antelación, no lo tendrás. Aunque parezca una locura, el mercado navideño del *Valle Ártico* es uno de los acontecimientos más importantes de la ciudad. La gente lo espera con un año de antelación.

Melody soltó una carcajada y se apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Dónde demonios he acabado...?

—Exactamente donde deberías estar —le aseguré antes de poder pensar en mis palabras.

Hizo una pausa en su movimiento y me miró por encima del borde de su taza.

—Muy amable. Gracias, Hielo. Y gracias por sacrificar tu tiempo libre por Ted.

—Ni lo menciones. Me gusta mucho Ted. Y su madre también —de nuevo, las palabras salieron de mi boca tan rápido que quise abofetearme por ellas.

—Tú también nos gustas —Melody me guiñó un ojo y se sonrojó ligeramente.

No sabía si la baja graduación alcohólica del vino caliente inundaba mi cuerpo de un calor acogedor o si las palabras de Melody fueron el detonante. Fuera cual fuese la razón de mi estado de euforia, estaba saboreando cada segundo.

—¿Quieres otro vino caliente? ¿O prefieres un ponche?

Para mi pesar, ella declinó con agradecimiento.

—Otro vino caliente y me pondré a bailar y a cantar las canciones navideñas del grupo.

—Seguro que a la gente le encantaría. Podría hacer una ronda con mi sombrero y recaudar dinero para una buena causa —bromeé.

—Prefiero no hacerlo. Intento pasar desapercibida. No lo conseguiré si aparecen vídeos embarazosos míos en la red —sonrió.

—¿Me dirás por qué estás intentando volar bajo el radar?

Su sonrisa se desvaneció en cuanto formulé la pregunta. En su lugar, se formó una pronunciada línea de preocupación en su frente.

—Creo que será mejor que me vaya, así podré arreglarme en casa antes de que llegue Ted y no tenga oportunidad.

Su repentino cambio de humor me irritó, pero no se lo dije.

—De acuerdo. Vámonos. Mi camioneta está allí.

Puse la mano en la espalda de Melody y noté que no dejaba de mirar en todas direcciones mientras salíamos juntos del mercado de Navidad.

—¿Pasa algo? —susurré suavemente y le toqué el brazo con delicadeza.

—No quiero arriesgarme a que nos fotografíen juntos.

Sentí una punzada dolorosa en el pecho ante sus duras palabras.

—¿Y por qué no?

Levantó los ojos y en su rostro se reflejaba el miedo.

—Eres famoso, Mav. La gente hace fotos y las cuelga en Internet...

—¿Y eso es tan malo porque...?

—Porque no quiero que me vean.

—Estás hablando con acertijos, Melody. ¿Quién crees que no debería ver estas fotos?

—Mi ex marido —gimió ella y le dio la espalda al mercadillo navideño.

—Vale. ¿Y por qué él no puede ver las fotos? —me aventuré a seguir.

—¿Podemos hablar de esto en otro sitio? —preguntó mirándome esperanzada.

Una tormenta de emociones se desató en sus ojos grises, poniendo instantáneamente en alerta mis instintos protectores.

—Por supuesto. El coche está allí. Ya no está lejos.

—Gracias —suspiró y me siguió.



—¿Preferirías estar sola? —le pregunté a la silenciosa Melody mientras pasábamos por la entrada de su casa.

—No. De verdad que no. Por favor, déjame invitarte a una taza de té. Te debo una explicación. Si es que te interesa.

Observé atentamente el rostro de Melody y tomé su mano fría entre las mías para calentársela.

—El té me parece bien. Entremos.

Melody abrió la puerta principal y la seguí al acogedor interior de la casa. Un aroma dulce y especiado a abeto, naranja y canela me envolvió al cruzar el umbral.

Curioso, eché un vistazo a la casa de Melody y me acerqué a la nevera, donde había colgado un cuadro que, al parecer, había pintado Ted.

—Somos Ted, tú y yo jugando al hockey sobre hielo —me aclaró Melody.

—¿Puedo salir en los cuadros de Ted? —pregunté, desconcertado.

—Eres su modelo a seguir. Hablaba de ti todo el tiempo allá en Miami. Si hubiera estudiado más de cerca su pasión por el hockey sobre hielo, me habría dado cuenta de quién eras desde el principio, cuando te plantaste delante de mí.

Cogí el dibujo de la nevera y me senté en la mesa de la cocina mientras Melody ponía el agua del té y colgaba nuestras chaquetas.

Sólo ahora me di cuenta de que, por una vez, no llevaba pantalones, sino un vestido de lana hasta las rodillas por encima de unas mallas, lo que resaltaba sus voluptuosas curvas de una forma prohibidamente sexy.

—¿Vamos al salón? Es más cómodo.

Seguí a Melody a la acogedora habitación con suelos de madera clara y la ayudé a encender la chimenea. Luego me senté con ella en el sofá y acepté la taza que me tendió.

—No tienes que contarme nada si no quieres, Melody.

Su pecho subía y bajaba con una rapidez poco natural y sus manos temblaban ligeramente mientras se llevaba la taza a la boca.

—Quiero explicarte por qué a veces estoy tan ansiosa.

Melody respiró hondo y dejó la taza sobre la mesita con un ruido seco.

—Como sabes, estuve casada. Josh, mi marido por aquel entonces, era policía en la brigada antidroga. Era un trabajo difícil, sobre todo en Miami, pero lo hicimos lo mejor que pudimos. Teníamos un matrimonio armonioso, yo tenía un gran trabajo, buenos amigos, vivía en una ciudad donde siempre pasaba algo. En realidad era perfecto. En algún momento decidimos formar una familia y poco después me quedé embarazada de Ted. Estaba embarazada de siete meses cuando la policía irrumpió en nuestra casa por la noche y detuvo a Josh. Resultó que se dejó sobornar y se ganó un buen dinero con trabajos ilegales.

Cerró los ojos y se tragó las lágrimas. Cuando volvió a abrirlos, la expresión de tristeza y desesperación que había en ellos casi me desgarró.

—Di a luz a nuestro hijo sola mientras Josh estaba detenido a la espera de juicio. De lo que se le acusaba, no tenía nada en común con el hombre con el que me casé. Me negaba a creer de lo que se le acusaba. Pero había pruebas. Pruebas contundentes e inequívocas que no dejaban lugar a dudas sobre su culpabilidad. Tras su condena, solicité el divorcio, vendí la casa, que no sabía si había sido financiada con dinero ensangrentado, y empecé de nuevo con Ted en South Beach. Tardé años en encontrar el camino de vuelta a una vida algo normal y feliz. No creo que lo hubiera conseguido sin el apoyo de mi familia y mis amigos.

Melody temblaba incontrolablemente y tenía los brazos enrollados alrededor de las piernas

dobladas. La subí a mi regazo y le acaricié la espalda temblorosa para tranquilizarla. Agotada, apoyó la cabeza en mi pecho.

—Eres una mujer muy valiente, Melody. Quiero que lo sepas y que nunca lo pongas en duda —le susurré, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Si yo hubiera sido valiente, me habría ido de Miami justo después del divorcio. Pero me quedé y creí que podría seguir viviendo mi vida allí sin culpas. Un error fatal, cómo resultó —me contradijo.

—¿Qué pasó? ¿Le despidieron?

—Hizo un trato. Entregó a cuchillo a unos delincuentes con los que trabajaba. Por eso salió después de cinco años. Eso fue hace seis meses.

—Y te siguió la pista, supongo.

Un sollozo escapó de la garganta de Melody y se abrazó más a mí.

—Me tendió una emboscada. Me siguió. Me amenazó. No aceptaba el divorcio y no aceptaba que yo tuviera la custodia exclusiva de Ted. Insistió en conocer a Ted.

—¿Qué te hizo dejar Miami?

—La gente a la que Josh traicionó para salir antes de la cárcel no estaba precisamente contenta. Enviaron una banda de matones a mi casa y me dieron una paliza tremenda. Por suerte, mi vecino se dio cuenta de los intrusos y llamó inmediatamente a la policía, que evitó que pasara algo peor. De lo contrario, no estaría viva.

Me quedé helado ante la idea de que alguien hubiera intentado matar a Melody. Un escalofrío me recorrió la espalda y la rodeé con mis brazos como un capullo protector.

—Cuando aún estaba declarando, el director del colegio de Ted me llamó y me dijo que alguien había aparecido en el patio e intentado sacar a Ted de allí y meterlo en un coche.

Atónito, miré a Melody.

—¿Crees que fue Josh? —mi voz sonaba extrañamente metálica y luché por contener la rabia que me invadía.

—Fue Josh o la banda de bastardos que también me hicieron una visita.

—¿Así que hiciste las maletas y huiste de Miami?

—Sí. Era la única manera de mantener a Ted a salvo. No podía vigilarlo constantemente y no quería que creciera con miedo. Como Josh es un delincuente convicto, no puede salir fácilmente de EE.UU. y tiene dificultades para entrar en Canadá. Por eso decidí empezar de nuevo en Canadá.

—¿Quién sabe que estás en Yukón?

—Aparte de Amy, sólo mis padres y un investigador del Departamento de Policía de Miami en quien confío. He tenido que dejar atrás a todos mis amigos sin tener noticias y espero poder volver a ponerme en contacto con ellos en algún momento y que me perdonen por mi comportamiento.

MELODY



—A hora me doy cuenta de muchas cosas. El hecho de que estés tan nerviosa y no dejes a Ted desatendido se debe a lo que pasó en Miami.

Parpadeé mudamente y me miré las manos temblorosas.

—Estoy intentando superarlo y dejarlo ir, pero aún está todo muy reciente. El incidente ocurrió hace sólo unos meses. No he tenido tiempo de procesarlo, y mucho menos de respirar hondo y calmarme.

—No me extraña —refunfuñó Maverick.

Su pecho fuerte y ancho, que subía y bajaba uniformemente bajo su respiración contra mi mejilla me tranquilizó, y sus dedos, que me acariciaban la espalda pensativamente, se aseguraron de que ya no me tensara.

—Puedo entender que no quieras tener nada más que ver con nosotros —murmuré, aspirando el penetrante aroma de su aftershave.

Los dedos de Mav se detuvieron y giré la cabeza para mirarle.

—¿Por qué no querría tener nada más que ver con vosotros?

Me incorporé y me alejé de él. El frío que se introducía en mis huesos me hizo estremecer.

—Es inconfundible que quieres llevar una vida tranquila y sin molestias a pesar de tu estatus de celebridad. Una madre soltera paranoica con un enorme problema de confianza que huye con su hijo de su ex marido y de sus dudosos ex socios no encaja exactamente en ese perfil.

—No es así como me siento cuando te miro, Melody —replicó el Lobo de Hielo sin impresionarse y alargó la mano para tocarme la cara.

Las yemas de sus dedos acariciaron suavemente mi mejilla y viajaron hasta mis labios, trazando sus contornos con ternura.

—¿Quieres saber lo que veo? —susurró con voz ronca.

Asentí en silencio, disfrutando demasiado del cosquilleo de sus dedos en mi boca como para interrumpirlo con un movimiento de mis labios.

—Veo a una fisioterapeuta independiente, segura de sí misma y empática, admirada por todo el equipo por su amabilidad, paciencia y cordialidad. Veo a una madre cariñosa, abnegada y empática a la que su hijo adora. Y veo a una mujer atractiva, sensual y profundamente seductora que ni siquiera es consciente de su irrefrenable atracción por el mundo de los hombres, lo que la hace tanto más simpática, pero también tanto más deseable.

—¿Me encuentras deseable? —contuve la respiración y esperé embelesada la respuesta de Mav.

Amy insistió desde el principio que yo le gustaba a Maverick, pero yo no podía creerlo. De

vez en cuando me preguntaba si sus caricias casuales durante los entrenamientos eran accidentales o deliberadas. Si la piel de gallina que dejaban mis manos en su cuerpo durante los tratamientos y los suspiros placenteros que dejaba escapar tenían un significado más profundo. Si la ayuda que nos prestaba a Ted y a mí iba más allá de la pura simpatía y amistad.

Pero cada vez que me recordaba a mí misma que Maverick Wolf era uno de los mejores y más célebres jugadores de *la NAIHL*, desechaba la débil voz de esperanza que se alzaba en mi interior.

Que un jugador profesional rico, guapo y de éxito como él estuviera interesado en una mujer soltera, asustada y divorciada como yo era absurdo y ridículo.

Mav me puso la mano en la nuca y me atrajo lentamente hacia él. Sus ojos azules de hielo brillaban de deseo.

El hielo se encontró con el fuego y ardió tanto en sus ojos que casi me cegó. Mis labios se abrieron como por sí solos y cada fibra de mi cuerpo se tensó hasta romperse. Sólo unos centímetros separaban nuestras bocas hambrientas.

Un golpe en la puerta hizo que nos separáramos bruscamente, apagando las llamas del embriagador fuego que se encendió entre nosotros.

—¿Melody? Soy Bryan. Ted tiene dolor de barriga y quería venir a casa contigo.

Salté del sofá y dirigí a Maverick una mirada de disculpa. Preocupada, abrí la puerta y descubrí a Ted del brazo de Bryan, mirándome con ojos cansados.

—Lo siento, te lo habría traído antes, pero Amy acaba de llegar y no podía dejar a los niños solos en casa.

—Lo siento —me apresuré a decir y cogí suavemente a Teddy del brazo de Bryan. — Probablemente fui demasiado indulgente con los dulces. Comió bastantes ayer y hoy.

—¿Puedo ayudarte en algo, Mel? —preguntó Bryan con pesar.

—Gracias por el ofrecimiento. Pero puedo hacerlo sola.

—Vale, entonces... ponte en contacto si necesitas algo.

—Lo haré. Buenas noches, Bryan. Y por favor, saluda a Amy de mi parte.

—Buenas noches, Mel. Lo haré.

Cerré la puerta con la cadera y me giré a regañadientes hacia Mav, que se colocó detrás de mí.

—Tengo que cuidar de Ted por ahora. ¿Nos vemos la semana que viene para el tratamiento?

—Si te parece bien, me gustaría esperarte —respondió, inclinándose hacia Ted, cuya cabeza descansaba agotada sobre mi hombro—. Hola amigo.

—Hola Hielo —Ted forzó una sonrisa valiente.

—¿Puedo echarte una mano? —se ofreció Maverick—. ¿Hacerle una taza de té a Ted? ¿Hacer una bolsa de agua caliente?

—¿Estás seguro de esto? No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo. Entonces, ¿cómo puedo ayudar?

Sonreí agradecida y señalé la tetera de la cocina.

—Una bolsa de agua caliente estaría muy bien. Lo llevaré a su habitación. Subiendo las escaleras, segunda puerta a la derecha.

—De acuerdo. Subo enseguida.

Perpleja, miré a Mav mientras desaparecía en la cocina y me puse a trabajar rutinariamente.

Tres cuartos de hora más tarde, había hecho que Ted mejorara y lo había enviado al país de los sueños. Maverick se quedó quieto en un rincón de la habitación de los niños sin decir una palabra. Después de agradecerle de nuevo su apoyo, nos despedimos.

No me atreví a retomar la conversación que tuvimos antes de la llegada de Ted, y Mav no dejó escapar que casi nos habíamos besado una hora antes cuando nos despedimos. Cuando cerré la puerta tras él, me sentí extrañamente vacía y decepcionada, pero estaba demasiado agotada para profundizar en mi caótico mundo emocional.

Abrumada por el cansancio que debía a los esfuerzos de la última semana y a los perturbadores acontecimientos de las horas anteriores, me puse el camisón azul oscuro y el acogedor albornoz con las últimas fuerzas que me quedaban.

Estaba a punto de abrir el armario con mi ropa interior cuando oí que llamaban a la puerta principal. Los latidos de mi corazón se aceleraron y escuché atentamente los sonidos que se oían al otro lado de mi puerta.

—¿Melody? ¿Sigues despierta? —la voz apagada de Mav me hizo exhalar aliviada.

Me apresuré a bajar las escaleras y abrí la puerta. El Lobo de Hielo estaba ante mí en todo su esplendor: alto, musculoso y peligroso. Sus rizos negros como el carbón le colgaban de la frente, pero no podían ocultar sus brillantes ojos azules como el hielo, que literalmente me devoraban viva.

—¿Estás bien? —pregunté asombrada, aferrándome a la puerta mientras mis rodillas amenazaban con doblarse bajo su mirada anhelante.

En lugar de una respuesta, Maverick me atrajo contra él de un tirón y apretó sus labios con furia contra mi boca. Entró en la casa, cerró la puerta de una patada, me agarró por las caderas, me levantó y me llevó sin esfuerzo hasta el salón, sin romper ni un segundo su exigente beso.

Mi cabeza no entendía lo que estaba pasando. Las emociones eran demasiado rápidas, demasiado intensas, demasiado abrumadoras, bañando mi cuerpo como un enorme maremoto y arrasándolo.

—Estás temblando —se dio cuenta Mav e interrumpió nuestra apasionada conexión, respirando con dificultad.

Sus dedos se detuvieron en el cinturón de tela de mi albornoz. Me miré asombrada y sólo en ese momento me di cuenta del frío que se había colado inadvertidamente en mis huesos.

—Afuera hace por lo menos veinte grados bajo cero y tú llevas ahí un buen rato, parece... —empecé a decir.

—Si es así, probablemente debería quitarme la ropa de frío... —la voz áspera de Mav me provocó un placentero escalofrío.

—Sí, deberías —respondí con descaro y le desabroché la gruesa chaqueta de invierno.

En cuestión de segundos, su chaqueta y su jersey cayeron al suelo. Desabroché con impaciencia los botones de sus vaqueros, mientras él se quitaba los zapatos. Deshizo el nudo de mi bata con una ráfaga de movimientos y dejó que se deslizara por mis hombros. Alcancé el dobladillo de sus holgados calzoncillos y tiré de ellos hacia abajo con asombro. El pene erecto de Mav sobresalía hacia mí con alegría. Tres brillantes gotas de placer se habían acumulado en su punta, que yo esparcí devotamente sobre su abultado glande con los dedos. Los gemidos reprimidos de Maverick me envalentonaron, así que le acaricié la erección con la mano y la recorrí lentamente de arriba abajo. Sus féreos músculos abdominales se crisparon sin control y su respiración entrecortada se mezcló con el crepitar de los troncos de la chimenea. Enroscó los dedos en mi pelo y pasó la otra mano por debajo de mi camisón. De forma posesiva, su mano recorrió la parte posterior de mi muslo izquierdo. Con un gruñido excitado, Mav me agarró el trasero y lo amasó con lujuria.

—No llevas bragas —afirmó, acercándose más a él.

—Las llevaría si no hubieras llamado a la puerta en ese preciso momento.

—En el momento perfecto, entonces —susurró Mav y me arrastró al sofá con él, de modo que caí sobre su regazo con las piernas abiertas.

Me deslicé burlonamente a lo largo de su palpitante pene de placer, que yacía entre mis labios, y lo humedecí con mi jugo caliente.

—Bésame —exigió Maverick y enterró su segunda mano en mi pelo.

Gimió de placer bajo nuestro juego de lenguas y empujó sus caderas contra mi húmedo clítoris con un ritmo lento.

Mis dedos recorrieron sus musculosos bíceps, subieron por sus anchos hombros hasta llegar a los músculos de su cuello, tan tensos como siempre. Le acaricié el cuello con las manos mientras me entregaba por completo a su beso dominante.

—Si no paras ahora mismo, voy a correrme —jadeó Mav contra mis labios y apoyó la frente en la mía.

—¿Que pare de qué? —murmuré, mordisqueándole la barbilla.

—De masajearme con tus manos mágicas. Tus dedos tienen una conexión directa con mi polla, por si no te habías dado cuenta durante los numerosos tratamientos.

—¿Por eso estás siempre tan tenso? —solté un bufido incrédulo. Al mismo tiempo, saber que se resistía a mí por miedo a disfrutar demasiado de mis caricias, y no porque le disgustara mi tratamiento, me llenó de alivio.

—No me gustaría correrme como un completo perdedor en la camilla de masajes —refunfuñó Mav con enfado, pasándome las manos por la espalda.

Solté una risita divertida y me gané una sonrisa lobuna a cambio.

—¿Qué tiene eso de gracioso? ¿Te ríes de mí?

Las manos de Maverick viajaron hasta mis muslos y apartaron la tela de mi camisón.

—Llevas demasiado puesto. Deja que te ayude —dijo inocentemente y tiró del vestido por encima de mi cabeza, arrojándolo descuidadamente al suelo junto a nosotros.

—Joder —dijo cuando se dio cuenta de que no sólo no llevaba bragas, sino que ni siquiera llevaba sujetador.

Sin previo aviso, bajó su boca hasta la punta de mi pecho derecho. Ahogué mi grito tapándome la boca con la mano, jadeando desesperadamente mientras él lamía mi erecto pezón con su talentosa lengua. Mientras su mano derecha me agarraba el culo, la otra me acariciaba el pecho izquierdo y lo amasaba con fruición.

—Te deseo, Melody. Te deseo tanto —me soltó un momento y me miró con los párpados entreabiertos. Su gélida mirada azul estaba velada de lujuria y su polla hambrienta palpitaba impaciente en mi húmeda entrada.

—Yo también te deseo —susurré, girando la pelvis sobre él para aumentar la dulce presión entre mis muslos.

—¿Tomas la píldora? —preguntó Mav, respirando agitadamente.

—No. Tenemos que usar preservativo —susurré contra sus labios y dejé que mi lengua se deslizara suavemente sobre ellos.

—¿Tienes uno? O mejor aún, ¿un paquete entero?

—No. Pero estoy segura de que tú sí —sonreí y hundí la cara en el pliegue de su cuello.

—No —siseó Mav con frustración.

—¿No? ¿Cómo que no? Me eché hacia atrás y tracé con el índice la inscripción del tatuaje que tenía bajo el pecho izquierdo.

—No tengo condones —especificó Maverick, cubriéndose la cara con las manos—. Mierda. Suspiré con resignación.

—Lo siento, Hielo. Desde mi ruptura con Josh, mi vida sexual ha sido prácticamente inexistente. Por eso no había razón para tomar la píldora.

—No tienes por qué disculparte. Después de todo, yo entré sin estar preparado y no al revés.

El Lobo de Hielo parecía visiblemente incómodo con la situación. Sus manos cubrían su atractivo rostro, lo que me dio la oportunidad de admirar detenidamente al hombre desnudo y extremadamente atractivo que había en mi sofá. Sus estrechas caderas, su musculatura casi sobrenatural, el tatuaje con las letras curvas *'Trust'* bajo el pecho izquierdo, los zarcillos tatuados en el brazo derecho, la fina pelusa de pelo negro que le corría desde el ombligo hasta los lomos.

La figura de ese macho alfa prohibidamente caliente me hizo la boca agua. Levanté la pelvis, me deslicé un poco hacia atrás y agarré su erección dura como una roca con la mano derecha. Disfruté recorriéndola de arriba abajo, variando constantemente la presión.

—¿Qué estás haciendo? La voz tensa de Mav sonaba presionada.

—Puede que no quieras correrte en mi camilla de masajes, pero eres bienvenido a hacerlo en mi sofá —susurré, sorprendida por mi atrevido avance y me mordí el labio inferior con expectación al ver las gotas de placer que rezumaban del aterciopelado glande.

Maverick se quitó las manos de la cara y siguió mi mirada. Sus ojos se ensombrecieron ante lo que veía.

—Voy a correrme muy fuerte, Melody —me advirtió con voz temblorosa.

—Eso es lo que creo haberte aconsejado.

Aspiró bruscamente al oír mis palabras y colocó sus manos sobre mis pechos turgentes, que amasó con avidez mientras me miraba a los ojos sin pestañear.

Aumenté la velocidad de mis movimientos y sentí la humedad de las crecientes gotas de placer en mi mano.

Mav me agarró la nuca con la mano izquierda, tiró de mí hacia él y buscó mis labios.

Gimió su orgasmo desenfundadamente en mi boca. Un chorro caliente y cremoso brotó de su polla y recorrió mi mano. Seguí bombeando sin cesar, ordeñando su polo de placer hasta la última gota.

Sin aliento, Maverick se dejó caer sobre las almohadas. Cerró los ojos y maldijo en voz baja.

—Ahora vuelvo —dije, inquieta por su reacción, y me levanté.

Me balanceé ligeramente mientras iba a la cocina a lavarme las manos. Cuando levanté la vista, vi al Lobo de Hielo en el espejo de la ventana de la cocina, de pie detrás de mí y apoyando las manos a la derecha e izquierda mía. Se inclinó hacia delante y su torso desnudo me rozó la espalda.

—¿Tienes la menor idea de lo que me estás haciendo? —su voz ronca y sus labios haciéndome cosquillas en la concha de la oreja me hicieron estremecer.

—¿No te ha gustado? —me tragué mi nerviosismo y giré la cabeza para mirarle a los ojos.

Soltó la mano izquierda de la superficie de la cocina y la deslizó por la parte exterior de mi muslo. Luego pasó a la parte interior y se abrió paso entre mis muslos. Sus hábiles dedos separaron mis labios y empezaron a acariciar mi perla.

—¿Me ha gustado? —murmuró Mav en mi oído—. Definitivamente parece que te ha gustado, tan caliente, húmedo y preparado como está tu dulce coñito.

Jadeé ahogándome bajo el movimiento circular de sus dedos y las crudas palabras que me susurraba al oído.

—¿Quieres que te haga llegar al clímax, Melody? —había una mezcla de amenaza, exigencia y promesa en su pregunta.

Dejé que mi cabeza se inclinara hacia delante y busqué desesperadamente apoyo con las

manos en la pica.

—Dime, Melody. ¿Quieres cabalgar mis dedos? ¿Quieres que te follen?

—Sí —respiré con todas mis fuerzas.

—¿Cuántos dedos quieres? —preguntó Mav, cubriendo de besos mis hombros desnudos y deslizando lentamente un dedo en mi interior.

Empujé mi pelvis hacia él y le metí el dedo hasta el fondo. Mis caderas se balanceaban a un ritmo pausado, disfrutando de la bienvenida presión en su centro.

—Más —le supliqué.

—¿Más? ¿Estás segura? Estás muy apretada, nena —gruñó Mav, mordiéndome el cuello.

Me eché hacia atrás y Maverick aprovechó el momento para deslizar un segundo dedo dentro de mí.

—Oh, Dios, sí —gemí suavemente y empecé a frotarme contra él.

Ahora soltó su otra mano del potro y la colocó sobre mi clítoris. Masajeó mi perla de placer en lentos círculos.

—Eres jodidamente hermosa, Melody —su aliento caliente me rozó el cuello y el punto sensible detrás de la oreja—. Ven para mí, nena.

Los dedos de su mano izquierda me follaban con fuerza y sin descanso, mientras que los dedos de su mano derecha acariciaban mi perla lánguida y suavemente. La mezcla de dureza y suavidad, crudeza y ternura, exigencia y contención, me llevó al borde del precipicio. Succioné sus dedos profundamente dentro de mí y apreté mi clítoris con ansia contra su mano.

—Toma lo que necesites. Eso es —me incitó Mav y apretó su erección contra mi espalda—. Está duro otra vez. Me estás poniendo muy caliente, Melody.

Las palabras de Maverick me llevaron al límite. Contuve la respiración para no gritar. Se me llenaron los ojos de lágrimas. La fuerza del clímax hizo que mi corazón estallara. Sollocé de emoción y me agarré al perchero.

—No pasa nada, nena. No pasa nada —me tranquilizó Mav después de que la última oleada de orgasmo se apoderara de mí.

Me dio la vuelta y me estrechó entre sus brazos.

—Shhhhhh —me consoló y me pasó las yemas de los dedos por la columna vertebral.

—Lo siento —balbuceé ahogándome contra su pecho—, es que...

Se me quebró la voz y otra lágrima rodó por mi mejilla.

—¿Qué pasa, Melody?

—Fue...

—¿Demasiado?

Asentí con la cabeza y moqueé.

—Yo siento lo mismo —confesó Mav.

—Eres el primer hombre que... bueno yo... eres el primer hombre desde Josh que me toca así.

—¿Cuánto hace que rompiste con Josh?

—Más de seis años.

—¿Seis años sin sexo? Eso es mucho tiempo.

—Eso es verdad. Pero ser madre soltera con un hijo pequeño, el divorcio, la confianza traicionada, las cuentas congeladas, los constantes interrogatorios... el sexo es realmente lo último que tienes en la cabeza.

—Me lo imagino —suspiró Mav y me levantó en brazos.

Me sentó en la isla de la cocina y me abrió las piernas. Luego me cogió la cara con las dos manos y la atrajo suavemente hacia él. Sus labios rozaron los míos con tanta ternura que la

consideración, la comprensión y el cuidado de su beso me calentaron el alma como un chocolate caliente con nata montada y canela.

MAVERICK



Me recosté en el asiento mientras el avión aceleraba y despegaba poco después. El martes por la mañana, el equipo voló a Calgary, donde el jueves por la noche jugamos un partido contra los *Frozen Wizards*. Afortunadamente ganamos por la mínima. El viernes por la mañana regresamos a Whitehorse, desde donde el autobús del equipo nos llevaría al *Valle Ártico*.

No pude entrenar con Ted ese lunes por la tarde debido al partido fuera de casa y a los preparativos necesarios. Además, como dos de mis compañeros de equipo se quejaban de un dolor persistente en la cadera, el doctor Logan canceló con poca antelación mi cita del lunes con Melody para dar prioridad a los jugadores lesionados.

Muy a mi pesar, Melody no acompañó al equipo a los partidos fuera del Yukón porque no quería dejar a Ted solo durante días.

Esto significó que no tuve la oportunidad de hablar con ella sobre mi asalto nocturno. Después de que Melody hubiera estallado en mis brazos y ambos nos hubiéramos recuperado de los intensos orgasmos, oímos los gritos desgarradores y asustados de Ted desde su habitación.

—Pesadillas —me informó Melody secamente mientras se ponía frenéticamente la bata—. Las tiene desde el intento de secuestro. Será mejor que te vayas. No sé cómo voy a explicarle esto cuando te vea.

Así que me fui, aunque hubiera preferido quedarme.

Desde ese momento pasaron seis días. Seis jodidos y largos días en los que no podía pensar en otra cosa que en los labios ligeramente separados de Melody, humedecidos por la punta de su lengua. En su vulva húmeda y apretada alrededor de mis dedos. En su melena rubia y salvaje que se pegaba a su piel acalorada. De sus pechos turgentes y suaves, que yacían tan perfectamente entre mis manos como si estuvieran hechos sólo para esto. Sus gemidos de éxtasis resonaban en mis oídos allá donde iba. Sus gemidos agónicos. Sus gritos reprimidos de placer. Los oía constantemente. Podía sentirlos. Olerlos. Saborearlos.

Dios, me había pajeado tantas veces durante mi estancia en Calgary que me asombraba que aún pudiera reunir fuerzas para mantenerme en pie sobre mis patines, por no hablar de marcar goles.

Quería a Melody. La necesitaba. Sólo podía pensar en lo que debía sentir dentro de ella. Y no con mis dedos, sino con toda la longitud de mi polla dura como el acero.

El hecho de que no se hubiera acostado con un hombre en seis años me aturdí por un lado. No mimar y satisfacer a una mujer tan sensual, atractiva y atrayente como Melody era un absoluto desperdicio. Por otro lado, al cavernícola primitivo que había en mí le gustaba el hecho de que fuera prácticamente virgen. Que a ningún otro hombre se le hubiera permitido tocarla.

Que sólo yo podía llevarla al clímax. Que se hubiera frotado contra *mi* polla y la hubiera mojado con sus jugos.

La pregunta que planteaba ahora era: ¿continuaría? ¿Iría más allá?

No sabía qué pensaba Melody de nuestro acto caliente.

Tal vez hubiera sido más inteligente hablar primero y luego follar, aunque ni siquiera habíamos follado. Al menos no realmente.

No sabía cuándo exactamente decidí tirar por la borda mis años de abstinencia y acostarme con Melody.

Después de despedirme de ella ese sábado con un casto beso en la mejilla, debí quedarme parado en el porche durante un cuarto de hora, incapaz de llegar a mi coche y marcharme. Después de todo, llamé a la puerta sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. Cuando la atónita Melody me abrió vestida con un escueto albornoz, se me fundieron todos los fusibles. Mi mente se despidió para no volver jamás, mientras mi polla tomaba el control total de mi cuerpo.

—Este año no puedes volver a escaquearte. Lo sabes, ¿verdad? —la voz de Amy me sacó de mis indecentes pensamientos.

—¿Escaquearme? ¿De qué? —refunfuñé, preguntándome si Melody le habría contado lo nuestro a su amiga Amy.

Si lo hizo, Amy tenía una cara de póquer bastante buena.

—Bueno, la gala benéfica. El baile de Navidad de los *Arctic Bears*. ¿Qué más? —Amy puso los ojos en blanco, molesta.

Entrecerré los ojos y miré por la ventanilla del jet.

—Van los demás jugadores. ¿Por qué no me dejas en paz con eso?

—Porque la gente quiere *verte*. Eres nuestro capitán, por si se te ha olvidado. Es por una buena causa, Hielo. Vendrá mucha gente importante. Patrocinadores, periodistas, socios. Sé un buen chico y estrecha manos diligentemente. Sólo unas horas.

—¿Realmente tienes que...?

—Melody también estará allí. Los chicos llevan días peleándose por quién baila primero con ella. De momento, McAllister lleva la delantera.

Mi cabeza se giró hacia Amy, que me sonrió victoriosa.

—No te creo.

—¿Qué, que Melody venga al baile o que los chicos se peleen por ella?

—¿Qué pasa con Ted?

—Pasará la noche en mi casa. Los chicos llevan semanas esperándolo. Los padres de Bryan están en la ciudad el fin de semana haciendo de canguro. Bryan y yo hemos cogido una habitación de hotel. *Noche de cita*, por así decirlo. ¿Quieres oír los detalles?

—Ahórrame los detalles.

—Pero sólo si llevas tu culo al baile.

—De acuerdo entonces... —refunfuñé. De ninguna manera iba a dejar que uno de los otros chicos se le insinuara a Melody. No sabía lo que ella sentía por nosotros, pero esperaba lo mejor y aceptaría de buen grado lo que ella quisiera darme.



Me quedé descontento con Spencer, Samson y Smith en el borde del amplio salón de baile, tirando de la apretada pajarita que Amy nos impuso como vestimenta.

De vez en cuando, los patrocinadores y socios comerciales del dueño del equipo nos interrumpían y nos pedían una foto o un autógrafo.

Lo soporté con una sonrisa forzada y recordé que todos los beneficios de la velada se donarían a la investigación del cerebro. Me pareció muy bien apoyar esta iniciativa, ya que el hockey sobre hielo tiene un historial de lesiones graves en la cabeza.

La banda tocó un éxito navideño tras otro. En las mesas redondas de gala, entre imponentes candelabros y cuberterías de plata, se colocaron opulentos adornos de flor de pascua y acebo. Un enorme árbol de Navidad con espumillón de colores y enormes adornos adornaba la entrada al salón de baile. Lazos rojos y verdes adornaban las sillas blancas con los colores del equipo de los *Arctic Bears*.

El equipo lo dio todo. La Navidad estaba por todas partes. Nadie podía ignorar que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Faltaban poco menos de dos semanas para lo que se suponía que era la época más maravillosa del año.

En lo que a mí respectaba, podría prescindir de ella. Como todos los años, me refugiaba en mi cabaña y esperaba a que pasara. No estaba de humor para la reunión familiar anual en Vancouver, donde todos me hacían preguntas molestas y me fastidiaban con mi vida de ermitaño.

Gracias a Sheryl, mi ex mujer, las Navidades probablemente me dejarían un regusto amargo para siempre. En Navidad descubrí que nuestro hijo Zack no era en absoluto mi hijo. Que mi ex mujer se estuvo divirtiendo con otros hombres mientras yo me jugaba la salud en los partidos fuera de casa para asegurarnos un futuro bueno y cómodo.

—¿Qué pasa, tío? ¿Por qué pareces tan enfadado? —inquirió Spencer.

—Hace eso todo el tiempo —se rio Samson.

—¿No es esa Melody, nuestra fisioterapeuta? —gruñó Smith, señalando la entrada del salón de baile, por la que acababa de pasar una elegante belleza rubia, haciendo que todas las cabezas se giraran en su dirección.

—Mierda, estoy en el cielo —murmuró Samson.

—Estás babeando —gruñí, fijando mi mirada en Melody.

Llevaba un vestido rojo sangre hasta el suelo que se ceñía a sus curvas. Brillaba y se reflejaba en las luces del salón de baile porque estaba adornado con cientos de brillantes. Los finísimos tirantes le llegaban desde la clavícula hasta los hombros y se cruzaban en la espalda. Como el vestido no tenía espalda, los tirantes terminaban justo por encima de la base del trasero.

Llevaba el cabello rubio y sedoso recogido en un moño suelto del que se desprendían algunos mechones y que enmarcaba su bonito rostro. Un pintalabios rojo sangre resaltaba sus labios carnosos. Los *ojos ahumados* y las largas y espesas pestañas parecían de película, al igual que las uñas rojas que rodeaban su bolso negro.

Sorprendido e hipnotizado por su impresionante aspecto, no pude moverme ni un centímetro de mi asiento.

Ni siquiera fue necesario. En cuestión de segundos, Melody ya estaba siendo arrastrada hacia un grupo de hombres por Amy, todos los cuales le dieron un implícito beso en la mano y entablaron conversación con ella.

—Tengo mucha competencia esta noche —bromeó McAllister, que se nos unió.

—Que nadie la toque —ladré tan alto que las cabezas de los invitados de alrededor se giraron para mirarnos con curiosidad.

—Tío, tranquilízate —susurró Samson—. McAllister sólo te está tomando el pelo. ¿Desde cuándo eres tan sensible?

—No soy sensible —le susurré amenazadoramente.
—En lo que respecta a la señora fisioterapeuta, sí. ¿Pasa algo?
—¿Qué pasa?
Samson se encogió de hombros.
—El fiasco con Sheryl fue hace tres años, Hielo. ¿No va siendo hora de pasar página?
—¿Ahora te has convertido en psicólogo?
Samson levantó las manos en señal de defensa.
—Sólo tengo buenas intenciones contigo.
Suspiré y me limpié la cara.
—Ya lo sé. Lo siento.
—No pasa nada —Samson me dio una palmadita alentadora en el hombro—. Deberíamos sentarnos. La cena está a punto de empezar.



Durante la cena de gala de cinco platos, se pronunciaron discursos y alocuciones en el escenario vecino, se realizaron rutinas de baile acrobático y se hicieron demostraciones de contorsiones artísticas. Nada de eso me interesaba demasiado. En cambio, mi mirada se detuvo en Melody, que estaba sentada con Amy, Bryan y algunos colegas más en una de las mesas situadas a la derecha delante de nosotros.

No me gustaba que Aaron de Cuentas le pusiera la mano en la espalda desnuda y le susurrara algo al oído. Me disgustaba completamente que Stephen, del equipo de Amy, mirara descaradamente el escote de Melody con sus ojos de acero. El hecho de que Phil, nuestro segundo entrenador, la saludara con dos besos en la mejilla al pasar por delante de su mesa me hizo apretar los puños en el regazo.

Cuando Melody se apartó del escenario, nuestras miradas se cruzaron. Se sonrojó y sonrió tímidamente. La saludé con la cabeza e intenté comprender lo que estaba pensando en ese momento.

¿Se alegraba de verme?

¿Había esperado ese encuentro con tantas ganas como yo?

¿Me evitaría o me buscaría?

¿Pasaba también cada minuto libre pensando en nuestro caliente, aunque demasiado corto, juego?

¿Se repetiría?

Mil preguntas bullían en mi cabeza y deseaba que estuviéramos donde habíamos estado hace exactamente una semana. Por desgracia para mí, había unas quinientas personas en el evento, lo que impedía cualquier comunicación privada entre nosotros.

MELODY



Amy tuvo razón. Para bien o para mal, tenía que admitir que mi amiga de toda la vida me conocía bastante bien. A veces quizá demasiado bien.

Cuando el viernes por la tarde, tras su regreso de Calgary, le confesé que no tenía vestido para la gala benéfica y que esperaba salir airosa del asunto, no me dejó escapar, sino que me arrastró a la ciudad después del trabajo para ir a comprar vestidos con ella.

El elegante vestido rojo *fuck-me* me llamó inmediatamente la atención, pero sin la buena persuasión de Amy nunca me lo habría probado ni comprado.

Ahora que sentía las miradas de admiración sobre mí, me alegraba en secreto de haber tomado la decisión correcta. Aunque al principio me intimidaba la atención que me producía este vestido, disfrutaba de la sensación de ser deseable.

Era una sensación que no había sentido en muchos años.

Fue la incursión nocturna de Maverick la que despertó en mí a la Melody que una vez fui. Una mujer que no sólo trataba bien a los demás, sino también a sí misma. Una mujer con necesidades. Con deseos sexuales. Una mujer que sentía lujuria por la vida. Una mujer que encarnaba mucho más que una madre cariñosa y abnegada.

—Diviértete y conviértete la noche en día —me susurró Amy mientras ella y Bryan entraban en la pista de baile fuertemente abrazados, predicando con el ejemplo.

Pasaron menos de dos minutos antes de que los primeros hombres me sacaran a bailar y me hicieran girar alrededor de la pista.

Aunque me encantaba bailar y disfrutaba del exuberante ambiente que reinaba en esta gala, me encontraba constantemente pendiente de Mav.

Hasta el momento, tres de los jugadores ya me habían sacado a bailar. El Lobo de Hielo no era uno de ellos, lo cual me decepcionó en secreto, pero no me sorprendió demasiado.

Después de nuestro *casi-sexo* hace una semana, no había vuelto a ponerse en contacto conmigo. Desde que me envió la lista del equipamiento para las sesiones de entrenamiento de Ted, tenía mi número privado de teléfono móvil. Después de su desaparición el sábado por la noche, llevé el estúpido aparato conmigo durante casi veinticuatro horas, esperando un mensaje suyo. O una llamada. Alguna señal de que no le había asustado. Que nuestra aventura erótica estaba tan presente en su mente como en la mía. Que su hambre, su apetito sexual estaba tan insatisfecho como el mío.

Pero mi móvil permaneció en silencio. Durante toda una semana.

¿Quién habría imaginado que una semana podría ser tan larga y agonizante?

Mi oscura premonición de que Mav buscaba deliberadamente el distanciamiento pareció

materializarse a medida que avanzaba la velada. Mientras los demás jugadores y miembros del equipo me saludaban con imparcialidad y bromeaban conmigo, él permanecía en un segundo plano y sólo me dedicaba una breve y brusca inclinación de cabeza desde la mesa vecina durante la cena.

Me froté discretamente los pies adoloridos y sonreí mientras vi a Amy y Bryan caminar hacia la salida, acurrucados.

Decidí que ya era hora de irme también y los seguí a ellos y a algunas otras personas que aprovechaban la medianoche como excusa para abandonar la fiesta.

—¿Os vais?

Me estremecí cuando Maverick apareció de la nada junto a mí en el guardarropa.

—Hola —le saludé irritada—. Sí, ya he torturado bastante a mis pies. Estas cosas altas son tan incómodas como parecen —intenté aligerar el tenso ambiente que había entre nosotros.

—Estás fantástica, Melody —susurró Mav y me acarició discretamente la muñeca con el dedo índice.

—Gracias. Tú también —gemí, obligándome a esbozar una sonrisa inofensiva.

Realmente lo hizo. Maverick Wolf en traje derretía el hielo. Apreté los muslos e intenté reprimir el sofoco que se extendía entre mis piernas.

—Te acompaño fuera —me ofreció y me ayudó a ponerme el abrigo. Al hacerlo, me tocó los hombros, al parecer por casualidad, lo que hizo que se me pusiera la piel de gallina en el escote.

—Desgraciadamente, todos los coches están en marcha en este momento y el tiempo no ayuda precisamente a acelerar las cosas —el hombre que coordinaba los carritos proporcionados por los *Arctic Bears* en recepción lanzó una mirada pesarosa al cielo nublado, del que caían millones de diminutos copos de nieve que convertían las calles nocturnas en un blanco país de las maravillas invernal.

—Puedo citarla en media hora, señorita Dawson —sugirió.

—No es necesario. Yo la llevaré a casa —informó Mav al hombre, agarrándome suavemente del brazo.

—No hace falta. Estaré encantada de esperar. Seguro que te gustaría quedarte.

—Sólo he venido por ti, Melody. Así que si te vas, no hay razón para que me quede en este evento.

Sus palabras me pillaron desprevenida y me hicieron tambalear hacia atrás sobre mis desacostumbrados tacones altos.

—Cuidado —siseó Mav, atrayéndome posesivamente contra su fuerte pecho.

Una sensación de déjà vu de nuestro primer encuentro en el supermercado parpadeó en mi conciencia, provocando un bufido incrédulo.

—¿Qué? Ladeó la cabeza y me miró interrogante.

—Es que... tienes un efecto impresionante en mí. Literalmente.

—No eres la única —suspiró el Lobo de Hielo, liberándome de su abrazo salvador—. ¿Qué tal si te llevo a casa y podemos tener esta conversación a solas y en paz?

—¿Estás aquí con el coche?

Asintió y se metió las manos en los bolsillos del pantalón de traje.

—Vivo bastante lejos. No es precisamente fácil llegar. Desde luego, no para una limusina. Y menos con este tiempo.

Crucé los brazos delante del pecho y me froté los brazos para entrar en calor. El viento frío silbaba por las esquinas de las casas y me azotaba desagradablemente la cara.

Mav miró siniestramente al cielo, donde los copos de nieve eran cada vez más gruesos.

—Deberíamos ponernos en marcha despacio si quieres llegar a casa. Parece que la tormenta está llegando al territorio del Yukón antes de lo previsto.

Tenía que acostumbrarme a consultar el parte meteorológico con regularidad. En Miami, el sol brillaba casi siempre. Con la excepción de las alertas de huracán en septiembre, allí no había que preocuparse por el tiempo. En el Yukón, en cambio, el tiempo desempeñaba un papel fundamental en la vida cotidiana, sobre todo en los meses de invierno.

—Si de verdad te parece bien que me lleves a casa, vámonos —sugerí, mirando las carreteras vacías del *Valle Ártico*, donde la capa de azúcar glas era cada vez más gruesa.

Poco después, Mav se detuvo en su camioneta y me abrió la puerta desde dentro. En silencio, dirigió el potente y rugiente Chevy Silverado a través de las calles cubiertas de nieve hacia la salida de la ciudad.

Miré alarmada los coches cubiertos de nieve aparcados a los lados de la carretera.

—¿Llegaremos a mi casa?

—Te llevaré a casa sana y salva, Melody —el énfasis en la voz de Maverick no dejaba lugar a dudas de que hablaba en serio.

Veinte minutos después, nos detuvimos frente a mi casa.

—Me temo que tendremos que posponer nuestra conversación —dijo disculpándose—, si quiero llegar a mi casa esta noche, tendré que darme prisa.

—¿Te queda mucho camino por recorrer? —le pregunté ansiosa.

—Lejos es relativo en el Yukón —me guiñó un ojo, pero no pasé por alto la preocupación que brilló en sus ojos durante un breve instante.

—¿Por qué no pasas la noche conmigo? No quiero que te quedes atascado en la carretera y te mueras de frío. Eso sería una gran pérdida para los *Bears*. Y para Ted.

—¿Y tú?

—¿Para mí?

—¿Mi trágica muerte por frío también sería una pérdida para ti? —las comisuras de los labios de Mav se crisparon traicioneramente, pero reconocí el trasfondo serio y esperanzado que resonaba en su pregunta.

—¿Por qué no entras en casa conmigo y lo hablamos tranquilamente? —le contesté y abrí la puerta del pasajero.

Maverick se inclinó sobre mí y volvió a cerrarla.

—Necesito saberlo, Melody, ¿me echaste de menos? —sus gélidos ojos azules me atravesaron con una mirada penetrante que brillaba tan intensamente incluso en la oscuridad que te dejaba sin aliento.

No pude resistirme y le acaricié la mejilla con asombro.

—No tienes ni idea de cuánto —susurré y atraje su rostro hacia mí.

—Enséñamelo —susurró Mav con voz ronca, apoyando su frente brillante contra la mía.

Incliné la cabeza y rocé con los labios su barbilla, la comisura de sus labios. Cuando mis labios llegaron a los suyos, dejé escapar un suave suspiro.

Un gruñido anhelante escapó de la garganta de Mav. Me puso la mano en la nuca y me inclinó la cabeza, exigiendo impaciente la entrada con su talentosa lengua.

Antes de darme cuenta, estaba sentada a horcajadas sobre el regazo de Maverick, besándole como si mi vida dependiera de ello.

—Yo también te he echado de menos, nena —murmuró mientras nos soltábamos, respirando agitadamente.

—Duerme conmigo.

Sorprendida, me mordí el labio inferior.

¿Desde cuándo había sido tan descarada y directa? Bajé los ojos, avergonzada.

—Mírame, Melody —me ordenó, levantándose la barbilla cuando no respondí. Sus gélidos ojos azules me miraron con una intensidad que hizo que la sangre se me agolpara en los oídos—. Repítelo.

—Duerme conmigo, Hielo —le supliqué, resistiéndome a su mirada lobuna, que parpadeó beligerante ante mi petición. El lobo se preparaba para matar a su presa. Los papeles estaban claramente asignados y yo no tenía ningún problema en ser la víctima. Al contrario. Apenas podía esperar a que el Lobo de Hielo se abalanzara sobre mí.

Mav abrió la puerta de su camioneta y se bajó conmigo en brazos. Sus pasos crujieron en la nieve. Entré la cara contra su cuello y lo burlé con los mordiscos que le di antes de calmarle el dolor con la lengua.

Cuando me dejó en el porche y rebusqué en mi bolso la llave de la puerta principal, él me devolvió el favor con la misma dulce tortura, haciéndome temblar los dedos y dejar caer la llave al suelo dos veces antes de que el Lobo de Hielo me la arrebatara con un gruñido impaciente y abriera la puerta.

En cuanto cruzamos el umbral, Mav lanzó la puerta contra la cerradura con estrépito y me empujó contra ella indignado. Me bajó la cremallera del abrigo y lo tiró descuidadamente a un lado. Hizo lo mismo con su chaqueta.

—Este maldito vestido... —maldijo y me dio la vuelta en sus brazos de modo que quedé apoyada contra la puerta con el estómago.

Mav se frotó contra mí provocativamente. Dobló ligeramente las rodillas y me dejó sentir su erección dura como una roca contra mi trasero.

—Llevas toda la noche volviendo locos a todos con ese vestido. ¿Te das cuenta de cuántas fantasías masculinas vas a protagonizar esta noche?

—Pero tú eres el único de esos hombres que va a vivir esas fantasías conmigo esta noche —susurré y froté mi trasero contra su entrepierna.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Mav y cerró los ojos un momento. Cuando volvió a abrirlos, en su interior ardía un fuego de hielo salvaje e impredecible.

—¿Dónde está tu dormitorio?

—En el primer piso. Mi voz sonaba baja y extrañamente embelesada por el deseo.

—Muéstreme el camino —exigió, soltándose de mala gana de sus garras.

Caminé con piernas temblorosas hasta las escaleras y subí. Los zapatos de tacón repiqueteaban en el suelo de madera y dificultaban doblemente el ascenso.

Entré en mi dormitorio con el corazón latiéndome con fuerza y me detuve frente a la cama. Me invadió un pánico repentino que me dejó helada. De espaldas a Mav, me quedé mirando mi cama y pensé en la última vez que había tenido sexo con un hombre.

Tragué saliva al darme cuenta de que habían pasado más de seis años. Las palmas de las manos se me pusieron húmedas y los latidos de mi corazón se aceleraron.

—¿Qué pasa, cariño? —Maverick puso sus manos en la parte superior de mis brazos y las deslizó lentamente por ellos.

—Yo... esto... ha pasado tanto tiempo.

—¿Lo quieres, Melody? ¿Quieres hacerlo conmigo? ¿Esta noche?

Asentí lentamente.

—Dímelo, cariño. Necesito oírlo. Necesitas oírlo.

—Lo quiero. Contigo. Ahora —mi voz sonaba sorprendentemente decidida.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? —el aliento de Mav me acarició la oreja y cerré los ojos para escuchar su voz profunda—. Háblame. ¿Qué te asusta?

Me giré hacia él y reuní todo mi coraje.

—¿Y si ya no puedo hacerlo? Soy prácticamente virgen.

Una sonrisa sucia se dibujó en su cara.

—¿Te das cuenta de que la fantasía de todo hombre es quitarle la virginidad a una virgen?

—Bromista —solté una risita y puse los ojos en blanco—. Ya sabes lo que quiero decir.

—No puedes desaprender algo así, nena. Y si lo haces, estamos en el mismo barco. Mi última vez fue hace unos años. Si lo hemos olvidado, seguiremos practicando hasta que podamos hacerlo de nuevo.

Su confesión me tranquilizó y conmovió a partes iguales.

—¿Años?

—Años.

—Vaya. Así que estamos ante dos completos principiantes —resoplé divertida.

—Mi última vez no fue hace tanto tiempo como la tuya. Por eso aún recuerdo más o menos el proceso. Si quieres, te lo enseño —la sonrisa infantil de Maverick era contagiosa y me quitó presión de encima.

—Enséñamelo —exigí y dejé que mi dedo índice se deslizara tentadoramente por su pecho hasta la cintura.

—Punto uno: anticonceptivos —Mav sacó un par de condones del bolsillo delantero de su pantalón y los arrojó sobre la cama.

—Veo que esta vez estás preparado. ¿Planeabas enrollarte con alguien esta noche? —crucé los brazos delante del pecho y Mav se pasó los dedos por su melena de rizos negros azabache.

—Digamos que realmente esperaba ligar con cierta rubia mega sexy con un vestido rojo brillante.

—Misión cumplida. Has llegado a su habitación. ¿Y ahora qué?

—Lo ideal es que la mujer esté desnuda durante el sexo. Por eso vamos a tener que quitarte este vestido ahora.

Mav dio un paso hacia mí y cogió la tela elástica de mi pecaminoso vestido. Le ayudé y me lo pasé por la cabeza con un movimiento fluido.

Vestida sólo con unas finas bragas de encaje y unos tacones rojos, estaba de pie frente al Lobo de Hielo, que seguía completamente vestido.

—Nena, no sé si podré desflorarte con delicadeza y consideración —la mirada hambrienta de Mav encendió un fuego abrasador en mi cuerpo.

—¿Por qué no? —jadeé sin aliento.

—Porque tengo bastantes ganas de follarte bien duro y firme.

—Primero tendrás que quitarte la ropa —mi respiración temblaba de excitación. Al igual que mis dedos mientras arrancaba literalmente la chaqueta y la camisa de Maverick y revelaba su lujoso cuerpo. Me lamí los labios secos con anticipación.

—Ábreme los pantalones, Melody.

Me tomé un momento para obedecer su orden y saboreé el impresionante aspecto de este imponente macho alfa.

Mav cogió mis manos y las colocó en la cinturilla de sus pantalones. Una petición inequívoca que no volvería a repetir.

Le desabroché el botón y abrí lentamente la cremallera. El pantalón se deslizó por sus largas y musculosas piernas hasta el suelo. Mis manos se introdujeron en sus calzoncillos y le agarraron

las nalgas. A través de la fina tela de sus calzoncillos, su polla se apretaba firme y tentadora contra mi estómago.

—¿Y ahora qué? —susurré sin aliento—. ¿Qué tienes que hacer ahora?

—Ahora —ronroneó Mav inocentemente, poniéndose de rodillas frente a mí—, ahora te preparamos para tu desfloración.

Enganchó los dedos bajo el fino cordón de mi tanga y tiró de él hasta los tobillos. Con cuidado, me quitó las bragas.

—HmMMM —un gruñido grave y peligroso salió de lo más profundo de su garganta, haciéndome contener la respiración mientras esperaba el ataque del Lobo de Hielo.

A través de mis vertiginosos tacones, la cabeza de Mav estaba a la altura de mi regazo. Sus ojos se clavaron en mi piel como fuego y separé los muslos en un intento desesperado por aliviar el insoportable ardor y palpitación que sentía entre las piernas. En ese mismo momento, el Lobo de Hielo atacó.

La cara de Mav desapareció entre mis piernas abiertas y grité de placer al sentir su boca hambrienta sobre mi carne tierna y caliente.

Mis piernas cedieron y caí de espaldas sobre la cama.

Mav aprovechó mi momento de debilidad y me agarró los muslos con sus fuertes brazos. Me abrió y no me dio ninguna oportunidad de resistirme. Su agarre sobre mí era férreo e implacable, mientras su boca se servía descaradamente de mi palpitante centro.

Gemí sin control, sabiendo que nadie más que el Lobo de Hielo podía oírme. Sabiendo que me estaba permitido dejarme llevar por completo, solté todas mis inhibiciones. Apreté mi pelvis contra la de Maverick y me froté contra su boca vorazmente.

—¿Te gusta, nena? —desde entre mis muslos, Mav me miró entre los párpados bajados.

—Por favor, no pares —le supliqué, completamente embriagada por las endorfinas del placer que su hábil lengua estaba provocando en mi centro de placer.

—¿Quieres mi boca o mi polla, Melody?

—Ambas —supliqué, enterrando mis dedos en su pelo.

—¿Las dos? —Mav sonrió diabólicamente—. Mi virgen sexy tiene el listón muy alto. Eso me gusta.

Bajó su boca hasta mi perla y me lamió con tanta devoción que ni siquiera pude prepararme para mi orgasmo. En lugar de eso, exploté sin previo aviso, gritando mi éxtasis con fuerza en el silencio de la noche.

—Joder nena, me vas a matar antes incluso de que mi polla esté dentro de ti —maldijo Mav y me soltó.

Cogió uno de los condones y lo abrió.

Me apoyé en los codos y observé cómo deslizaba el condón sobre su abultada polla. El desvanecido ruido de mis oídos despertó de nuevo al pensar en el Lobo de Hielo penetrándome. No conseguiría calmar mi respiración entrecortada y superficial. Así que ni siquiera lo intenté.

—¿Estás lista para tu desfloración?

Asentí y no pude apartar los ojos de Maverick, que se me acercó oscuro y peligroso, como un lobo, y se colocó encima de mí.

Se inclinó hacia mí y me besó profundamente. Cerré los ojos y saqué el intenso beso y mi sabor en sus labios.

—Tendré cuidado —prometió con voz ronca—. Aunque no será fácil contenerme.

Maverick se arrastró sobre mí para que mi cara descansara en el pliegue de su cuello y separó mis muslos con su pierna. Se los abrí de buena gana. Sentí un nudo en la garganta al sentir su

impaciente punta contra mi apretada entrada.

Mi espalda se arqueó bajo la dulce agonía que su poste del placer desencadenaba en mí con sus empujones dirigidos.

Centímetro a centímetro, el Lobo de Hielo se introdujo en mí. Sus jadeos se mezclaban con mis suspiros de éxtasis. Notaba lo difícil que le resultaba no hundirse completamente en mí de un solo empujón y le reconocí el mérito de haber dejado de lado sus propias necesidades para darme tiempo a acostumbrarme a él.

—Me encanta lo estrecha que estás —siseó tenso—. La estás ordeñando tan jodidamente caliente.

Mis uñas se clavaron en la espalda de Mav y rodeé sus caderas con las piernas, metiéndomelo hasta el fondo.

—Hazlo, Hielo —le supliqué, instándole a moverse más rápido con mis talones.

—Hagámoslo despacio la primera vez, Melody. No quiero hacerte daño.

—No —le contradije—. Quiero más. Por favor...

—Melody...

—Fóllame, Hielo. Te deseo. Joder, lo necesito.

Mav exhaló ruidosamente y se apoyó en los antebrazos. Me agarró la pelvis con las manos y me cautivó con su mirada hipnotizadora, siguiendo de cerca todos mis movimientos. Con embestidas dirigidas y duras, me empujó con tanta fuerza en el colchón que vi las estrellas.

Grité el nombre de Mav, desinhibida, mientras él daba un nuevo significado al término *follar*.

—Más alto, nena —exigió Maverick—. Quiero que todos sepan que eres mía.

Aumentó el ritmo y cambió ligeramente el ángulo para que lo sintiera aún más profundo e intenso dentro de mí.

Mis dedos se clavaron en el estrecho trasero de Mav, amasándolo al compás de sus implacables embestidas.

Gracias a Dios, a diferencia de nuestro piso en Miami, esta casa estaba lejos de los vecinos más próximos. Porque estaba convencida de que nos oirían gemir y gritar desde fuera.

—¿Te gusta mi polla? ¿Te está dando lo que necesitas? —jadeó Mav, moviendo su peso.

—Sí —susurré ahogada.

Me agarró de los tobillos y me los puso por encima del hombro. Luego se arrodilló frente a mí y me penetró tan profundamente que creí estar flotando.

En cuestión de segundos, estaba en la plataforma de lanzamiento y me precipité sin control hacia la infinita extensión de la galaxia, donde estallé en polvo de estrellas con un grito espeluznante.

Mav me soltó las piernas, se puso boca arriba y me tiró encima de él. Me agarró por las caderas, me empaló y me animó a cabalgar salvajemente sobre su gruesa polla. Lo cabalgué ávida y hambrienta, erguida mientras él colocaba sus manos sobre mis pesados pechos y los masajeaba con fruición.

—Más rápido —me suplicó, arqueándose hacia mí.

Me ardían los muslos, pero nada en el mundo podía impedirme darle exactamente lo que pedía, lo que necesitaba, lo que deseaba.

Con un grito primitivo, Mav explotó dentro de mí y me llevó con él.

La vorágine del orgasmo nos arrastró hacia las profundidades del océano mientras gritábamos el nombre del otro con la esperanza de rescatarnos.

MAVERICK



No podía apartar los ojos de Melody mientras se entregaba sin pudor a sus sentimientos, deleitándose en su orgasmo.

Si tenía que elegir cómo morir, así iba a ser, y ahora mismo: mi polla exprimida hasta la última gota en el apretado y suave centro de esta mujer hechizantemente sensual, gritando mi nombre y alcanzando las estrellas mientras yo mismo regresaba lentamente de mi viaje a las estrellas.

Saber que yo era el único responsable de su éxtasis reavivó el fuego de la pasión en mi interior.

Cogí a Melody entre mis brazos y la abracé con fuerza.

Su corazón latía con fuerza en mi pecho y su respiración era acelerada. Sus muslos temblaban y su melena rubia se agitaba por la humedad que le provocó el salvaje sexo.

—Lo has hecho muy bien para ser virgen —me burlé de ella y le besé el pelo.

Sentí su risita contra mi pecho.

—Tú tampoco lo has hecho mal.

—¿No ha estado mal? —exclamé con fingida indignación y rodé sobre ella—. En ese caso, lo haremos otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

—Eso suena tentador. Pero quizá bajemos un poco las marchas.

—¿Todas a la vez? —levanté las cejas divertido—. ¿No eras tú la que lo quería más duro y rápido?

Melody se sonrojó y se cubrió la cara con las manos.

—Lo siento.

Entrelacé sus dedos con los míos y llevé sus nudillos a mi boca, cubriéndolos de besos.

—Nunca tienes que disculparte por tu lujuria, Melody. Quiero que me digas lo que quieres. Yo te lo daré. Siempre.

Me rodeó el cuello con los brazos y apretó contra mí sus pechos llenos y flexibles. Sus labios rozaron tiernamente los míos y exigieron un beso lento e intenso. Mi lengua se deslizó deliberadamente en la boca de Melody y la follé a un ritmo pausado y suave. Mis manos encontraron su dulce trasero y lo apretaron posesivamente.

Nunca me habían excitado tanto los besos. Era completamente adicto a los besos de Melody. ¿Qué otra explicación podía haber para el hecho de que prefiriera morir por falta de oxígeno antes que interrumpir nuestros besos para respirar?

Sus dedos viajaron de mi cuello a mis hombros y me acariciaron extensamente antes de volver a mi cuello y descender hasta el nacimiento de mi pelo.

Cerré los ojos y saboreé su tacto sobre mi piel. Por primera vez, no tenía que avergonzarme de que se me estuviera poniendo dura bajo sus caricias, sintiendo nada más que puro placer.

Melody cogió un condón nuevo y lo pasó por mi polla erecta.

—¿Aún no has tenido suficiente?

—Acabamos de empezar, Hielo. Tengo que ponerme al día en más de seis años de sexo. Espero que estés tan tonificado y en forma como pareces.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —murmuré y rodé sobre ella.

Lenta y profundamente, la penetré con relajados empujones y ronroneé bajo sus manos, que me masajeaban y mimaban con suavidad.

¿Quién iba a pensar que el tierno y sensible sexo de las flores no tenía nada que envidiar al duro y primitivo sexo?



La tenue luz de la mañana brilló en mis ojos y me despertó del reparador sueño profundo en el que había caído en algún momento de la noche, después de que Melody me hubiera liberado en gracia.

Melody.

Me dio la espalda y durmió plácidamente. Su larga melena rubia cubría parte de su cuello, marcado por mis besos.

Aparté el pensamiento de que la mañana sustituyó a nuestra mágica noche y con ella regresaban todas las preocupaciones y problemas que habíamos bloqueado con éxito en las horas anteriores. En lugar de eso, busqué otro condón en la mesilla de noche y me lo puse.

¿Qué mejor manera de empezar el día que en el cálido centro de la mujer más encantadora y ardiente de todo Yukón?

Levanté ligeramente el muslo izquierdo de Melody y me deslicé dentro de ella aparentemente sin esfuerzo.

Mi reina de las nieves estaba lista y mojada para mí incluso mientras dormía.

Me apoyé en el colchón con el brazo derecho para poder mirar el rostro relajado de Melody. No quería perderme el momento en que se despertara y abriera los ojos mientras la tomaba suavemente.

Mi mano izquierda jugaba con sus pechos desnudos, acariciando sus pezones rojos como cerezas, que se tensaban y endurecían bajo mis caricias.

Un suave gemido salió de la garganta de Melody, seguido de un delicioso suspiro.

Sus párpados se abrieron. Giró la cabeza y me sonrió perezosamente, haciendo que mi corazón diera un respingo de muerte.

—Hola.

—Hola a ti. Eso es lo que yo llamo un servicio de despertador de primera clase.

—¿Qué tal un poco de ejercicio mañanero?

—Me encanta el ejercicio mañanero —rio Melody y completó conmigo una ambiciosa y prolongada sesión de ejercicio antes de acostarse.

¿He mencionado que a mí también me encantaba hacer ejercicio por la mañana temprano?



—¿Qué es eso? —Melody hizo una pausa en su camino al baño y miró por la ventana con asombro.

Me aparté de su trasero curvilíneo y muy atractivo, y también me levanté de la cama.

—Bienvenidos al territorio del Yukón. Ha estado nevando toda la noche —murmuré y besé su omóplato. Melody olía a pachuli, canela y sexo. Una mezcla irresistible de la que me impregné profundamente.

—¿Cómo se supone que voy a recoger a Ted así? —reconocí la preocupación en la voz de Melody y la estreché entre mis brazos.

—Las carreteras suelen estar despejadas al mediodía. Y hasta entonces, puede correr con los hijos de Amy, montar en trineo y hacer muñecos de nieve. Seguro que disfrutará cada minuto.

—Lo dices porque quieres que vuelva a la cama.

Me reí alegremente y acaricié el sedoso pelo de Melody.

—Cuál de los dos es el monstruo sexual aquí es obvio, ¿no?

Melody me dio un codazo juguetón en la cadera y se puso el albornoz.

—Voy a llamar a Amy.

—Hazlo. Nos prepararé el desayuno mientras tanto.

—¿Quieres desayunar conmigo?

Hice una pausa yladeé la cabeza interrogante.

—Sí, por supuesto. ¿Por qué no?

—Pensé que querías volver a casa ahora que has...

—¿Ahora que yo qué?

—Oh, nada.

Melody sacudió la cabeza precipitadamente y se apartó de mí.

Le cerré el paso y crucé los brazos delante del pecho.

—¿Ahora que qué? No saldrás de aquí hasta que digas la verdad, Melody.

Se apartó el pelo de la cara y me miró insegura.

—Ahora que te has acostado conmigo.

Resoplé enfadado.

—Ya veo. ¿Pensabas que iba a excitarte, follarte a fondo y marcharme cuando acabara?

—¿Es tan descabellado?

—Claro que sí —mi voz sonó más alta y cortante de lo que pretendía—. Sí, lo es.

—Tengo que hacer una llamada —murmuró Melody, empujándome y saliendo de la habitación.

Me puse los calzoncillos y bajé a la cocina para prepararnos un café y unos huevos con bacon.

Fuera, el sol se esforzaba por salir de detrás de las nubes y conjuraba millones de diminutos destellos sobre la blanca nieve que adornaba los senderos del bosque, los árboles e incluso el lago vecino.

—¿Está todo bien con Ted? —le pregunté a Melody, que terminó su conversación y se reunió conmigo en la cocina.

—Sí. Estaban en medio de una pelea de bolas de nieve con los niños del barrio cuando llamé.

Asentí y me concentré en la sartén que chisporroteaba delante de mí.

Las palabras de Melody rondaban mi mente y, aunque no quería admitirlo, me dolían. ¿De

verdad pensaba que iba a acostarme con ella y luego desaparecer sin una conversación aclaratoria? ¿O acaso *quería* que hiciera precisamente eso? Estaba claro que me faltaba práctica cuando se trataba de mujeres. ¿Quién me iba a decir que Melody no sólo buscaba un polvo rápido y ahora quería secretamente que me fuera de su casa y la dejara a ella y a su hijo seguir con su vida cotidiana? Al fin y al cabo, llevaban seis años formando un equipo muy unido y habían demostrado que podían arreglárselas perfectamente solos.

—¿Qué soy yo para ti, Melody? —seguí hurgando en la sartén y evité mirarla.

—¿Qué quieres decir? —se puso a mi lado y se apoyó en la encimera.

La misma en la que le había dado su primer orgasmo juntos ocho días atrás. Deseché las imágenes calientes que se reproducían en mi mente y me centré en el momento que pasaba.

—Te pregunto, ¿Qué soy yo para ti? ¿Por qué me invitaste ayer a tu casa? ¿Sólo querías divertirme otra vez? ¿Una aventura de una noche sin compromiso? ¿Querías que te lo hiciera bien y luego desapareciera?

—No hables tan despectivamente —susurró ella, mirando por la ventana.

—Eres tú quien me habla despectivamente. Lo que piensas de mí es despectivo, Melody. Que me divierta contigo y luego me voy.

—No sé qué pensar, Mav. ¿Vale? No lo sé. Nada de esto fue planeado. Simplemente sucedió y ahora estoy parada frente a ti, completamente confundida y abrumada por la situación. ¿Es eso lo que querías oír?

Melody se levantó de la encimera y se paseó inquieta por la habitación.

—¿Qué te confunde? ¿Qué te agobia? Sinceramente, para mí es bastante simple y sencillo.

—¿Lo es? —Melody frunció el ceño y me miró con incredulidad.

—Sí. Me gustas, Melody. Me gustas más de lo que me conviene. Y me cae bien Ted. Es un gran chico, aunque no es de extrañar con esa madre. Pensé que nunca dejaría que una mujer se me acercara de nuevo después de la amarga experiencia que tuve en mi matrimonio. Pero entonces llegaste tú y simplemente me dejaste alucinado. Aunque al principio me resistí como un loco. Te quiero en mi vida. Lo nuestro me parece absolutamente correcto. ¿Por qué no nos dejamos llevar y vemos adónde nos lleva el viaje?

—No es tan fácil como imaginas, Mav.

—¿Y por qué no? —apagué los fogones y cogí dos platos de la alacena. No iba a admitir la derrota tan fácilmente.

—Esto no es sólo entre tú y yo. Todas las decisiones que tomo sobre mi vida también afectan a Ted. No soy una mujer soltera que pueda precipitarse en una aventura, una relación o lo que sea. Tengo una responsabilidad con mi hijo. ¿Y si no funciona entre nosotros? ¿Si lo intentamos y nos damos cuenta de que no tiene sentido? ¿Que no podemos hacer que funcione? Ted no lo entendería. Él te idolatra, Mav. Eres su ídolo. Si te conviertes en parte de nuestras vidas, se encariñará aún más contigo. Y si te fueras un día porque no funciona entre nosotros, se le rompería el corazón. ¿Qué clase de madre sería si antepusiera mi propio bienestar al de mi hijo?

—Melody —me acerqué a ella y le puse las manos en los brazos para tranquilizarla—. No importa cómo resulten las cosas entre nosotros, Ted siempre será mi pequeño compañero. Estaré ahí para él y lo apoyaré, incluso si las cosas no funcionan entre nosotros por alguna razón completamente absurda y disparatada.

—Suenas tan sencillo viniendo de ti. Pero me preguntará por qué ya no entras y sales de nuestra casa si no funciona. Y le recordará a mí y nuestro tiempo juntos. Puede que no quieras volver a verle porque no quieres que te lo recuerde. ¿Y entonces qué? Entonces Ted sufre, aunque él no tiene la culpa de que los adultos a su alrededor lo estropeen.

—¿Por qué asumes automáticamente que no funcionará?

—Porque no puedo descartar ese escenario. Tengo que sopesar todos los riesgos de mi decisión, por grande o pequeño que sea el riesgo.

—No voy a defraudar a Ted, pase lo que pase entre nosotros.

—Dices eso ahora...

—Te lo prometo ahora. Y mantengo mis promesas.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —exhalé ruidosamente e intenté mantener la calma.

—Eres rico, famoso y deseado. Eres increíblemente genial. No como yo. Soy una madre soltera. Amargada. Asustada. Cargada de problemas. Precargada. Podría seguir así para siempre.

—No tienes ni idea, Melody —me reí sarcásticamente—. *Eres rica*. Rica en amor, en cariño, en ayuda, en paciencia. Y *eres famosa*. Todo el mundo habla de tus manos mágicas y todos claman por ser tratados por ti. Prefiero no hablar de lo codiciada que eres porque me volvería completamente loco de celos. En cuanto a mí, no soy madre soltera, pero estoy malditamente solo y amargado. Tengo miedo. Mucho miedo. Miedo a que me plaqueen tan fuerte en un partido que no pueda mantenerme en pie. Miedo a que los jugadores más jóvenes me ganen. Miedo de que alguien vuelva a romperme el corazón. No tienes ni idea de lo agobiado y lleno de problemas que estoy. En realidad, debería aconsejarte que no te involucraras conmigo bajo ninguna circunstancia, porque tú eres sin duda el mejor partido de los dos. Pero soy egoísta y egocéntrico. Espero que puedas ver más allá de lo roto que estoy y seguir queriéndome algún día.

Una lágrima rodó por la mejilla de Melody. Me incliné hacia ella y la besé. Melody me rodeó el cuello con los brazos y me enterró los dedos en el pelo.

—Danos una oportunidad. Por favor —le susurré al oído.

—Te estoy tratando, Mav. Eres mi paciente...

—¿Dice en alguna parte de tu contrato de trabajo que está prohibido tener una relación con un jugador?

—No. No tiene por qué. No hace falta decir que no es deseable.

—No es así, Melody. ¿Sabías que la directora de eventos de los *Arctic Bears* está casada con nuestro entrenador? Él a su vez es un *ex* jugador de los *Bears*. Se enamoraron y salieron juntos cuando Wayne aún jugaba profesionalmente para los *Bears*.

Los ojos de Melody se abrieron de par en par. Quizá me lo estaba imaginando, pero me pareció ver un atisbo de esperanza en ellos.

—Tengo un enorme problema de confianza, Mav.

—Yo también. También soy celoso, posesivo y desconfiado.

—Así que obviamente somos la pareja perfecta —Melody dio un suspiro agónico.

—Eso es exactamente lo que llevo media hora intentando que entiendas. No hay garantías en la vida. Sólo oportunidades perdidas. Un matrimonio puede romperse a los dos años o a los veinte. Una relación también. Pero con la misma facilidad puede durar para siempre y dar a dos personas un tiempo feliz y alegre juntos. Sólo sabrás lo que te depara la vida si aprovechas las oportunidades que te brinda.

—Puedes ser terriblemente persuasivo, Lobo Intrépido.

—¿Eso es un *sí*? —le levanté la barbilla y la miré esperanzado.

—Eso es un *sí-lo pienso*.

—¿Por qué tienes que pensarlo? Ya lo hemos hablado todo...

—Primero quiero hablarlo con Ted. Además, no puedo pensar con claridad cuando estás de pie en mi cocina vistiendo nada más que calzoncillos y frotando tu lujoso cuerpo contra mí.

—¿En serio? —moví las cejas sugestivamente—. Entonces te propongo un trato, me dejas echar otro buen vistazo a tu cuerpo de lujo ahora y a cambio te daré cuarenta y ocho horas para que me des una respuesta.

—Una semana —exigió Melody.

—De ninguna manera. No puedo soportar una semana sin ti. La semana pasada ya fue una tortura. Ahora que sé lo bueno que es estar dentro de ti, cuarenta y ocho horas es la mejor concesión que puedo hacerte.

—¿Y si digo que no?

—No lo harás.

—Estás muy seguro de ti mismo, Hielo —Melody sonrió con picardía y yo me relajé un poco mientras la atmósfera cargada de emoción que había entre nosotros parecía disiparse lentamente.

—Tengo confianza en nosotros, nena —le quité la bata de los hombros y besé su cuello con fruición—. Vamos, acepta el trato para que pueda ocuparme de esos preciosos pechos —deslicé mi mano entre sus piernas y las acaricié burlonamente.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, resignada.

Yo había ganado.

—Muy bien. Cuarenta y ocho horas —jadeó excitada y estiró sus suaves pechos hacia mí.

MELODY



—Estás diferente, Mel —Amy me tendió una taza de té de frutas con sabor a ron, uva y naranja.

—¿Diferente cómo? —acaricié cálidamente la taza con las manos mientras observaba a Ted y a los otros niños retozando en el jardín nevado a través de la ventana de la cocina de Amy.

—Profundamente relajada. Equilibrada. Feliz. ¿Has tenido sexo?

Sorprendida, miré la taza que tenía entre las manos.

—¿Has tenido sexo! ¿Con el Lobo de Hielo? —Amy sonrió con complicidad.

—Podría ser...

—¿No me lo puedo creer! ¿Y? ¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo fue? Si crees en los rumores, dicen que ha sido abstemio durante años.

—Eso es lo que dijo, sí.

—¿Oh, Dios mío! ¡No puedo creerlo! Trajiste a Hielo de entre los muertos. Tú, Melody Dawson, sacaste al Lobo de Hielo de su oscura cueva y lo sedujiste —Amy dejó escapar un silbido apreciativo—. No dejes que te saque todo de las narices. ¿Cómo era? ¿Cómo es que todavía puedes caminar erguida? Después de años sin sexo, debió follarte hasta dejarte sin sentido.

—Amy... —advertí, mirando a mi alrededor avergonzada.

—Aquí no hay nadie más que nosotras, Mel. No te hagas la tímida alhelí. Las dos sabemos lo vampiresa que puedes llegar a ser.

—Eso fue antes de tener a Ted.

—Puedes ser madre y seguir disfrutando mucho del sexo increíble.

—Tal vez tú puedas...

—Aparentemente tú también puedes. ¿Por qué si no estarías brillando como un árbol de Navidad con diez mil luces? Quiero detalles. Si no, te ataré a la silla de la cocina y te lo sacaré a mordiscos.

—Por favor, no —me reí—. Te lo contaré así.

—No quiero convencerte, Mel —dijo Amy con seriedad mientras la ponía al corriente de la situación con Mav—. Ted y tú formáis un equipo muy unido. Te las arreglas sola. Muy bien, de hecho. Ted es un chico inteligente, amable y brillante. La pregunta que sólo tú puedes responder es si quieres ampliar el equipo para incluir a Hielo. No porque lo necesites a él o a su dinero, porque no es así, sino porque hará que tu vida merezca más la pena y sea más feliz. ¿Quieres convertir el dúo en un trío? ¿O incluso un cuarteto?

—¿Cuarteto? —miré asombrada a Amy, que se encogió ligeramente de hombros.

—Todo el mundo sabe que Hielo es un hombre de familia total. Le hacía mucha ilusión tener un hijo y se quedó destrozado cuando se enteró de que no era suyo. Nada habrá cambiado en su deseo de tener un hijo. No se me escapa lo encariñado que está con Ted. Si las cosas funcionan entre ustedes, él podría querer tener un hijo propio contigo tarde o temprano.

—Creo que necesito algo más fuerte que el té en este momento.

—¿No emborrachamos con vino caliente y te quedas en la habitación de invitados esta noche? Estoy segura de que Ted estará encantado de pasar otra noche aquí. Apenas pasa nada en la escuela de todos modos. Todos piensan ya en las vacaciones de Navidad.

—Es muy amable por tu parte, pero Maverick me ha dado cuarenta y ocho horas para tomar una decisión y mi instinto me dice que perderá la paciencia antes de eso. Así que será mejor que tenga la cabeza despejada y duerma bien antes de volver a verle mañana por la tarde en el trabajo.

—Probablemente tengas razón. Cuando tomes tu decisión, recuerda que sólo tienes una vida, Mel. Cada día que desperdicias es un día perdido. Tiempo perdido que nadie te devolverá. Y recuerda que no todos los hombres son como Josh. Especialmente no Hielo. Es un buen tipo. Creo que merece ser amado por ti. Y creo que tú mereces ser amada por él.



—¿Tienes una respuesta para mí? —Mav se puso la sudadera por encima de la cabeza y vino hacia mí ágil como un depredador.

Tragué saliva al ver su torso musculoso y los tatuajes rebeldes que lo adornaban.

—¿Melody? ¿Tienes una respuesta para mí? —repitió en voz baja, amenazador. Estaba delante de mí. Tan cerca que su olor a gel de ducha y aftershave fresco me llegó a la nariz.

El pelo negro azabache y rizado de Maverick aún estaba húmedo de la ducha que se dio después del entrenamiento y le colgaba descaradamente por la frente.

—Te avisaré cuando esté lista —dije con voz sorprendentemente firme y señalé el sofá—. El doctor Logan ha dicho que hoy tus movimientos sobre el hielo no parecían especialmente sueltos y ágiles. ¿Qué te ocurre? ¿Te duele algo?

—La rodilla izquierda me molesta desde hace unos días. Pero ya se me pasará —respondió con ligereza.

—Me gustaría echarle un vistazo. Quítate los pantalones, por favor.

Mav levantó una ceja desafiante y sonrió lobunamente.

—No te hagas ilusiones, Hielo. Este es mi lugar de trabajo —le reprendí y me giré apresuradamente hacia mi escritorio para que no notara el sonrojo delator que se disparó en mi cara ante la idea prohibida de hacérselo a Hielo en mi sala de tratamiento.

—Muy bien. Por suerte, ya no tengo que ocultarte mi erección, pues sabes lo que tus manos le hacen a mi cuerpo.

Ahogué una respuesta y esperé a que Mav se tumbara en el sofá. Le palpé suavemente la rodilla izquierda. El hecho de que cruzara los brazos detrás de la cabeza y siguiera atentamente mis movimientos no me facilitó la tarea. Trabajé su rodilla con concentración y conseguí que se relajara un poco más con cada movimiento rutinario. Cuando terminé el tratamiento y Maverick se vistió, respiré aliviada.

—Recogeré a Ted del colegio y te lo llevaré al vestíbulo. Por desgracia, hoy no podré estar en tu entrenamiento porque el doctor Logan ha convocado una reunión con el equipo. Llegaré

tarde de todos modos si ayudo a Ted con sus patines y el equipamiento.

—Entonces te acompaño a la escuela —Mav buscó su chaqueta y rebuscó las llaves del coche—. ¿Vamos en mi coche? ¿O prefieres el tuyo?

Perpleja, hice una pausa y levanté los ojos del monitor del ordenador.

—Seguro que tienes cosas mejores que hacer que recoger a Ted del colegio conmigo.

—Ni por casualidad, no. ¿Nos vamos?

Abrió la puerta e hizo un gesto de bienvenida con la mano.

—De verdad que no hace falta que vengas.

—Me encantaría ir contigo. Le recogeremos juntos. Luego tú vas a tu reunión puntual y yo le ayudo con su equipamiento.

—Vale... —concedí la derrota y me alegré en secreto de la naturalidad y el vigor con que el Lobo de Hielo me hizo su oferta.



—¡Hielo! —Ted nos saludó desde lejos y corrió hacia nosotros lleno de entusiasmo—. Hola Hielo, ¿qué tal? —saludó a Maverick, que estaba apoyado despreocupadamente en su camioneta y se inclinó para chocar los cinco con Ted.

—¿Cómo te fue en la escuela? —preguntó Mav, levantando a Ted en brazos.

—Estuvo bien. Hicimos poinsettias. Si quieres, te doy las mías.

—Muy amable de tu parte. Pero será mejor que se la des a tu madre. Si no, se pondrá triste.

—Podemos hacerle una estrella nueva. Te enseñaré a doblarla. Entonces tú también puedes hacer una estrella para ella. Mamá, ¿quieres que Hielo te haga una estrella de Navidad?

Me mordí la lengua en un intento de permanecer seria. Era evidente que me resultaba difícil. Porque Ted parecía estar encantado de que Maverick fuera a recogerle al colegio y le hablaba como una cascada sin fin. Mav, en cambio, le escuchaba pacientemente y era evidente que se lo estaba pasando en grande.

—¿Por qué no elige Hielo el árbol de Navidad con nosotros este fin de semana? Podría ayudarnos a decorarlo y luego vosotros dos podríais hacerme una flor de Pascua —sugerí, sintiendo la cara de sorpresa de Mav—. A menos que estés demasiado cansado después del partido contra los *Blizzards de Ontario* del viernes para pasar el sábado con nosotros —le ofrecí una salida sin complicaciones.

Ted asintió con entusiasmo y el Lobo de Hielo sonrió ampliamente.

—¿Eso es un sí, Melody?

Me dejé contagiar por su sonrisa y le di la respuesta que ambos queríamos.

—Vamos a darle una oportunidad, sí.

Mav soltó un grito e hizo girar a Ted exuberantemente por el aire. Chillaba feliz y obviamente se sentía muy cómodo en los brazos de Maverick.

Mis dos chicos parecían felices y contentos.

Yo también. Más contenta y feliz de lo que había estado en muchos años.

MAVERICK



Los *Blizzards* fueron despiadados, sucios y provocadores desde el principio. Estaban casi dispuestos a liarse a puñetazos con nosotros. Intenté que no me sacaran de mi reserva y dirigí al equipo con seguridad durante el primer periodo.

—Marcador —grité cuando el árbitro hizo sonar su silbato.

—Smith, Spencer, Wellington y Derek han caído —me informó Samson—. Los cabrones conocen nuestros puntos débiles. Saben exactamente dónde clavarnos sus palos de hockey.

—Dejemos a Wellington y Derek en el banquillo para el próximo periodo. Samson y yo nos quedaremos en el hielo por ellos.

El entrenador me miró con escepticismo.

—Te sacarán, Hielo.

—Tendrán que ir a por mí primero. Haz que Wellington y Derek reciban tratamiento para que estén listos para el último periodo. Confía en mí, entrenador. Lo solucionaré.

—De acuerdo. Samson y Wolf quédense en el hielo —ladró el entrenador al equipo y les dio una patada en el culo a todos antes de que el equipo volviera al hielo para el segundo periodo.

Como era de esperar, los *Blizzards* sintieron la sangre y me persiguieron por el hielo. Aunque la mayoría de las veces conseguí esquivar o bloquear a mis adversarios, tuve que soportar algunos duros golpes. Poco antes del final del segundo periodo, me sacaron del hielo porque caí en una colisión y sufrí una laceración encima del ojo izquierdo que requirió puntos de sutura.

—Dawson, están asistiendo a Cook con los puntos. Hay que hacerlo rápido para que Wolf pueda salir —exigió el entrenador, señalando a Melody, que me miraba con expresión preocupada—. ¡Vamos, vamos! Quizás pueda volver al hielo antes de que acabe el tercer periodo.

En silencio, Melody se arrodilló junto al médico, que me limpió la sangre de la cara y le entregó las herramientas para coserme la herida abierta.

—Estoy bien —susurré mientras el ayudante del doctor Logan se daba la vuelta y rebuscaba en su bolso.

Acaricié el dorso de la mano de Melody. Para mi sorpresa, me cogió los dedos y me los apretó con fuerza.

—Cuídate, por favor.

—Te lo prometo —acaricié su mejilla sin que se diera cuenta y me levanté—. Listo, entrenador.

—Pues sal al campo y acaba con ellos. ¡Sierra! ¡Cambia! Wolf va a entrar.



Después del partido, agotado, me desplomé en el banquillo de los vestuarios y escuché las risas de mis compañeros, que se creían imbatibles tras nuestra tercera victoria consecutiva. Por una vez, les dejé salirse con la suya. Realmente se lo merecían después de la dura batalla. Sobre todo porque el partido contra los *Blizzards* había sido el último antes de Navidad. Era el momento de recargar las pilas y la motivación y prepararse mentalmente para el apretado calendario de partidos después de Navidad.

Me costó no hacer una mueca de dolor mientras me quitaba la equipación y metía mi maltrecho cuerpo en la ducha.

Por suerte, no tenía que asistir a la rueda de prensa obligatoria. Así que pude tomarme mi tiempo y esperar a que todos los jugadores salieran del vestuario. No quería que mis compañeros vieran lo mucho que había aguantado. Como capitán del equipo, no me correspondía mostrar debilidad.

Cansado, cerré los ojos y apoyé la cabeza en la pared. La herida que tenía sobre el ojo me palpitaba desagradablemente por el agua caliente de la ducha que me pasaba por la cara.

Cuando volví al banco, Melody estaba sentada, mirándose las manos en silencio.

—Hola —dije sorprendido y me senté a su lado, dejando escapar un suave gemido.

—Quería ver cómo estabas.

—¿Negocios o placer?

—Las dos cosas. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—No me mientas, Hielo. Estaba muy preocupada por ti.

Suspiré.

—Puede que me haya dado un pequeño golpe. Pero no vale la pena mencionarlo.

—¿Quieres que eche un vistazo a lo que no vale la pena mencionar?

—¿Profesional o privadamente?

—Maverick...

Me reí suavemente y le pasé el brazo por los hombros.

—¿Crees que podrías ponerte un ajustado y corto traje de enfermera con cremallera en los pechos y atenderme bien?

—Eres imposible —rio Melody.

—Estamos en un vestuario de hockey sobre hielo. ¿Qué esperabas? La charla sexista de bajo nivel es obligatoria aquí.

—Puedo entender que quieras cancelar lo de mañana y tomártelo con calma. Ted también lo entendería.

—Eso está fuera de discusión. No me lo voy a perder.

—¿Estás seguro?

—Cien por cien. ¿Podemos volver a hablar del traje de enfermera ahora?

Melody se levantó sacudiendo la cabeza.

—Pronto será Navidad. Ponlo en tu lista de deseos, Hielo.

—¿No crees que Papá Noel es demasiado mojigato para esos deseos?

—Papá Noel podría serlo. Pero yo no.

Gruñí con lujuria y me acerqué a Melody. Pero ella me esquivó, riéndose, y me dio una palmada en el brazo.

—¿Cuántos de esos deseos puedo pedirte?

Había un brillo febril en sus ojos mientras se inclinaba hacia mí.

—Tantos como creas que puedes soportar, Hielo. Pero no sobreestimes tu resistencia. Las enfermeras pueden ser muy exigentes y desafiantes —susurró, rozándome la mejilla con los labios—. Te veré por la mañana. Estoy deseando leer tu lista de deseos.

MELODY



Ted ya estaba levantado muy temprano esperando la llegada de Mav.

—Mamá, no puedes desayunar sin Hielo. Eso es de mala educación —me reprendió y me quitó el panecillo de la mano para ponerlo de nuevo en el plato.

—Ni siquiera sabemos cuándo va a venir Hielo, Teddy. Es muy posible que se quede durmiendo después del partido de ayer.

—Me prometió que estaría con nosotros para el desayuno.

—No deberías molestar siempre así a Hielo, cariño —dije suavemente y acaricié la espalda de Ted.

En ese mismo momento, oí el ruido de un coche que se detenía junto a la casa. Ted salió corriendo y abrió la puerta de un tirón. Le seguí, sonriendo.

—¿Por qué no dejas salir primero a Hielo? —llamé desde el porche y le hice una seña a Mav, que abrió la puerta con cuidado para no golpear en la cabeza a Ted, que esperaba justo fuera.

Poco después estábamos sentados alrededor de la mesa del desayuno y escuché a los dos chicos hablar del partido del día anterior. Una vez más, me maravilló el respeto y la paciencia con que Maverick respondía a la chachara infantil y bulliciosa de Ted.

Me senté en silencio y fotografié con el alma el espectáculo de los dos completamente absortos en su discusión.

Mav puso su mano en mi muslo por debajo de la mesa y la dejó reposar. Puse mi mano sobre la suya y la estreché con fuerza. Un gesto íntimo, aunque inocente, que me pareció completamente natural y absolutamente correcto.

—Sube y cámbiate, Ted. Si no, cuando lleguemos ya se habrán vendido todos los árboles de Navidad —le pedí, mientras ponía en el lavavajillas los platos que Mav me había pasado.

—En realidad pensaba que íbamos a ir al bosque y elegir el árbol de Navidad más bonito que hubiera —respondió Mav, desconcertado—. ¿Quieres *comprarlo*?

Me miró como si yo hubiera hecho una sugerencia totalmente absurda.

—Creía que cortar el árbol de Navidad y llevarlo a casa en trineo sólo se hacía en las películas.

Mav sonrió y me acarició suavemente el pelo por detrás de los hombros.

—Qué mona eres —se inclinó hacia delante y posó tiernamente sus labios sobre los míos.

Miré a Ted alarmada, pero estaba de pie en la esquina, sonriendo con complicidad.

—Teddy, en lo que a Hielo y a mí respecta... —me separé de Hielo y me acerqué a mi hijo.

¿Cómo demonios explicaba una madre a su hijo de seis años que se había enamorado? Ted ni siquiera sabía lo que eso significaba. Estaba claro que no quería tener esta conversación aquí, no

ahora y no así con Ted.

—¿Te gusta Hielo? —preguntó Teddy.

Me arrodillé frente a él y lo tomé en mis brazos.

—Sí, me gusta. Muchísimo.

Ted jugó con mi pelo y miró contento a Mav.

—A Hielo también le gustas.

—¿Tú crees?

—Sé que le gustas. Me lo dijo.

—¿Te lo dijo? —alcé las cejas significativamente y miré a Maverick.

—Sí, lo hizo —sonrió y se acercó a nosotros.

—¿Te parece bien que Hielo y yo nos gustemos, Ted?

—Claro. Hielo te protege, dice. Y a mí.

—¿Tienes miedo, cariño? —acaricié el pelo rubio de Ted con ansiedad.

—Hielo dice que no tengo que tener miedo. Así que ya no lo tengo.

Con esas palabras, subió corriendo a su habitación para cambiarse para la caza del árbol de Navidad.

Me enderecé y me giré hacia Mav.

—Veo que no sólo habláis de hockey.

—Estamos hablando de hockey y de mujeres.

—¿En serio? Es una combinación interesante. ¿Y qué habláis de mujeres?

—¿Sabías que Ted está enamorado de Sally, de segundo curso?

Se me cayó la mandíbula.

—No. No lo sabía. ¿Por qué te contaría algo así a ti y no a mí?

Mav se encogió de hombros y me guiñó un ojo.

—Así hablan los hombres, nena.

—Y una mierda. Quiero saberlo todo.

—No puedes. Estrictamente confidencial —se rio.

—Mamá, no encuentro mi jersey verde con renos —llamó Ted desde arriba.

—Enseguida voy, cariño —le contesté—. Y en cuanto a tu charla de chicas, Hielo, hablaremos de eso más tarde.



Como no teníamos trineo, telefoneé a Amy, que enseguida se ofreció a prestarnos los trineos de Maya y Sam. Nos dirigimos a casa de Amy, donde cargamos los trineos en la parte trasera del camión de Maverick.

Había que reconocerle a Amy que, por una vez, se contuvo en sus comentarios ambiguos y, en lugar de eso, se despidió de mí con un fuerte abrazo.

—Lláname —susurró y cerró la puerta del asiento del copiloto con un gesto de la mano.

Nos detuvimos en un aparcamiento forestal poco frecuentado a unos quince minutos del *Valle Ártico* y caminamos juntos por el sendero cubierto de nieve que se adentraba en el bosque nevado de invierno. Ted se sentó en uno de los trineos, que Mav tiró detrás de él aparentemente sin esfuerzo. Yo tiraba del segundo trineo y agarraba con fuerza la mano de Maverick. Incluso a través de los guantes, podía sentir el calor que irradiaba.

El sol que se asomaba entre las copas de los árboles calentaba el aire frío y hacía brillar el

paisaje nevado. En las ramas se posaban torcaces de un rojo intenso y piquituertos de un naranja brillante que nos miraban con curiosidad. En algún lugar, un pájaro carpintero peludo trabajaba afanosamente en el tronco de un árbol. En la nieve que nos rodeaba había innumerables huellas de animales que Ted, con la ayuda de Mav, identificó como bisontes, alces y renos.

Me asombró lo bien que conocía el Lobo de Hielo la naturaleza y me encantó ver lo entusiasmado que estaba Ted con ella.

Nos detuvimos frente a un pequeño pinar y Ted bajó del trineo para examinar y evaluar críticamente cada uno de los árboles junto con Mav.

Observé divertido cómo los dos chicos buscaban concienzuda y obedientemente el árbol de Navidad perfecto y guardé este momento idílico y verdaderamente perfecto en lo más profundo de mi alma para poder desenterrarlo y sacar energía de él en días menos perfectos.

—Ya lo tenemos —gritó Ted, haciéndome señas impaciente para que me acercara.

Cogí el hacha que había traído Mav y me acerqué a ellos. Me detuve frente a un abeto notablemente tupido de un metro sesenta de altura que acababa de crecer.

—Un ejemplar realmente hermoso. Me gusta —elogié al orgulloso Ted y le entregué el hacha a Mav.

Observé con una mezcla de orgullo y admiración cómo el Lobo de Hielo derribaba el árbol para nosotros con golpes potentes y bien dirigidos. Ese alfa sin parangón destilaba poder y sex appeal con cada fibra de su cuerpo.

Cuando se levantó, sus ojos se cruzaron con los míos. Reconoció mis pensamientos de inmediato y el brillo diabólico de sus ojos me hizo sospechar que pensaba y deseaba exactamente lo mismo que yo.

Aunque me habría encantado saltar sobre él de inmediato, disfruté de la chisporroteante atmósfera que se estaba creando entre nosotros y supe que sería épico cuando la tensión sexual se liberara por fin en un brillante espectáculo de fuegos artificiales.

—¿Puedes ayudarme a cargarlo en el trineo y atarlo? —Mav se dirigió a Ted, que inmediatamente se puso manos a la obra.

Poco después, estábamos caminando por la nieve de vuelta al aparcamiento. Mientras Maverick balanceaba el árbol de Navidad detrás de él en su trineo, Ted se sentó en el trineo, que yo tiré a través de la nieve.

De repente, Mav se detuvo y nos hizo un gesto para que hiciéramos lo mismo.

—Un zorro ártico —siseó fascinado y estiró el brazo.

Seguí su ejemplo y divisé una pequeña bola blanca que se abría paso entre las masas de nieve con la destreza y rapidez de una comadreja.

—¡Qué mono! —susurré encantada y miré al zorro blanco, que se mimetizó perfectamente con el paisaje nevado hasta desaparecer detrás de un banco de nieve.

Era asombroso de qué obras maestras artísticas era capaz la naturaleza. Y aún más asombroso que los humanos rara vez nos tomáramos el tiempo de apreciarlas como es debido.

Cuando llegamos al aparcamiento, liberamos el árbol de Navidad de su capa de azúcar glaseado blanco y lo cargamos en el camión junto con los trineos. Me acurruqué en el asiento calefactado y disfruté de la acogedora calidez de la mano de Mav sobre mi muslo, con la que relajadamente, aunque de forma inequívoca, marcaba su reivindicación de propiedad. Yo imité el gesto, pues también sentía el irrefrenable impulso de reclamar el Lobo de Hielo para mí sola.

Pasamos el resto del día llevando el árbol a la casa y colocándolo, decorándolo con los adornos que compré con Amy en nuestro último viaje de compras. Bebimos chocolate caliente y chai latte con canela, comimos los hombrecitos de jengibre que Ted y yo horneamos el jueves

anterior por la noche. Dejamos que las canciones festivas que sonaban en la radio nos llenaran de ilusión por la Navidad.

Mientras Mav y Ted preparaban la flor de Pascua que Ted me prometió en la mesa del salón, yo encendí las velas aromáticas caseras que compré en la tiendecita de enfrente del colegio de Ted.

Los aromas de cardamomo y mandarina, canela y vainilla, manzana asada y caramelo, teca y abeto, ámbar y grosella negra llenaron las habitaciones de nuestro acogedor hogar y se mezclaron con el intenso olor a madera del crepitante fuego.

Tras una copiosa cena de *macarrones con queso*, nos acurrucamos en el sofá y dejamos que el hermoso y lleno de acontecimientos día llegara a su fin con “Santa Clause”, un clásico maravilloso.

Ted tardó menos de veinte minutos en cerrar los ojos en el regazo de Mav.

Una vez que lo llevé a su cama y lo arropé, volví al salón entusiasmada por disfrutar de unas horas de preciosa compañía con mi Lobo de Hielo. Pero, para mi decepción, no era un Lobo de Hielo siempre listo, sino uno felizmente dormido el que me esperaba en el salón.

Por mucho que me hubiera gustado llevármelo a mi dormitorio y comérmelo allí, no tenía valor para despertarlo y privarlo de su sueño con mis necesidades. Después de todo, se merecía una buena noche de sueño tras el brutal partido del viernes y el viaje de hoy al aire libre con nosotros.

Dejé a un lado mis fantasías lujuriosas y en su lugar cogí una manta de lana del montón, que utilicé para cubrir al Lobo de Hielo. Acaricié con ternura sus rizos y sentí un abrumador tirón en el pecho.

Así debe ser la felicidad perfecta.

Gratitud infinita.

Humildad sin límites.

Pura alegría de vivir.

Le di las gracias a Dios, o a lo que fuera que estuviera ahí fuera velando por nosotros, por enviar a Maverick Wolf a nuestras vidas. Porque este hombre era todo y mucho más de lo que jamás me había atrevido a soñar.

MAVERICK



Cuando me desperté, al principio no sabía dónde estaba. Miré alrededor de la habitación, que estaba envuelta en la oscuridad, y me relajé cuando me di cuenta de que estaba exactamente donde se suponía que debía estar: con Melody.

Sin embargo, no veía a Melody por ninguna parte. Un vistazo a mi reloj de pulsera me dijo que debía haberse acostado hacía rato.

Como no quería perder ni un segundo más sin ella, me levanté del sofá y subí en silencio las escaleras hasta su dormitorio. Calientes recuerdos de lo que Melody y yo habíamos hecho en este mismo dormitorio hacía una semana aparecieron en mi mente y se me metieron directamente entre las entrañas.

Giré el pomo y abrí la puerta con cuidado.

A la tenue luz de la luna, reconocí a Melody durmiendo profundamente, acurrucada en su almohada. Su respiración era tranquila y regular. Su rostro parecía completamente despreocupado.

Con cuidado de no despertarla, me desnudé y me metí en la cama, maravillosamente caliente, junto a ella.

Mi polla voraz, que parecía decidida a compensar la sequía de los últimos tres años, presionaba exigente contra el trasero de Melody, pero resistí el impulso de despertarla para satisfacer mis necesidades. Además de su trabajo, que realizaba tan diligente y concienzudamente, también cuidaba de su hijo pequeño con devoción y cariño. Era una mujer poderosa con un corazón de oro. Por eso se merecía dormir hasta tarde y relajarse, en lugar de que yo la mantuviera en vilo media noche con mis fantasías salvajes y la llevara al límite de mi lujuria.

Me acurruqué contra el seductor cuerpo de Melody y saboreé su cercanía, el calor que irradiaba y el seductor aroma a pachulí y canela que inundaba mis sentidos y me hacía suspirar suavemente.

Mientras hundía la nariz en el pliegue de su cuello y mi mano se cerraba en torno a su suave pecho, pensé en la increíble suerte que tenía de que el destino me hubiera enviado un ángel de Navidad. El ángel más sensual, agudo y admirable que podría haber deseado.

Más, mucho más de lo que jamás me había atrevido a esperar y soñar.

Con un abrumador sentimiento de gratitud, felicidad y satisfacción, me deslicé hacia el país de los sueños por segunda vez aquella noche, completamente desprendido.



La tierna caricia de los dedos de Melody recorriendo mi cuerpo hacia el sur me despertó temprano a la mañana siguiente. Abrí los párpados de plomo y me di cuenta de que estaba tumbado boca arriba, completamente desnudo. Melody, que también estaba desnuda, se arrodilló entre mis piernas y en ese momento agarró mi polla palpitante, que descansaba rígida y pesada sobre mi estómago.

—Buenos días —arrulló y empezó a acariciar mi excitada virilidad con las manos.

—Me parece una mañana absolutamente fantástica —jadeé, saboreando la atención que me estaba prestando.

—Tienes más manchas que un dálmata, Hielo. Eso debe doler muchísimo.

—Si te digo que tienes toda la razón, ¿la cuidarás? ¿Como mi enfermera personal?

Tensé los músculos del estómago y empujé sus movimientos con la pelvis.

—¿Ya es Navidad? —respondió burlonamente y aumentó la presión alrededor de mi miembro.

—Definitivamente lo parece —murmuré y me retorcí bajo su agarre.

—Bueno, entonces estoy deseando ver cómo te sientes —Melody se inclinó hacia delante y, antes de que me diera cuenta de lo que estaba a punto de hacer, su dulce boca ya estaba rodeando mi pene de placer y empezando a chuparlo.

Como si supiera lo que esta sensación me estaba haciendo, alargó el brazo que tenía libre y me tapó la boca con la mano para detener el grito animal que se escapó de mi garganta.

—Oh, Dios, nena, me estás matando —grazné, intentando desesperadamente bajar la voz. Busqué a tientas la almohada y me la apreté contra la cara para ahogar mis gritos de éxtasis.

Melody me chupaba la polla con devoción, con tanta fruición como un caramelo de hielo, volviéndome completamente loco.

La agarré del pelo con la mano libre para sujetarle la cabeza y le follé la boca descaradamente en un arrebato de codicia sin límites.

A juzgar por sus gemidos lujuriosos, esta salvaje cabalgada la satisfacía tanto como a mí. Mi polla seguía hinchándose en su boca mientras ella gemía. Palpitaba casi dolorosamente entre sus labios y suplicaba ser liberada.

—Estoy a punto de correrme, nena —un cálido escalofrío recorrió mi cuerpo y aflojé mi agarre para liberarla.

Melody agarró la raíz de mi palo del placer con una mano y lo trabajó sin descanso mientras su boca lo chupaba incansablemente. Con la otra mano masajeaba mis pesados huevos, que se contraían de placer bajo sus hábiles dedos y anunciaban mi imparable orgasmo.

Me vertí duro y largo en la boca hambrienta de Melody. Mientras me apartaba la almohada de la cara y veía a Melody lamer mi cremoso jugo de sus labios hinchados, me invadió un segundo orgasmo no menos intenso.

Con las mejillas sonrojadas y el pelo despeinado, Melody se sentó entre mis piernas abiertas y me miró expectante con ojos febrilmente brillantes.

—¿Te ha gustado? —le pregunté con voz ronca.

Asintió con la cabeza y sus mejillas enrojecieron.

Mi ángel me mimó con una mamada fenomenal y le dio tanto placer dármele como a mí recibirla.

Vaya.

Al darme cuenta de esto, me invadió una cálida oleada de afecto, que fue sustituida al instante siguiente por una oleada de ardiente pasión cuando Melody empezó a hacer rodar sus yemas rígidas entre el índice y el pulgar, jugueteando burlonamente con sus pechos turgentes.

—¿Lo necesitas, nena? —mi voz sonaba oscura y áspera. No podía apagar el fuego infernal que esta mujer estaba provocando en mi interior. Ni siquiera lo intenté.

—Sí —exhaló, arqueando la espalda.

—¿Quieres mi polla o vas a hacerlo tú misma?

—Tu polla. Por favor —cerró los ojos y tragó saliva, abrumada.

—Vas a tenerla, nena. Te la voy a meter hasta el fondo y voy a llenar tu apretado coño hasta el borde.

—Hielo... —ella gimió de agonía y dejó que su mano izquierda se deslizara entre sus piernas.

—Te quiero a cuatro patas. ¡Ahora!

En la mesilla de noche de Melody encontré los condones que había dejado allí la última vez con la esperanza de continuar nuestra noche desinhibida.

Impaciente, me puse uno de los condones y me arrodillé detrás de ella.

Le agarré la nuca y con la otra mano metí la mano en su hendidura para comprobar si estaba lista para mí.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mi rostro cuando su humedad mojó mi mano.

—Eso es, nena —la elogí— no puedes esperar a que te lo haga.

Cogí mi polla con la mano y se la introduje con cuidado. Ella la encajonó en su apretado centro, la apretó, la ordeñó, la chupó profundamente hasta que desapareció por completo entre sus muslos.

Solté un gruñido primitivo y agarré sus caderas curvilíneas, saboreando la vista de sus firmes nalgas, que ella estiró hacia mí con confianza.

Empecé a penetrarla a un ritmo pausado y pronto me di cuenta de que ni ella ni yo estábamos satisfechos con aquel ritmo relajado.

Queríamos más. Necesitábamos más.

Aumenté la velocidad e intensifiqué la dureza de mis embestidas.

—Una vez a la semana no es suficiente, nena —resoplé excitado mientras bombeaba incesantemente dentro de ella—. Soy adicto a ti. Tengo que tenerte todos los días. Todas las noches. Dios, quiero follarte antes de cada maldito partido, Melody. Y después. Y en los descansos entre partidos.

Gimió suavemente y se dejó caer sobre los antebrazos.

—Te la voy a meter ahora y luego hablaremos de cuántas veces a la semana puedo follarte a partir de ahora.

La piel de gallina se le formó en la columna vertebral y le subió hasta los hombros. Parecía gustarle la idea de que la complaciera con regularidad.

—Dime que sólo yo puedo montarte, nena —jadeé y solté una mano de su cadera para frotar su perla.

—Yo... —Melody se interrumpió y suspiró de felicidad mientras mis dedos separaban sus labios y acariciaban burlonamente su punto más sensible.

—Dímelo. Dime que sólo yo tengo acceso a tu dulce coñito —la embestí con empujones rápidos y bien dirigidos y la sentí a punto de soltarse.

—Necesito saberlo. Dime que ningún otro hombre puede tocarte. Que sólo me perteneces a mí. Igual que yo te pertenezco sólo a ti. Sólo tú puedes cabalgar mi polla, nena. Sólo me corro en

tu boca. Yo sólo me corro en ti.

Melody se incorporó. Un sollozo escapó de su garganta y su apretado centro se estrechó hambriento alrededor de mi poste del placer.

—Sólo te deseo a ti —afirmó sin aliento mientras el orgasmo sacudía su cuerpo.

La saqué, la tumbé boca arriba, me tumbé sobre ella y la penetré de un solo y firme empujón.

—Dímelo otra vez —le pedí—. Dímelo.

Impulsado por la codicia y la lujuria, bombeé en su centro empapado y me estremecí cuando me susurró al oído que era mía.

Sólo mía.

La solté y me estremecí con otro clímax espeluznante. Alimentado por los sonidos apagados y animales que acompañaban mi orgasmo, tiré de Melody conmigo.

MELODY



Mav y yo dormimos abrazados después de la prolongada sesión de ejercicios al amanecer con mi indomable Lobo de Hielo. Unas horas más tarde, nos despertó un fuerte estruendo procedente de la cocina.

Ted estaba intentando hacer tortitas, que acabaron con dos huevos rotos en el suelo y un montón de harina derramada sobre la mesa del comedor. Por lo menos sabía qué ingredientes había en la masa de las tortitas.

Mav limpió el desastre sin pestañear. Ted le ayudó y apenas podía creer la suerte que tenía de que su gran amigo también pasara el domingo con él. Hice un segundo intento con las tortitas y nos preparé un buen desayuno de domingo.

Hacia la hora de comer, Amy llamó y preguntó si Ted y yo queríamos ir al desfile de Navidad en el centro del *Valle Ártico*. Con la Navidad a la vuelta de la esquina, el *Valle Ártico* estaba repleto de eventos navideños.

Mav me rodeó la cintura con sus brazos y se ofreció a acompañarnos. Me hice caso a mí misma y, como me parecía lo más correcto y completamente natural, acepté.

Un tiempo después, estábamos de pie junto a *Arctic Lane*, admirando las carrozas decoradas con todo lujo de detalles que bajaban lentamente por la calle acompañadas de música navideña tradicional.

Un Papá Noel tras otro nos saludaba. Papá Noel en un trineo lleno de renos, en una moto de nieve, en un carruaje con osos polares e incluso en una moto hecha de bombillas de colores. Los elfos navideños se mezclaban con ángeles de espumillón, regalos humanos de gran tamaño, los Reyes Magos con auténticos alces disfrazados de camellos y árboles de Navidad andantes. La imaginación de los habitantes del *Valle Ártico* parecía no tener límites.

Pocas veces había visto a Mav tan exuberante y alegre como durante esa cabalgata. Él y Bryan charlaban a mi derecha sobre el coche de bomberos del expreso polar que acababa de pasar, mientras los niños se afanaban en recoger los caramelos que los participantes en el desfile repartían entre los pequeños residentes del *Valle Ártico*. Amy escuchó que en una de las tiendas vecinas vendían vino caliente y fue a buscar unas tazas.

Dejé que mi mirada recorriera despreocupada el centro de la ciudad, decorado festivamente, y me sentí perfectamente feliz y en casa.

Eso cambió bruscamente cuando creí reconocer una cara demasiado familiar entre la multitud del lado opuesto de la calle. Se me heló la sangre.

Josh.

Pero eso era imposible.

¿Verdad?

Un trineo navideño de gran tamaño con un árbol de Navidad me tapó la vista. Cuando por fin despejó mi campo de visión, ya no pude ver la figura que me dejó sin aire en los pulmones.

—Parece que estás en un tren fantasma, no en un desfile de Navidad. ¿Estás bien, Mel? — Amy me pasó una de las cuatro tazas humeantes, que equilibró hábilmente.

Agarré la taza caliente con las manos, pero ni el calor que emanaba de la taza ni el líquido de alta graduación que estaba vertiendo en ella podían disipar el frío paralizante que se extendía en mi interior y se abría paso hasta mis entrañas.

—Está aquí —murmuré, aturdida y en voz tan baja que sólo Amy pudo oírme.

Mis ojos se posaron en Ted e instintivamente me puse detrás de él.

—¿Quién está aquí? ¿Ted? ¿Hielo?

—Josh —dije casi sin voz.

—¿Josh? —siseó Amy con asombro.

Asentí con la cabeza.

—Eso es imposible.

—Lo sé. Pero no me lo estoy imaginando...

—Tal vez fue alguien que se parece a Josh. ¿Cómo sabría que estabas aquí?

—No lo sé.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y mis manos empezaron a temblar incontrolablemente.

—Melody —Amy me puso una mano tranquilizadora en el hombro—. Cálmate y respira hondo. Estoy segura de que hay una explicación lógica para tu observación y no es Josh. Estás viendo fantasmas. Mañana a la mañana llama a tu contacto del Departamento de Policía de Miami y te dirá lo mismo que yo, que estás a salvo.

—¿Y si no lo estoy?

—¿Pasa algo? —Maverick se unió a nosotros y me levantó la barbilla escrutadoramente.

Luché conmigo misma, preguntándome si debía contarle mi aterrador y misterioso avistamiento o dejar nuestra fresca felicidad al margen de mis preocupaciones. Al menos hasta que llamara a Miami y me aclarara las ideas.

—Estoy bien —respondí con evasivas, pues no quería mentir a Maverick.

Y era cierto: estaba bien. Estaba mejor de lo que estuve en años. Aparte del susto que me dio el supuesto doble de Josh, estaba bien y no iba a dejar que mi ex marido, aunque estuviera a miles de kilómetros de Miami, me asustara y me destrozara la vida por tercera vez.



El lunes por la mañana, Maverick se fue a entrenar y se llevó a Ted con él para dejarlo en casa de Amy que, a diferencia de mí, ya estaba disfrutando de unas merecidas vacaciones de Navidad. Pasé la mañana distrayéndome envolviendo regalos, cosa en la que sólo tuve un éxito moderado. A las once no pude aguantar más y llamé a la única persona en la que confiaba del Departamento de Policía de Miami, donde mi ex marido trabajó hasta su detención, con el número en privado.

—Williams —contestó el detective Cameron Williams con su habitual impaciencia en la voz.

—Cam, soy yo, Melody.

—Espera un momento —me indicó bruscamente el detective.

Se oyó un crujido y un susurro en la línea. Luego oí que se cerraba una puerta y Cameron se aclaró la garganta.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Jugueteé con la cremallera de mi sudadera e intenté parecer tranquila y organizada por fuera.

—¿Os habéis instalado bien?

—Sí, nos gusta estar aquí.

—Pero no me llamas para hablarme del tiempo, ¿no?

—No. Suspiré y respiré hondo para contarle a Cam mi inquietante observación.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y casi pensé que se había cortado cuando Cam tosió suavemente.

—Está en mi radar, Melody. Que yo sepa, no ha cogido un avión. Ni a Canadá ni a ningún otro sitio. Mi compañero de seguridad de vuelo me habría llamado enseguida.

Cam le hizo un gran favor a su contacto en seguridad de vuelo al poner extraoficialmente a Josh en la *lista de vigilancia*. Así que si Josh reservaba un billete de avión, no importaba dónde, Cam recibiría inmediatamente un mensaje de la seguridad de vuelo.

—¿Conoces su paradero actual? ¿Alguien lo ha visto en Miami recientemente? ¿Sus antiguos compañeros de la brigada?

—Ya casi nadie está en contacto con él, y los que le ven no me lo dirían. Envié una patrulla de paisano a su casa la semana pasada. Vive en un piso en North Miami.

—¿Le encontraron allí?

—Sí, lo hicieron, Melody.

—Pero desde entonces, podría estar en cualquier parte...

—No en cualquier parte. ¿Cómo pudo llegar desde Miami hasta ti en pocos días sin un avión? No es tan sencillo.

—Pero no puedes descartarlo, ¿verdad?

El silencio de Cam me dijo que tenía razón, aunque me habría encantado equivocarme.

—Enviaré una patrulla a su casa hoy y haré que me envíen una foto, ¿vale? Vuelve a llamarme esta noche, entonces lo tendremos claro. Hasta entonces, intenta mantener la calma y pensar con claridad. Sólo si piensas con claridad podrás mantener el control en cualquier situación. ¿Entendido?

—Entendido —murmuré en voz baja.

—Hasta luego, Melody. Estoy segura de que esta noche las cosas saldrán bien. No te preocupes.

—De acuerdo —asentí con poca convicción y colgué.

Bajé a prepararme un almuerzo rápido en la cocina antes de dirigirme al estadio de los *Bears*, donde trataría a algunos de los jugadores por la tarde. Después, Mav y yo teníamos una cita con la dirección para anunciar nuestra relación. Para mí era importante jugar con las cartas abiertas desde el principio y, afortunadamente, Maverick accedió a esa transparencia en cuanto se lo pedí.

Perdida en mis pensamientos, dejé que mi mano se deslizara por la barandilla. Me detuve bruscamente en el último escalón y, por reflejo, me agarré el pecho. Mi corazón se detuvo por completo antes de martillar con fuerza contra mi caja torácica que estaba a punto de romper los huesos en cualquier momento.

—Hola, cariño —me saludó la voz que no quería volver a oír.

Josh estaba sentado en el sofá con los brazos relajados sobre el respaldo.

Su ropa parecía sucia y una mirada a sus ojos bastaba para saber que había estado bebiendo.

—¿Qué haces aquí, Josh?

Me molestó mi voz delgada, que delataba mi miedo.

—¿Es esa forma de saludar a tu marido?

Seguía tranquilamente sentado en el sofá, actuando como si fuera lo más normal del mundo irrumpir en casa de su ex mujer en pleno día, de quién además había obtenido una orden de alejamiento.

—Ex marido y ni siquiera te has ganado ese título —susurré, tratando de calmarme. Porque en ese momento no podía pensar con claridad.

—Ningún tribunal de este mundo puede separar lo que tú y yo nos juramos en el altar, Melody. Para bien o para mal. Hasta que la muerte nos separe.

—Sólo puedes culparte a ti mismo por eso. Si no hubieras cambiado de bando y aceptado el dinero manchado de sangre, no estaríamos teniendo esta conversación ahora mismo.

—Sabes que hice esto por nosotros.

—¡Tonterías! —dije fuertemente—. Estábamos bien. Nada en el mundo justifica que ayudes a los capos de la droga a inyectar su inmundicia en las venas de miles de personas. ¿Sabes a cuánta gente has matado indirectamente?

Josh se rio burlonamente.

—Si no les hubiera ayudado, habría sido otra persona. Hay más policías corruptos en Miami que arena en la playa. Y los yonkis consiguen su mierda de cualquier manera. Es su libre elección joderse a sí mismos.

—Doblas la realidad a tu gusto, ¿verdad? ¿En qué clase de mundo enfermo vives, Josh?

—Eso es lo que me he estado preguntando últimamente. Porque mi mujer sólo me engañaría con otro tío en un mundo que estuviera totalmente jodido.

Crucé los brazos delante del pecho y me abstuve de hacer comentarios. Era completamente inútil volver a explicarle que nuestro divorcio se produjo hacía seis años.

—¿Cuánto tiempo llevas follándotelo?

Permanecí obstinadamente callada y devolví la mirada de Josh, que se volvía cada vez más indiferente. La ira y la rabia ocuparon el lugar de la indiferencia, lo que hizo que mi corazón martilleara aún más fuerte contra mi pecho.

Mantén la calma y piensa con claridad, dijo Cam. *Sólo si piensas con claridad puedes mantener el control en cualquier situación*. Recordé sus palabras y traté frenéticamente de seguirlas.

—Háblame, Melody. ¿Cuánto tiempo llevas follándote a ese culo?

—¿Qué importa, Josh? Mi vida ya no es asunto tuyo. Deberías irte antes de que llame a la policía y denuncie el allanamiento de morada.

—No me voy a ninguna parte. Y tú tampoco vas a llamar a nadie.

—¿Qué estás haciendo aquí, Josh? ¿Qué quieres de mí?

Escondí las manos temblorosas detrás de la espalda y me regañé por dejar que me fallara la voz.

—Quiero a mi mujer y a mi hijo.

—No soy tu mujer y Ted no es tu hijo. Que tu esperma haya fecundado mi óvulo no significa que tengas derecho a llamarle hijo después de todo lo que has hecho.

—Cállate —siseó Josh enfadado, poniéndose de pie—. Es culpa tuya que nunca llegara a conocerlo. Nunca viniste a verme. Nunca me lo enseñaste. Sólo respondiste a una de mis cartas diciéndome que te divorciabas. Todo es por tu maldita culpa. Te fuiste a la mierda y me quitaste a mi hijo.

—Parece que tenemos diferentes puntos de vista sobre esto y no voy a cambiar el mío sólo porque irrumpas aquí y me amenaces. ¿Cuál es tu plan, Josh? ¿Vas a obligarme a volver contigo?

¿Cómo vas a hacer eso?

—Con el tiempo, me amarás como lo hacías antes de nuestra pequeña crisis. Todo lo que quiero es una segunda oportunidad. Empecemos de nuevo en algún sitio. Tú, Ted y yo. Tengo dinero, Melody. Mucho dinero. Está bien escondido en una cuenta *offshore* en las Caimán. Podemos emigrar al Caribe o a Sudamérica...

—No. No, no y no otra vez. No quiero ni un céntimo de tu puto dinero de la droga. El hecho de que aún lo tengas me repugna. Tú me das asco. No voy a ninguna parte contigo. Y Ted tampoco. Nos gusta estar aquí. No volverás a echarnos. ¿No es suficiente que hayamos tenido que dejar nuestro hogar por tu culpa?

—Nadie te obligó a irte de Miami. Y menos yo.

—Alguien intentó secuestrar a Ted. Y me dieron una paliza. ¿Eso te llegó? ¿Debería haber esperado a un segundo intento de secuestro? ¿O esperar a que me mataran a golpes en vez de que me dejaran media muerta la próxima vez? Esta gente nos perseguía por tu culpa, Josh. ¡Por tu culpa y tu mierda!

—Lo he solucionado, Melody. He pagado mis deudas. Te dejarán en paz. Si esa es la razón por la que te fuiste de Miami, puedes volver allí conmigo ahora.

Levanté los brazos y solté un grito de frustración.

—¿No lo entiendes, Josh, o no quieres entenderlo? Lo nuestro se acabó. Se acabó. Para siempre.

Josh se levantó y vino hacia mí. Retrocedí y después de tres pasos sentí la pared del salón a mi espalda.

Estaba atrapada.

—Pareces estresada, cariño. Pero eso se puede cambiar. Afortunadamente, aún sé muy bien lo que le gusta a mi mujer y cuál es la mejor manera de calmarla.

¿Se te puede helar la sangre en las venas y estar hirviendo en los oídos al mismo tiempo?

Miré horrorizada a Josh, que se estaba desabrochando el cinturón y los botones de los pantalones.

—Deja eso. No quiero esto —grazné asustada.

Sin inmutarse, se acercó a mí y apoyó los brazos en la pared, a izquierda y derecha de mí.

—Bésame —me ordenó.

—No. Giré la cabeza hacia un lado y cerré los ojos.

Bajó la boca hasta mi cuello y lo lamió con la lengua. Todo el contenido de mi estómago amenazaba con vaciarse y no podía respirar.

Josh me agarró la barbilla y tiró de ella hacia él. Apretó sus labios con fuerza contra mi boca e inclinó su pelvis contra la mía. Podía sentir su erección a través de la tela de sus vaqueros. Puro miedo mezclado con un pánico indescriptible. Cuando exigió entrar con su lengua, mi instinto de supervivencia se puso en marcha. Dejé que se saliera con la suya y mordí en cuanto su lengua se deslizó en mi boca.

Josh se tambaleó hacia atrás, maldiciendo, y yo aproveché la oportunidad para correr junto a él hacia la puerta principal. Pero gracias a sus años de experiencia policial, Josh tenía la ventaja de saber exactamente lo que yo iba a hacer. Me cortó el paso y me empujó hacia atrás.

Me apresuré hacia las escaleras. Tal vez podría saltar por una ventana hacia la libertad en el primer piso. Cuando llegué al tercer escalón, Josh me agarró por el pelo y tiró de mí escaleras abajo. Me bajó los leggings junto con los pantalones y me mantuvo cautiva en su férreo agarre. Detrás de mí, oí cómo sus pantalones caían al suelo.

—¿Por qué nos lo pones tan difícil a los dos, Melody? Ya verás, una vez que esté dentro, te

gustará.

Grité por mi vida e intenté zafarme del agarre de Josh, lo que resultó imposible debido a los leggings que me rodeaban los tobillos y a que Josh estaba sentado sobre mis pantorrillas.

—¡Suéltame, Josh! Por favor! —le supliqué, sintiendo las amargas lágrimas de desesperación goteando por mi mejilla.

—Me vas a suplicar que no pare, Melody —gruñó burlonamente.

Me preparé interiormente para lo que estaba a punto de suceder, pero al momento siguiente oí el grito agudo de Josh, seguido de un estruendo ensordecedor.

Estaba libre.

Por la razón que fuera, era libre.

Me levanté a toda prisa y me subí los leggings.

Cuando me di la vuelta, reconocí a Maverick arrodillado encima de Josh, golpeándole repetidamente con el puño. La sangre salpicaba en todas direcciones y los gritos de rabia de Maverick resonaban en la casa como un trueno ensordecedor.

—¡Te mataré! —gritó con odio, golpeando con el puño la cara de Josh. En ese momento, me recordó más que nunca a un peligroso Lobo de Hielo que mutilaba sin piedad a sus oponentes.

Con piernas temblorosas, subí corriendo las escaleras hasta la habitación de Ted y cerré la puerta tras de mí. Luego me desplomé impotente en el suelo y me rodeé las piernas con los brazos. Escondí la cara entre las piernas y sollocé en silencio. Todo mi cuerpo temblaba incontrolablemente y bloqueé todo lo que provenía de este mundo cruel que ya no comprendía. Deseé estar en una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento.

—Está en shock —acabé oyendo una voz a lo lejos— no responde... hospital...

Alguien me puso una manta sobre los hombros. Me levantaron la cabeza. Algo brilló en mis ojos y sentí un ligero pinchazo en el brazo.

Me pareció oír la voz de Amy, pero me desmayé antes de comprender lo que decía y con quién hablaba.

Mi cuerpo se relajó y mi mente se sumió en la oscuridad, desapegada y extrañamente liberada.

MELODY



Parpadeé, abrí los ojos y me di cuenta, confundida, de que no tenía ni idea de dónde estaba. Dejé que mi mirada recorriera la habitación. El mobiliario estéril y el intenso olor a desinfectante me hicieron creer que estaba en un hospital.

Pero, ¿por qué?

—¡Mel! —Amy entró corriendo en mi habitación con una jarra de agua y me abrazó tan fuerte que no podía respirar—. Gracias a Dios no te ha pasado nada. Siento mucho no haberte creído cuando me contaste lo de Josh en el desfile de Navidad.

¡Josh!

De repente, un flashback de recuerdos de los acontecimientos de ayer comenzó en mi cerebro. Josh en mi casa. Josh acosándome. Josh...

Ni siquiera podía expresar en mi mente lo que Josh casi me hace. Me negaba a creer que el hombre al que una vez amé con todo mi corazón fuera capaz de algo tan cruel.

—Por suerte, Hielo intervino. No puedo imaginar qué habría pasado de otro modo. El torrente de palabras de Amy se mezcló con la consternación y el horror que aún paralizaban mi cuerpo.

Hielo...

Los flashbacks cambiaron de Josh manteniéndome cautiva a Maverick tendiéndolo en el suelo como un animal salvaje.

—Ted no se dio cuenta de nada del drama, por cierto. Al contrario. Disfrutó de la inesperada fiesta de pijamas con Maya y Sam.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar en Ted y en lo que podría haber pasado si Mav no lo hubiera llevado con Amy por la mañana.

—No te alteres, Melody. Ya no puede pasarte nada. Josh es historia. De una vez por todas.

—¿Mav lo mató?

Me aferré al brazo de Amy y esperé fervientemente que no hubiera cumplido su amenaza.

Amy suspiró y me acarició el pelo tranquilizadamente.

—No quiero mentirte, Mel. Si la policía no lo hubiera detenido con tres hombres, el gilipollas de tu ex marido probablemente no estaría entre los vivos ahora mismo.

—No lo entiendo, Amy. Ya no entiendo nada. ¿Cómo sabía Josh dónde encontrarnos? ¿Cómo pudo salir de EE.UU. y entrar en Canadá sin ser visto? ¿Por qué Maverick no fue al entrenamiento? ¿Cómo se enteró la policía de todo? La cabeza me da vueltas...

Amy me tendió un vaso de agua y acercó una silla a mi cama.

—Bébetelo —me instó y esperó a que me terminara la bebida.

—Cuando Hielo dejó a Ted ayer por la mañana, le hablé de tu supuesta observación del día anterior. Estaba firmemente convencida de que te equivocabas, pero no podía descartar con certeza que hubiera algo en tu avistamiento. Así que quería que Hielo lo supiera. Parecía preocupado cuando se fue a entrenar y no me sorprendió especialmente cuando me llamó después del entrenamiento matutino para decirme que iría a tu casa para llevarte personalmente al trabajo y protegerte hasta que se resolviera el asunto.

—Eso explica por qué se presentó en mi casa tan inesperadamente...

—Quería que te sintieras segura y no tuvieras que pasar miedo.

—¿Y la policía?

—Hielo vio un coche extraño delante de tu casa y, cuando salió para mirar más de cerca, oyó fuertes gritos de auxilio procedentes de la casa. Tus gritos de auxilio. Me envió un mensaje: *llama a la policía*, decía. Entonces irrumpió en la casa.

—¿Y llamaste a la policía?

—Sí, desde el coche. Fui directamente al coche y me fui.

—¿Hacia dónde?

—A tu casa.

—¿Estabas conmigo?

Amy asintió y me miró con preocupación.

—Te encontramos en la habitación de Teddy. La policía llamó a los paramédicos. Te examinaron, pero no reaccionabas. Estabas allí y, sin embargo, de alguna manera no lo estabas. Así que te inyectaron un sedante y te llevaron al hospital para revisarte en paz.

—No me pasó nada. Pero si Maverick no hubiera aparecido... —me interrumpí y me tapé la boca con la mano.

—Me contó cómo te encontró, cariño —susurró Amy y me abrazó consoladoramente.

Me ruboricé. No quería ni imaginar lo que aquella visión debía haber desencadenado en Mav.

—¿Dónde está?

—Se lo ha llevado la policía. Tenía que hacer una declaración. Luego vino al hospital a ver cómo estabas. Pero el médico dijo que no querías despertarte a pesar del efecto del sedante. Posiblemente porque tu mente se niega a afrontar la realidad y necesita procesar lo que has vivido. Nos despidieron al final de la hora de visita.

—¿Y Josh?

—Le han puesto un parche y está bajo custodia pendiente de deportación.

—¿Cómo sabía dónde encontrarnos? ¿Y cómo nadie sabía que había viajado a Canadá? Eso es imposible...

Amy hizo una mueca de pesar.

—No puedo darte una respuesta definitiva a eso. Hacia la noche, tu móvil empezó a sonar como loco. Así que contesté. Alguien del Departamento de Policía de Miami estaba al otro lado de la línea.

—Cam...

—Así es, Cameron Williams. Parecía bastante preocupado y realmente quería hablar contigo. Cuando le dije por qué eso no era posible en ese momento, se dio cuenta de que su advertencia llegaba demasiado tarde. Josh utilizó sus contactos ilegales e hizo que le expidieran papeles falsos. Esto le permitió salir de EE.UU. sin ser detectado y entrar en Canadá con tranquilidad. Eso explica cómo llegó aquí, pero no cómo te localizó. Y en cuanto a eso, actualmente hay varias teorías. Casi nadie sabía adónde te habías mudado, pero dejaste algunos rastros. Sólo cerraste tu antigua cuenta bancaria después de abrir una nueva en Canadá. Lo mismo ocurrió con tu seguro

médico. Se te reconoce, aunque borroso, en algunas fotos de los *Arctic Bears* en las redes sociales. Josh también sabía que éramos amigas íntimas. Tal vez se centró en tus amigos y conocidos en su búsqueda. No sabemos exactamente cómo se enteró de tu paradero. Pero no eres un agente de primera que pueda desaparecer en el aire. Y como suponíamos que Josh no podría entrar en Canadá sin nuestro conocimiento, no creímos necesario poner en marcha toda la maquinaria del programa de protección de testigos...

—¿Qué pasará con Josh ahora?

—Será extraditado a EEUU y tendrá que responder por falsificación de documentos, entrada ilegal, robo, detención ilegal, coacción e intento de violación. Eso suma mucho. Y esta vez no habrá trato.

—Dijo que todo era culpa mía...

—¡No! —Amy sacudió la cabeza enfáticamente—. Ni siquiera puedes pensar eso. Ha ayudado a lores de la droga, traficantes y proxenetas a hacerse muy ricos y ha ganado mucho dinero él mismo. No porque dependieras del dinero, sino por pura codicia. Estabas muy embarazada cuando una unidad especial irrumpió en tu habitación y detuvo a tu marido gracias a sus acciones. Diste a luz y criaste sola a tu hijo mientras la policía te interrogaba constantemente para demostrar que eras cómplice porque no podían encontrar parte del dinero. Josh destruyó tu vida. No al revés. Y por si lo que te hizo hace seis años no fuera suficientemente malo, tras salir de la cárcel se atrevió a meterse a la fuerza y sin pedir permiso en tu vida, que habías construido con esfuerzo y completamente sola. No ha aprendido de sus errores, Mel. Al contrario. Sus acciones egoístas han puesto a Ted y a ti en peligro por segunda vez. Así que si Josh está buscando a alguien a quien culpar, tiene que empezar por sí mismo.

Miré a Amy en silencio y pensé en sus palabras.

—Deja de darle vueltas. Este aire de hospital no es bueno para ti. Llamaré a la doctora ahora para que hable contigo y luego nos aseguraremos de volver a casa.



Una hora más tarde, estaba sentada en el salón de Amy, escuchando a Maya, Sam y Ted reírse alegremente desde la cocina, donde los tres estaban cortando galletas con Bryan y metiéndose en la boca más masa de la que llegaba a las bandejas de horno.

—Podéis quedaros aquí esta noche. Te prepararé la habitación de invitados —me ofreció Amy, dándome una taza del humeante té de naranja, canela y clavo que había preparado.

—Eres muy amable, pero quiero irme a casa. Quiero deshacerme de todo rastro de Josh en mi casa. Luego tengo que ir a trabajar. Ya es suficiente con que no estuviera ayer.

—En cuanto a tu casa, encontré a alguien para que limpie a fondo tu salón. Así que ya no tienes que preocuparte por eso.

—Gracias Amy. Te lo agradezco.

—No necesitas agradecérmelo. Eso se sobreentiende. Pero dime que no estás considerando seriamente ir a trabajar hoy. Ayer te asaltaron y casi te violan, Melody. ¿Eso te afectó?

—Créeme, Amy, lo hizo. Pero, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Sentarme en casa sola y esperar a que el bucle sin fin de mi cabeza me quite la razón? ¿Imaginar con toda mi imaginación lo que podría haber pasado? En las últimas veinticuatro horas, mi vida se ha descarrilado. Primero tengo que digerirlo y procesarlo. Y la mejor manera de hacerlo es manteniéndome ocupada, como cuando trabajo y sigo una rutina diaria. Ahí me distraigo.

—Date tiempo para eso, Melody. ¿No bastará con que mañana vuelvas al trabajo y hoy te quedes aquí con nosotros?

—No quiero posponerlo. No quiero tener miedo en mi propia casa. No quiero que Josh tenga ese poder. Y cuanto más lo pospongo, más crece el miedo dentro de mí.

—¿Quieres decir como un jinete que se cae del caballo?

Sonreí ante esta extraña pero acertada comparación.

—Es exactamente lo mismo. Un jinete que se cae de un caballo debe levantarse inmediatamente y volver a subirse. De lo contrario, puede perder el valor. Quiero volver a mi casa, a mi vida y ocuparme de todo. Quiero dejarlo atrás lo antes posible.

—Lo comprendo. Haz lo que tengas que hacer. Y yo te apoyaré. Entonces, ¿cuál es el plan?

—El plan es el mismo que ayer, antes de que Josh revolviera nuestras vidas. Iré a trabajar después del almuerzo y recogeré a Ted en tu casa esta noche. Mañana es mi último día de trabajo y luego esperaremos la Navidad y recargaremos las pilas. Todo como siempre.

—De acuerdo. Entonces enviemos a los granujas salvajes a la nieve y preparemos el almuerzo. Luego te llevaré a casa y podrás prepararte para ir a trabajar. Si cambias de opinión mientras tanto y quieres quedarte aquí, dímelo.

Abracé a Amy y le di un fuerte apretón.

—Eres la mejor amiga que cualquiera podría desear. Gracias por cubirme las espaldas.

—Tú harías lo mismo por mí.

Y tenía razón.

Lo haría.

En cualquier momento.



Después del almuerzo, me despedí de Ted y prometí recogerlo más tarde. El hecho de que Ted se sintiera tan a gusto con los otros niños y estuviera demasiado ocupado construyendo una familia de muñecos de nieve como para tener tiempo de echarme de menos me facilitó la despedida.

Amy me llevó a casa y se sentó en el sillón de mi dormitorio mientras yo me duchaba y me preparaba para ir a trabajar.

—Hielo me envió un mensaje preguntando cómo estabas. Ha llamado al hospital y se ha enterado de que te han dado el alta —me informó cuando salí del cuarto de baño—. Me escribió hace una buena hora, pero lo he visto ahora.

—¿Por qué te escribe a ti y no a mí? —fruncí el ceño, cogí el móvil y comprobé si tenía mensajes.

Nada.

Ni mensajes ni llamadas de Maverick.

—Probablemente quiere darte tiempo para recuperarte y no quiere presionarte —conjeturó Amy.

—¿Y si está disgustado por lo que ha visto? ¿Y si ya no me quiere?

—¿En serio crees eso? —Amy levantó las cejas con incredulidad.

—Conoces su historia. Sabes que su ex mujer le engañó.

—¿Ahora estás comparando la aventura de su ex mujer con el intento de violación del que fuiste víctima ayer? Dime, ¿te golpeaste la cabeza durante la refriega con Josh, o achacamos esta absurda tontería al estado de shock que pareces sufrir todavía?

—¿Le ves por aquí en algún sitio, Amy? No lo veo. Y tampoco ha venido hoy al hospital. No me ha escrito ni me ha telefoneado. ¿No son esas señales bastante claras de que está manteniendo las distancias? ¿De que lo estoy alejando?

—Te estás inventando cosas, Mel. Déjalo ya y ponte a trabajar. ¿No es hoy la última sesión de entrenamiento antes de las vacaciones de Navidad? Él estará allí. Agárralo y habla con él. Entonces te darás cuenta de que tus suposiciones son completamente descabelladas.

Me subí la cremallera del chándal y consulté el calendario del móvil.

—Mav tiene una cita conmigo hoy. Quizá pueda hablar con él antes o después del tratamiento.

Amy se levantó y me echó de la habitación.

—De acuerdo. Vámonos entonces. ¿A qué esperas?

MAVERICK



Suspirando, tiré la bolsa de deporte a un rincón y me dirigí a la cocina para prepararme un café.

La sesión de entrenamiento de ese día fue la última antes de las vacaciones de Navidad. Me habría venido bien distraerme en ese momento. El agotador entrenamiento sobre el hielo me distrajo, al menos durante un rato, de los pensamientos sobre Melody que me acechaban y atormentaban constantemente.

Cogí el móvil por milésima vez y empecé a escribir un mensaje a Melody, para luego borrar las líneas que escribí y avergonzarme de mi falta de valor.

Tenía el ceño fruncido por los nudillos agrietados a causa de la pelea con el ex de Melody cuando un golpe en la puerta me sacó de mis oscuros recuerdos.

Gruñí con enfado mientras me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón, preparándome para echarle una buena bronca al alborotador que me robó la paz y la tranquilidad.

Sin embargo, no era uno de mis compañeros el que estaba delante de mi puerta para intentar animarme, sino Melody, que me miraba con una mirada furiosa.

—Hola —me saludó secamente.

—Hola —respondí, perplejo. Su visita me pilló tan por sorpresa que mi mente parecía haber olvidado cómo hablar.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Me hice a un lado y la invité a pasar.

—Hoy no has venido a tu tratamiento. ¿Por qué?

La miré perpleja, sin tener la menor idea de lo que estaba hablando.

—¿Qué tratamiento?

—No te pongas así. Tenías una cita conmigo esta tarde y te la has saltado. En lugar de dejar que te tratara, te fuiste a casa después del entrenamiento.

—No entiendo... ¿hoy estabas en el trabajo?

—Sí. Y todos los jugadores acudieron a sus citas conmigo. Todos menos tú. Y ahora me gustaría saber por qué.

—No tenía ni idea de que el día después de... —me interrumpí y pensé en la mejor manera de parafrasear el incidente de ayer— así que después de lo que te pasó ayer, volviste a trabajar.

—¿Me estás diciendo que faltaste a tu cita porque no sabías que hoy trabajaba?

—Sí...

—¿Eso no es excusa para no tener el valor de decirme a la cara que no quieres tener nada que ver conmigo a partir de ahora?

—Que no. Claro que no

Sentí el impulso de coger a Melody en brazos y abrazarla fuerte, pero me contuve porque no quería asustarla.

—Más bien pensé que no querías nada más conmigo.

—¿Por qué no iba a querer nada más contigo? —Melodyladeó la cabeza sorprendida y cruzó los brazos delante del pecho.

—Porque le di una buena paliza a tu ex y perdí completamente el control de mí mismo. Y porque tuviste que verlo todo.

—¿Porque tuve *que verlo*? Lo que vi fue a un hombre valiente y fuerte que me salvó del infierno y me protegió.

—¿Así que no crees que sea un matón brutal?

—Por el amor de Dios, no.

—¿Y no me tienes miedo?

—¿Por qué debería tenerlo?

—Porque has visto de lo que soy capaz.

—Te he visto defender lo que es importante para ti con tu vida. ¿Por qué debería asustarme eso? Al contrario. Me llena de un sentimiento de seguridad.

Exhalé con alivio y sentí que un peso de una tonelada cayó de mis hombros.

—¿Eso lo hizo Josh? —Melody señaló la herida de mi barbilla, que había sido cosida con cinco puntos.

—Por mucho que odie admitirlo, Josh también me dio algunos golpes.

—¿Te duele mucho?

—No. En absoluto —rebatí sin querer que se preocupara por mí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Absolutamente seguro.

—Vale, hablemos de lo *que presenciaste* —preguntó Melody, levantando la mano a la defensiva cuando me acerqué a ella—. ¿Te repugnó lo que viste?

Un escalofrío de horror me recorrió al recordar a Melody atrapada y expuesta en las escaleras mientras su ex intentaba penetrarla por la fuerza.

—No hay palabras lo bastante fuertes para expresar la rabia que se apoderó de mí cuando te vi en las escaleras —gruñí, furioso de odio e ira.

Melody hizo una mueca de dolor y bajó los ojos con tristeza.

—Lo siento, Maverick.

—¿Lo sientes? ¿Tú? No tienes nada, absolutamente nada que lamentar, Melody. Tú eres la víctima. *Siento* haber llegado a esto. No haber estado allí antes para protegerte de él.

Melody se estremeció de nuevo y se llevó las manos a la cara.

—No quiero tu compasión, Mav. Y no quiero que me veas así.

—¿Así cómo? ¿Cómo te veo?

—Como una maldita víctima. Quiero que me mires como lo hacías antes de que apareciera Josh. Llena de deseo. Llena de lujuria. Llena de pasión. Sigo siendo la misma, Mav. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado, Melody. Ayer casi te violan delante de mí. Ciertamente no me disculpo por sentir muchísimo por lo que pasaste. Ni por el hecho de que estuviera tan preocupado por ti. Deberías haberte visto en la habitación de Ted. Estabas completamente aterrada y asustada. Me dolió en el alma verte así.

—¿Todavía me quieres después de lo que viste?

—Claro que te quiero. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Dime la verdad, Hielo.

—Lo estoy haciendo.

—No tienes que ser suave conmigo. Puedo soportar la verdad. Y puedo entender si ya no te excito porque has visto a otro hombre tocarme.

No llegó más lejos. Porque cerré la brecha entre nosotros con tres pasos decididos. Impaciente, atraje a Melody contra mí, puse mi boca sobre la suya y la hice callar. Tormentosos y desesperados, mis labios se dieron un festín con ella. No podía respirar de tanto besarla. Pero me importaba una mierda. Nada en el mundo me apartaría de los suaves labios de esta mujer. Y si eso significaba que iba a morir, entonces valía la pena.

Cogí su mano y la puse sobre mi polla, que palpitaba lujuriosamente en mis pantalones.

—¿Cómo puedes creer ni por un segundo que ya no te deseo? Sólo tus besos bastan para llevarme al clímax. ¿Quieres que te lo demuestre? ¿Quieres que me corra en los pantalones mientras te beso?

Melody me miró con una mezcla de excitación, asombro y fascinación. Sus ojos brillaron sospechosamente y besé suavemente las comisuras de sus ojos para disipar las lágrimas que había en ellos.

—Duerme conmigo —susurró, dejando que su mano se introdujera en mi pantalón de chándal—. Te necesito.

—¿Estás segura, cariño? No quiero que tengas un ataque de pánico cuando te penetre. Tenemos tiempo...

—Ayúdame a sacar las horribles imágenes de mi cabeza. Vamos a crear recuerdos para sustituir lo que viví ayer.

Melody me cogió de la mano y me llevó al sofá del salón. Vacilante, la seguí.

Dejé que me quitara los pantalones y me empujara al sofá. Observé con ojos brillantes cómo se quitaba la ropa. ¿Cómo podía esta mujer increíblemente hermosa y maravillosa creer ni por un segundo que ya no me parecía deseable? Era la personificación de todos mis sueños, física y emocionalmente.

—Los preservativos están en mi bolsa de entrenamiento —le dije, y vi embelesado cómo se acercaba a la bolsa, sacaba el paquete de preservativos y enrollaba uno sobre mi polla dura como una roca.

No podía soportar separarme más de ella y la atraje hacia mi pecho para darle un intenso beso.

Aunque me moría de ganas de estar dentro de ella, dejé que Melody tomara la iniciativa y, por tanto, nos controlara. Quería que se sintiera segura. Que sólo ella decidía cómo y cuándo sucedería.

Como si hubiera sentido mi deseo, tomó mi polla con la mano derecha y bajó lentamente sobre ella.

Gemí de agonía y saboreé las sensaciones que me provocaba su apretado y húmedo centro, que envolvía fuertemente mi virilidad.

Me metió hasta el fondo y saboreó por un momento la sensación de estar completamente llena de mí. Empezó a mover la pelvis lentamente mientras nos besábamos sin cesar. Ella cabalgaba mi polla lenta y pausadamente, mientras yo la follaba igual de lenta y pausadamente con mi lengua en su boca. Una doble penetración que parecía el paraíso en la tierra.

—Te quiero —murmuré contra su boca y me sorprendió la naturalidad con que estas palabras brotaron de mis labios.

Pero, de hecho, sólo había una palabra que pareciera lo bastante fuerte para expresar lo que sentía cuando estaba unido a esta mujer. Cuando nuestros cuerpos se perdían el uno en el otro. Dándonos placer y liberación.

Amor.

Amor sin límites, incondicional y embriagador.

Sentí cómo el centro hambriento de Melody se estrechaba en torno a mi polla ante esta confesión, arqueó la espalda y disfrutó de su orgasmo con un gemido prolongado.

Fijé mis ojos en ella y absorbí con avidez cada uno de sus sonidos de éxtasis, cada uno de sus movimientos espasmódicos y cada uno de sus suspiros de satisfacción.

Lentamente, Melody abrió los ojos, velados por la nostalgia, y se inclinó para darme un largo beso.

—Yo también te quiero —susurró contra mis labios y continuó con su apasionado beso, sin dejar ninguna duda sobre la seriedad de sus palabras.

Inspirada por su confesión y su prometedor beso, me invadió un orgasmo que me hizo olvidar para siempre todas las tensiones, miedos y preocupaciones de los últimos días.

MELODY



—Ted, si no te acuestas pronto, mañana estarás demasiado cansado para abrir los regalos — advertí a mi hijo, que se obstinaba en mantenerse despierto.

—¿Qué tal un paseíto nocturno por el lago? —sugirió Mav.

—¡Oh, sí! —gritó Ted con entusiasmo.

—¿A estas horas de la noche? —pregunté escéptica—. Hace mucho frío y no todos somos Lobos de Hielo con pelaje grueso.

—Confía en mí, cariño. Merecerá la pena

Maverick me dio una palmada en el trasero y luego acompañó a Ted arriba para ayudarle con el traje de nieve.

Un poco más tarde, con Teddy entre nosotros, marchamos al lago cercano. La nieve crujía bajo nuestras botas de invierno y nuestro cálido aliento dejaba nubes blancas en el aire.

Ted no perdía de vista a Papá Noel y sus renos. Aunque los niños del colegio se burlaban de él, no perdía del todo la fé en Papá Noel. En secreto, aún esperaba demostrar que todos estaban equivocados.

—Sigo sin entender el sentido de esta excursión —le dije en voz baja a Mav, que se limitó a sonreírme misteriosamente y se detuvo a la orilla del lago.

—Lo entenderás en los próximos minutos —dijo crípticamente y me estrechó entre sus brazos. Me recosté contra su pecho y puse las manos sobre los hombros de Ted.

—¿Estamos esperando a Papá Noel? —preguntó Teddy esperanzado.

—Algo así, colega —rio Mav, ganándose un manotazo lateral por mi parte—. No te burles de él —siseé, pero no pude evitar sonreír.

—¿Qué son esas luces, mamá? —Ted me sacó del tierno beso que estaba intercambiando con Mav.

Seguí su ejemplo y jadeé de asombro.

Una raya verde claro se había formado en el negro cielo nocturno, revoloteando por el lago y acercándose rápidamente. Una franja morada se le unió por la izquierda y se fundió con el arco verde para formar un arco iris bicolor. En cuestión de minutos, más rayas, círculos, arcos y nubes de niebla iluminaron el cielo y bailaron en perfecta armonía sobre el lago helado. El verde brillante se mezclaba con el morado vivo y el rosa brillante. Ted y yo nos quedamos boquiabiertos ante este fenómeno natural, que Mav nos presentó como *Aurora Boreal*.

—¿Cómo lo sabías? —susurré asombrada—. No las había visto desde que vivimos aquí.

—Me encantaría impresionarte con mis conocimientos sobre auroras, pero la verdad es que he oído en la radio que las posibilidades de verlas esta noche entre las diez de la noche y la

medianoche eran muy altas debido a las condiciones atmosféricas y al buen tiempo.

—Son preciosas. Y tan mágicas. Simplemente perfectas —respiré, completamente abrumada por el espectáculo que estaba teniendo lugar a pocos metros de nosotros.

—Igual que tú, cariño —murmuró Mav y me besó la sien.

Perdí toda noción del espacio y del tiempo. Maverick, Teddy y yo permanecemos juntos junto al lago, saboreando cada segundo de esta magia navideña.

Cuando la aurora boreal se despidió y desapareció en la oscuridad, volvimos a la casa. Nos acurrucamos en el sofá con mantas de lana y apagamos las luces. El crepitar de la chimenea era la única fuente de luz, además de las luces de colores del árbol de Navidad, que estaba decorado festivamente y esperaba su turno.

Finalmente Ted se durmió y Mav y yo lo llevamos a su cama antes de retirarnos con cuidado a poner los regalos bajo el árbol de Navidad.

Sin duda Teddy se despertaría antes que nosotros e inmediatamente comprobaría que Papá Noel no se había olvidado de él.

Mientras Mav se deshacía de su ropa en el baño, se le cayó una nota del bolsillo de la chaqueta. Curiosa, me agaché y la recogí.

—¿Qué es esto?

Mav sonrió irónicamente y me cogió la nota.

—Mi lista de deseos de Navidad. Olvidé enviársela a Papá Noel con todo el ajetreo.

Cogí la nota y la desdoblé. Mav intentó quitármela, pero yo fui más rápida y solté una risita mientras leía en voz alta los deseos de su lista.

—Melody con un traje de enfermera con cremallera —citó y lancé una mirada burlona a Mav, que estaba apoyado en el marco de la puerta y me observaba divertido—. Ese deseo ya me lo sabía. Veamos qué más hay en la nota.

Dejé que mis ojos recorrieran el papel en la penumbra y me sonrojé.

—Melody como policía en minifalda con esposas. Melody como secretaria traviesa con tirantes. Melody como stripper sexy con ramillete.

Levanté la cabeza y me mordí el labio inferior para no reírme a carcajadas.

—Eres increíblemente primitivo y sucio, Hielo.

—Soy un jugador profesional de hockey sobre hielo. Qué esperabas... —se rio entre dientes—. También tengo una novia caliente y prohibida que constantemente hace volar mi imaginación.

Mis mejillas se sonrojaron al leer las últimas líneas de la lista de deseos de Maverick. *Harmony* y *Myles* estaba escrito allí con un corazón.

—¿Qué son Harmony y Myles? —pregunté, desconcertada.

Mav se levantó de la pared e hizo honor a su apellido al acercarse a mí, ágil como un depredador y con un brillo peligroso en los ojos.

—No qué, sino quién —susurró con voz ronca y me quitó la nota—. Quiero llamar a nuestra hija Harmony. Melodía y Armonía me parecen los nombres perfectos para mis reinas de las nieves. Y si tenemos un niño, quiero llamarlo Myles. No sólo significa regalo de Dios, sino que también es el nombre de mi abuelo, a quien debo mi entusiasmo por el hockey sobre hielo.

—¿Quieres un hijo conmigo? —jadeé sin aliento.

—Quiero un segundo hijo contigo. Porque ya tenemos uno con Ted.

—Yo...

—Puedes pensarlo en paz. No voy a meterte prisa. Tenemos tiempo —prometió Mav,

besándome el cuello—. Y estoy deseando pasar cada minuto de mi vida, siempre que pueda pasarlo contigo.

Cerré los ojos y escuché en mi interior. Un artículo de mi autor favorito que había leído recientemente se iluminó con los colores de la Aurora Boreal frente a mi ojo interior:

No pasa nada si la gente piensa que estás loco porque tus sueños no encajan en su visión del mundo. La única persona para la que tus sueños tienen que tener sentido eres tú mismo. ¿Por qué? Porque la única opinión que importa cuando, al final de tu vida, comparas la vida que has vivido con la vida que desearías haber vivido es la tuya.

—Espera un momento —susurré, excitada por los hambrientos besos de Mav, y me arrodillé junto a la cama para sacar una caja de debajo de ella.

—¿Qué es esto? —Maverick puso cara de asombro cuando se la entregué.

—Esto, mi querido Lobo de Hielo, es tu regalo de Navidad.

Lleno de expectación y emoción al mismo tiempo, le pedí que quitara el papel de regalo y abriera la caja.

Con una amplia sonrisa, Mav colocó el regalo sobre la cama y se puso manos a la obra.

—Qué demonios... —su amplia sonrisa dio paso a una sonrisa diabólica.

Un fuego salvaje de pasión ardió en los gélidos ojos azules de Maverick cuando vio el disfraz de enfermera ultracorto y lo sacó de la caja.

—¿Hablas en serio?

—¿Qué le regalas a una rica estrella de hockey que ya lo tiene todo?

—¿Una estrella del porno como novia? —resopló Mav divertido.

Me encogí de hombros tímidamente y sonreí con picardía.

—¿Qué tal si me cambio rápido y luego te cuido?

—Eso suena como el mejor regalo de Navidad que he recibido nunca —susurró roncamente mi Lobo de Hielo con expectación.

—Y en ese contexto, ¿te apetecería trabajar con tu enfermera en tu otro deseo de Navidad?

Sus ojos se abrieron de sorpresa.

—¿Qué deseo de Navidad?

Me incliné hacia delante y le besé.

—Harmony y Myles.

—¿Estás segura?

—Sí, absolutamente segura

—Yo también.

—¿Esto no va demasiado rápido para ti? —Mav me miró detenidamente—. No quiero empujarte a nada si todavía no es el momento adecuado.

Le empujé suavemente sobre la cama y me deshice de mi ropa para ponerme el disfraz.

—No hay *momento* adecuado para nada. Sólo existe *el tiempo*, que inevitablemente avanza y nosotros mismos decidimos si queremos utilizarlo y cómo. ¿Qué era eso de las oportunidades perdidas en la vida?

—Bueno, en ese caso, no perdamos ni un segundo más hablando —Mav me guiñó un ojo descaradamente—. Siento la polla muy dura y pesada. También está palpitando como loca. Tal vez, como enfermera obediente, podrías echarle un vistazo.

EPÍLOGO



MELODY

12 MESES DESPUÉS

—¡Atrás hombre! ¡Atrás! —gritó Maverick a mi lado en las gradas, gesticulando salvajemente con los brazos.

Mi Lobo de Hielo podría ser uno de los mejores jugadores de hockey de Norteamérica, pero era un espectador condenadamente horrible. Lo miré con una sonrisa cuando saltó de su asiento al oír una falta inadvertida del equipo contrario y le gritó al árbitro que la viera más de cerca.

—Tengo que bajar al campo y darle a nuestro hijo unos cuantos consejos para el próximo periodo —me dijo cuando el árbitro pitó el primer periodo del partido de hockey de Ted.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso cariñoso, que contrastaba con el tono duro que empleaba con el árbitro y el equipo contrario.

—¿Está bien mi otro hijo? —tiró con cuidado de la manta en la que estaba envuelto en mis brazos a nuestro angelito.

—Es una maravilla que no se haya despertado todavía contigo gritando —me burlé de Mav.

—No tendría que gritar si el árbitro hiciera su trabajo y no tuviera los ojos cerrados.

—Cariño... —le sujeté por la manga mientras se abría paso a mi lado—. Son niños. No se trata del Mundial. De hecho, no se trata de nada. Es un partido amistoso. No lo olvides cuando estés hablando ahí abajo, ¿vale?

Mav me acarició la mejilla con ternura y me devolvió la sonrisa.

—Cariño, sabes que siempre se trata de algo. Perder es algo que a los lobos no se nos da bien. Ya sea en la final del Mundial o en un partido amistoso entre niños de siete años. ¿Puedo explicarle ahora a mi hijo cómo puede disimular mejor su ataque antes de que acabe el descanso?

—De acuerdo, señor Wolf. Haga lo que no pueda evitar hacer —me reí, sacudiendo la cabeza.

—Hasta pronto, señorita Wolf. La quiero.

—Yo también te quiero.

—¿Y bien, tortolitos? ¿Qué me he perdido? —Amy se dejó caer a mi lado, jadeando—. Siento no haber llegado antes. Bryan está recogiendo a Maya del baloncesto. Llegarán a tiempo

para el final del partido. Estoy deseando brindar contigo por las fiestas navideñas.

Señalé con la barbilla a Mav, que estaba inclinado sobre la barandilla hablando con Ted y Sam, que absorbían con avidez cada palabra.

—Ajá. El maestro trabajando. ¿Ha vuelto a gritar por todo el pasillo? —bromeó Amy.

—Hasta ahora no. Pero sólo hemos jugado un tercio. Dale otros diez minutos —dije secamente, lo que hizo que Amy estallara en carcajadas.

—Dios, le quiero tanto —estallé.

Miré al hombre alto y fornido que nos protegía a nuestros hijos y a mí de todo el mal del mundo y, al mismo tiempo, ponía el mundo a nuestros pies todos los días.

—Dice que te quiere, Hielo —gritó Amy y yo le di un codazo en el costado, riendo.

Maverick se giró hacia nosotros y me dirigió su oscura mirada de Lobo de Hielo, que me hizo sentir calor y frío al mismo tiempo.

—¿Cuándo llegan los padres de Hielo, Mel?

—Dentro de dos días. El día antes que tus padres y los míos.

Esta Navidad lo celebraríamos con la familia de Amy, Bryan, Mav y la mía en un gran círculo. Lo decidimos espontáneamente cuando Myles nació dos meses atrás. Me hacía mucha ilusión.

Las Navidades tristes y solitarias eran definitivamente cosa del pasado. Mav y yo creamos juntos nuevos y maravillosos recuerdos navideños que hacían que todo el dolor de los años anteriores se desvaneciera en el olvido.

En Nochevieja, Mav y yo también nos casaríamos oficialmente. Nos *dimos el sí quiero* en secreto unos meses atrás, pero queríamos compartir este momento tan especial con las personas a las que queríamos y por las que nos preocupábamos. Así que íbamos a celebrar una fiesta por todo lo alto justo a tiempo para el Año Nuevo. Incluso algunos de mis amigos más íntimos de Miami anunciaron su asistencia para la ocasión, lo que hizo que el corazón se me saliera del pecho de pura alegría y felicidad.

Los escépticos, los gruñones y los envidiosos de este mundo podrían pensar que fue demasiado precipitado.

No deberían.

El amor indescriptible que sentía por este hombre y que nos mostraba a mí y a nuestros hijos cada día hacía que la envidia y el resentimiento de estas personas rebotaran en mí sin esfuerzo.

—Bueno, ¿qué dice Ted? —saludé a Mav cuando volvió con nosotros y se sentó a mi lado.

—Quiere que le dé un beso a su hermanito.

—¿Y no a su mamá? —pregunté con fingida indignación.

—Ya tiene una edad en la que es vergonzoso besar a su mamá —me informó Maverick—. Pero no te preocupes. Me encantaría besarte el doble de veces para compensar la diferencia.

Para respaldar sus palabras, se inclinó y posó sus labios sobre los míos. Cerré los ojos y saboreé cada segundo de su beso lento y seductor.

Al principio, me preocupaba un poco cómo se tomaría Ted la noticia de que iba a tener un segundo hijo. Después de todo, él y yo habíamos pasado juntos los seis primeros años de su vida solos. El hecho de que no sólo un hombre se hubiera unido a nuestras vidas en el plazo de un año, sino también otro niño, me preocupó. Equivocadamente, como pronto descubrí.

Ted quería mucho a Mav, y el sentimiento era mutuo. Maverick quería a Ted tanto como a Myles y siempre lo trató como a su propio hijo.

A Ted le tranquilizaba enormemente la idea de que no estaría solo cuando su carrera

profesional en el hockey sobre hielo le obligara a viajar. El pequeño creía firmemente en su sueño profesional y Mav lo apoyó incansablemente.

También se tomaba muy en serio su papel de hermano mayor y siempre me decía que, con tantos jugadores de hockey en la familia, necesitábamos una animadora que animara a sus hermanos y a su padre en los partidos.

Esta petición era música para los oídos de Mav, que estaba entregado y apasionado por el Proyecto *Armonía*. Aunque yo quería darle a mi cuerpo al menos un año de descanso, mi Lobo de Hielo siempre insistía en que debíamos aprovechar ese tiempo para practicar.

Era una locura lo mucho que armonizábamos a pesar de tener dos hijos, un trabajo y una carrera. Tal vez por eso mismo congeniábamos tan bien. Éramos mejores amigos, amantes y cónyuges. Teníamos dos hijos a los que queríamos más que a nada y un trabajo que nos llenaba.

En medio de todo el estrés y el caos, nunca nos olvidamos de tomarnos conscientemente un tiempo para dar gracias a Dios, al destino o a lo que fuera que velaba por nosotros por la felicidad que nuestro amor nos daba cada día.

Especialmente en ese momento, en Navidad, nos recordábamos a nosotros mismos que teníamos la inmensa suerte de poder decidir libremente cómo y con quién queríamos pasar nuestro precioso tiempo, y que no debíamos malgastar ese tiempo enfadándonos, estresándonos o discutiendo.

Siempre tuvimos presente que la vida y el tiempo limitado en la tierra eran el mayor regalo que se le podía hacer a una persona. Un regalo lleno de posibilidades, sueños y oportunidades que había que aprovechar.



Si quieres leer más romances de hockey sobre hielo con un toque picante, definitivamente deberías echarle un vistazo a mi serie de New Adult sobre hockey: *Colorado College*, así como a mi serie de *Los hermanos Sloane* sobre hockey.

Puedes acceder a la serie de *Colorado College* haciendo clic [AQUÍ](#), o alternativamente, escaneando este código QR:



Para la serie de *los hermanos Sloane*, haz clic [AQUÍ](#) o escanea este código QR:



Como agradecimiento por tu fidelidad, **te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra** de mis novelas. Simplemente haz clic en [ESTE](#) enlace para descargarlos, o alternativamente, escanea el código QR:



MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de Formula 1. A los fans de Drive to Survive les encantará.

La serie Titan Racing:

Titan Racing 1

Nunca te enamores del jefe
(Allegra & Hunter)

Titan Racing 2

Nunca beses al adversario
(Riley & Dante)

Titan Racing 3

Nunca te cases con el multimillonario
(Dakota & Grayson)

Titan Racing 4

Nunca te acuestes con el enemigo
(Kenzie & Cesare 1)

Titan Racing 5

Nunca tengas un bebé con el director general
(Kenzie & Cesare 2)



La serie Colorado College: (Hockey sobre el hielo & New Adult)

Volumen 1:

Amor prohibido sobre el hielo
(Jordan & Carly)

Volumen 2:

Besos prohibidos sobre el hielo
(Chase & Ruby)

Volumen 3:

Segundo chance sobre el hielo
(Ryder & Bella)



**La serie Los irresistibles abogados multimillonarios de Nueva York:
(Boss Romance)**

Volumen 1:
Salvada por el multimillonario
(Damian & Grace)

Volumen 2:
Seducida por el abogado
(Landon & Violet)

Volumen 3:
Enamorada del jefe rival
(Jameson & Kennedy)



**La serie Los hermanos Sloane
(Eishockey Romance)**

Volumen 1:
Shelby - Hielo Ardiente

Volumen 2:
Caiden - Corazón Congelado

Volumen 3:
Elliott - Juego Apasionado

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas [AQUÍ](#). También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Como agradecimiento por tu fidelidad, te regalo una novela corta exclusiva y algunos capítulos extra de mis novelas. Simplemente haz clic en el enlace para descargarlos, o alternatively, escanea el código QR.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: [avaavery.autorin](#)

Ava en Facebook: www.facebook.com/avaavery.autorin

Ava en TikTok: [@avaavery.books](#)

ANTES DE PARTIR

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Cover & Design by *Carmen Design*.

All drawn by hand. No photos used.

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com